

La película había sido nefasta. A Marcos tanta pamema le sacaba de quicio. No era posible que en pleno siglo veintiuno, aun hubiera alguien capaz de creerse a dos personajes tan afectados.

Eran las doce y media de la noche. Setiembre se había metido ya entre los días cortos de finales del verano, y con él, llegó la lluvia que empapaba las calles sacándoles mil brillos que parecían haber estado escondidos durante los meses secos y agobiantes que le precedieron.

Caminó un rato. Aquella noche no se le apetecía nada meterse en su casa.

A sus treinta y ocho años, Marcos, tenía la sensación de haber malgastado el tiempo en banalidades, que si bien le habían aportado éxito y posición social, no habían satisfecho su razón de existir.

Desde los dieciocho años, no recordaba haber hecho otra cosa que no fuera ganar dinero. A los veintidós poseía casa propia, un coche..., y mas dinero del que podía o sabía gastar.

Pero detrás de todo aquello había dejado muchas cosas que ahora echaba de menos.

Los éxitos le fueron apartando de todo lo que verdaderamente le importaba. Ya no tenía amigos; amigos como los de antes. Los había ido cambiando por socios, por clientes, por compañeros de trabajo... ¡Bueno... !. Eso no era del todo cierto. Le quedaba Luis... Su amigo Luis.

Sus amigos, sus compañeros de estudios, todas aquellas muchachas de las que se enamoró perdidamente cuando tan solo tenía nueve años y el amor era como una

puñalada en el estomago que te quitaba el hambre y colocaba poesía en los labios; ya solo eran un recuerdo de imágenes deformadas que se desvanecían en el oscuro pozo de su memoria.

La llovizna que le había acariciado a la salida del cine, se había ido convirtiendo poco a poco en un aguacero que le empapaba hasta los huesos. Sus cenicientos cabellos se alisaban con el peso del agua y hasta parecían ennegrecerse en un vano intento por devolverle una juventud que ya no sentía.

Su rostro aniñado, unido a un carácter dulce, apacible...; le convertía en un individuo querido por los que le rodeaban. Pero ese no era el cariño que necesitaba noches como aquella.

Su relación con las mujeres hasta esa misma noche, terminaban casi siempre con el postre en algún restaurante de lujo de la ciudad. Después, nunca pasaba nada.

No es que a su pareja de turno no se le apeteciera acabar la noche en la cama con él. Es que él, era un paranoico que veía siempre el compromiso después. No había evolucionado con los tiempos liberales que corrían, se había quedado estancado en una época de romanticismo que quedaba muy lejos de la tabla con la que se regían los valores actuales.

Ya no recordaba la última vez que había estado con una mujer. No fue producto de sus dotes de Casanova, ni siquiera el resultado de su envidiada posición; era..., como había sido otras veces: sin compromiso, rutinario, frío, mediocre... En un hotel, esquina a una calle que ya no recordaba..., o que tal vez, quería olvidar.

Mientras caminaba hundido en una maraña de pensamientos que le perturbaban, acudió uno con más fuerza que los demás. Era el rostro grácil de una niña de nueve años, de luminosos ojos verdes. Fue una visión rápida, después la niña crecía, hasta convertirse en el guiñapo en que la viera por última vez. Antes de que una aguja clavada en la vena, se la llevara para siempre.

También acudió a su mente el nombre de la muchacha, no lo había podido recordar hasta entonces; sin embargo, aquella noche, le vino parpadeante primero, como esos luminosos de neón que tiemblan antes de encenderse del todo. Luego se quedó fijo en su cerebro un buen rato. Hasta que el barullo del interior del bar en el que se había colado para resguardarse de la pertinaz lluvia, le sacó el nombre y lo llenó con música de jazz que sonaba en la sala, y un vacío enorme que le inquietaba.

Llegó hasta la barra de una forma maquinal, obstinado en volver a recuperar aquel nombre, pero ya no acudió; se había desvanecido con la misma brusquedad con el que había llegado.

El camarero le sorprendió metido en sus cábalas, por eso no le oyó la primera vez.

- ¿Que va a ser, señor... ?. - Repitió por segunda vez el camarero molesto y expectante.
- ¡Perdón... !.- Se disculpó Marcos.- ¿ Donde está el servicio, por favor ?.

El camarero, contrariado, se limitó a señalarle con un gesto la puerta que se hallaba al fondo del local.

En el interior del servicio, un hombre de aspecto impecable, tiraba a la papelera el pequeño tubito de papel que le sirviera para esnifar la cocaína cuyos rípios blancos aun empañaban la lábil superficie del pequeño espejo que se apoyaba en el bruno mármol.

Marcos, conocía bien ese mundo; lo tenía ante si casi todos los días. En su propio trabajo. Entre el cualificado personal de su agencia de publicidad. ¡Era moda!.

Claro está que no espía a sus trabajadores, ni a sus socios, ni a a...; pero lo sabía. Alguna ver sorprendió a algún empleado, extasiado momentáneamente ante el espejo, con esos mismos rípios blancos embadurnando sus fosas nasales, y el canutillo de papel entre sus dedos.

Cuando volvió de nuevo a la barra, el camarero se le acercó con un mohín cansado.

- ¿ Que va a ser ?.- Preguntó el camarero arqueando su figura sobre la barra.
- Un Martini... ; No... !. Mejor un Jack Daniels... - Rectificó Marcos.

El camarero frunció los labios algo displicente mientras le colocaba una pequeña servilleta de papel a modo de posavasos. Cogió la botella del botellero por el cuello y la hizo saltar dejándola por unos instantes suspendida en el aire para volverla recuperar después con sus delgados y alargados dedos que la agarraron como garfios. La apoyó sobre el mostrador con la marca bien visible de cara a Marcos y preguntó:

- ¿ Hielo ?.

- Un par, gracias... - Contestó Marcos aún sorprendido por el numerito del camarero.

Volvió el rostro a uno y a otro lado de la barra. Unos cuantos hombres solitarios, bebían con la mirada perdida en el interior del vaso..., o en las increíbles

formas y marcas de las botellas que se alineaban en perfecto orden de revista sobre las estanterías que llenaban la pared de enfrente. Alguno sacó un cigarrillo con gesto rutinario y aburrido, se lo metió en la boca, y rebuscó en sus bolsillos algo con qué encenderlo antes de que un camarero se acercase a ofrecerle fuego y le hiciera notar la posición inversa de su cigarrillo.

En las mesas que se repartían a su espalda, semi ocultas por la penumbra y el humo, se adivinaban las siluetas de las parejas abrazándose, besándose, acariciándose...; entre un susurro quedo y siseante que se mezclaba con aquel babel vocinglero que formaban los que estaban en la parte mas iluminada.

Miró su Rolex, marcaba la una y media.

No sentía ganas de marcharse a casa, de encerrarse, solitario, con sus fantasmas. Tampoco tenía que madrugar al día siguiente. Hacía mucho tiempo que no se sentía así de bien. El informe que tenía que revisar el fin de semana, esperaría unas horas más. Nadie le llamaría la atención por eso. Esa época ya pasó, ahora él era el dueño y señor de su propia empresa. ¡Bueno... !. Había unos socios..., ¡ pero que carajos !. Estaban ganando más dinero del que probablemente hubiesen soñado ganar en toda su vida. Él también se merecía un momento de descanso..., de tranquilidad... No quería ser el cadáver más rico del cementerio.

Una mujer atravesó la cortina que accedía al local.

Marcos no pudo apartar la mirada y la siguió hasta que se sentó en uno de los taburetes vacíos que se repartían a lo largo de la barra.

Cuando volvió la mirada a su vaso, observó por el rabillo del ojo como otros ojos también se habían fijado en ella.

Sorbió del líquido amarillento un trago y lo dejó en su boca unos instantes, saboreando cada uno de los elementos que lo componían; así, pudo apreciar el ligero sabor del roble que lo había contenido, la suavidad del carbón de arce que lo había filtrado...

Marcos era un tímido con las mujeres. Siempre fue así, y no parecía dispuesto a cambiar; por lo menos, no aquella noche. Toda la energía y seguridad que aparentaba en su trabajo, desaparecía en cuanto se enfrentaba a una mujer. Era como si ellas le absorbieran la energía.

Sin embargo, la mujer que acababa de entrar le había trastocado algo por dentro. Por eso no pudo evitar mirarla de nuevo. Reflejarse en sus ojos verdes, soñar con el tacto de su piel blanca, acariciar la caoba de sus cabellos... Rendirse al fin.

Pero para un hombre como él, la mayoría de las veces, solo le quedaban los pensamientos que se volatilizaban como las palabras de los enamorados del rincón, que el humo envolvía misteriosos, perdidos entre mil frases, mil veces repetidas.

También ella lo había mirado a él, de una forma inconcreta; levantando la mirada de la revista con la que se entretenía, entre trago y trago.

El tiempo, imperturbable, había ido pasando y el local se fue vaciando paulatinamente. De los rincones salieron las formas de aquellos enamorados envueltos en la penumbra que la luz se encargó de darles rostro y presencia. Las voces se fueron apagando, y las luces fueron ensombreciendo el local hasta que él mismo se convirtió en recortada figura, en sombra sin identidad alguna.

Los camareros, subían las sillas sobre las mesas, desbaratando el escenario testigo de mil bullicios, de mil susurros al oído, de mil caricias vergonzosas y primerizas...

Al fin solo quedaron los dos. Ella abrió el bolso. Marcos miró a ambos lados, asegurándose de que ninguna presencia sería testigo de sus ridículos miedos.

- ¿ Puedo invitarla ?.- Soltó Marcos a bocajarro con un hilo de voz que no llegó a ella.

Marcos, volvió a mirar a ambos lados, azorado, inquieto...

- ¿ Puedo invitarla ?.- Repitió asegurándose esta vez de dirigir su voz correctamente.

Esta vez ella se dio por aludida. Lo miró confundida.

- ¿ Como dice ?.- Dijo con voz melosa, casi como un susurro que acarició los sentidos de Marcos.

- ¿ Me permite que le pague la copa ?.- Dijo Marcos con cierta seguridad.

- ¡ Bueno !.- Asintió ella con una sonrisa.- ¡ Gracias !.

Marcos hizo un gesto al camarero que esperaba entretenido contando un fajo de billetes a que por fin se decidieran a pagar para poder cerrar la sala.

Ella disimuló un momento alargando los movimientos y dar tiempo a que Marcos acabara.

- ¡ Gracias !.- Dijo Marcos al camarero dejándole unas monedas en el plato de donde recogió el cambio.- ¡ Hasta luego !.- Añadió girándose hacia la puerta.

La mujer se había colocado junto a él. En el mostrador había quedado la revista que mirara hasta hacía un momento.

- Se deja su revista. - Dijo Marcos volviéndose hacia ella.

- No importa... - Contestó Rebeca algo incomodada. - Ya se todo lo que me interesaba.

El chapaleteo de la lluvia los hizo pararse a ambos en la puerta.

- ¡ Muchas gracias por la copa !.- Dijo Rebeca con la esperanza de que él se decidiera a dar el próximo paso.

- Ha sido un placer. - Miró hacia la luz de la farola mas cercana.- Esto no tiene cara de parar.- Añadió volviendo la mirada hacia ella.

Entonces se fijó por primera vez.

Sus ojos verdes se tornaron brillantes, luminosos, alegres... Su tez, ebúrnea, semejaba al de una de aquellas estatuas de diosas griegas que viera en alguno de sus viajes a Grecia y que tanto le habían fascinado.

- ¡ Bueno... !.- Exclamó ella en medio de un suspiro.- Habrá que tomar una decisión.

- Si... Supongo que sí...- Balbuceó Marcos en un intervalo que había tenido a bien concederle su cerebro, demasiado ocupado en encontrar una formula que alargara aquel encuentro.

- ¿ Tiene coche ?.- Preguntó decidido por fin.

- No... Bueno, si... Pero no lo he traído. Cuando salí de casa no llovía y pensé que podía pasear un poco.

- ¿ Puedo llevarla ?.- Se atrevió a preguntar Marcos.

- ¡ Bueno... !.

Marcos recordó que había dejado el coche en el parking del cine. Sin pensarlo dos veces salió hasta el borde de la acera y levantó la mano al taxi que pasaba en aquel mismo instante.

Ella se quedó perpleja un instante, luego, se encogió de hombros y se apresuró a meterse en el interior del coche.

Marcos se acomodó junto a ella e indicó al conductor la dirección del parking que la recibió con un gesto simulado de fastidio. Seguramente era la carrera mas corta que había hecho, y que haría en mucho tiempo.

Marcos notó el calor del cuerpo de ella en su muslo y se sintió bien.

Todo en ella rozaba la perfección. Sus grandes ojos verdes se iluminaban con el reflejo de las luces de la calle; su boca perfilada de carmín rojo, esbozaba una sonrisa al mirarle; sus cabellos: lacios y largos descansaban en parte sobre los hombros de Marcos. Podía oler su perfume, suave, volátil...; embargando el interior del taxi.

- Creí que tenías coche.

- Y lo tengo. - Se apresuró a contestar Marcos.- Lo dejé en un parking... Estuve en el cine..., y luego quería andar un poco.

El taxi frenó con suavidad delante de la gran puerta de un garaje.

En el interior sus pasos retumbaron en la grandiosidad del local vacío, en penumbra...

Los dos caminaron en silencio, se metieron en el coche y salieron del parking sin emitir un solo sonido. Solo después de un rato, cuando el coche se deslizaba suave por una carretera, a las afueras de la ciudad, ella se atrevió a decir:

- ¿No hablas mucho... ?.

Marcos volvió un instante la mirada hacia ella con una sonrisa.

- ¡ Lo siento !. Nunca se de que hablar con las mujeres.

- ¿Con los hombres si... ?.

Marcos la volvió a mirar, confundido, ampliando su sonrisa.

- No es lo que imaginas. Me refiero a hombres de negocios. Mejor dicho... quiero decir que en los negocios no me faltan palabras... Es solo con las mujeres como tu que me quedo callado.- ¿Y cómo son las mujeres cómo yo?.- Preguntó con sonrisa burlona ella.

Marcos suspiró algo sofocado. Después apretó el botón que bajaba el cristal de su lado y lo dejó a medio trayecto. El aire fresco y alguna gota de lluvia le aliviaron un poco.

- Te van bien los negocios a lo que se ve.- Aseguró ella admirada por el interior del Mercedes.

- No me puedo quejar. ¿ A qué te dedicas ?.- Se atrevió a preguntar Marcos.

- ¿ Te refieres a cuando no estoy en los bares ?.

Marcos la miró confuso.

La mujer mudó su rostro, cómo si la hubiesen cogido en un renuncio. En un instante pasó de la seguridad que aparentaba a una fragilidad quebradiza que amenazaba con romper todo el encanto que había mostrado hasta aquel momento. Todo su mundo se vino abajo, y todo lo que intentaba olvidar aquella noche, volvió de repente, doloroso, cruel...

- ¿ Puedo fumar ?. - Preguntó de repente.

Marcos notó aquel cambio repentino. El silencio, ahora, no estaba en su torpeza para tratar a las mujeres, sino en el resultado del proceso mental que se debatía en el interior de aquella mujer de ojos verdes y boca de carmín.

- ¿ Te ocurre algo ?.- Se atrevió a preguntar Marcos mostrándole el cenicero, impoluto.

Ella movió la cabeza negativamente mientras sacaba con dedos nerviosos un cigarrillo del paquete que llevaba en el bolso y se lo llevaba a la boca, pero no coincidió con la mirada de Marcos que estaba pendiente de la carretera e intentando poner en marcha el encendedor del coche que jamás había utilizado.

- Llévame a casa, por favor.- Dijo casi en susurro apartando la mano de Marcos con dulzura y poniendo con destreza el encendedor en marcha.

- Creí que tomaríamos una copa.

- Creo que ya he bebido bastante por hoy. ¿ Lo siento !. No creo que pueda ser una agradable compañía esta noche. - Encendió el cigarrillo devolviendo después el encendedor a su sitio.

- ¿ Te ha molestado algo ?.

- No... No te preocupes. Tú no tienes nada que ver. Es solo que no me apetece beber más. Tal vez otro día. ¿Perdona... !.- Continuó excusándose la muchacha.

Marcos giró a la derecha y bordeó una pequeña glorieta que le permitía pasar al carril de dirección contraria a la que había llevado hasta entonces.

El silencio volvió a llenar el aire del interior del coche, si acaso interrumpido por el sonido sordo del limpiaparabrisas.

Las luces de la ciudad se definían al fondo. Pronto las calles volvieron a repetirse como en una película proyectada al revés.

- ¿ Donde vives ?.- Preguntó Marcos ya resignado.

La mujer pareció sorprendida por la pregunta. Miró a Marcos con gesto reflexivo, cómo debatiendo en su interior dos opciones y acabara de decidirse por una.

- ¿ Vives solo ?. - Preguntó convencida de su decisión interna.

Marcos volvió la mirada hacia ella, confundido.

- Si... - Masculló con cierta ansiedad.

- ¿ Quieres llevarme a tu casa ?. - Le preguntó ella de repente.

Marcos no comprendía nada de aquel juego de despropósitos que se traía ella, pero tampoco quería descubrirlo, no aquella noche.

Antes de poder contestar, tuvo que enderezar el volante con cierta brusquedad para no irse contra los contenedores de basura, algo salidos de las marcas que el Ayuntamiento había tenido a bien pintarles en el pavimento.

- ¡Claro... !. ¿ Siempre eres así de imprevisible ?. - Se atrevió a preguntar Marcos mientras frenaba el Mercedes en un semáforo.

- Esta noche si...

Marcos tragó saliva mientras disimulaba sus temores y sus alegrías esperando la luz verde que le permitiera seguir su camino.

- ¿ Cómo te llamas ?.- Continuó Marcos en un intento por alargar algo más su pobre conversación.

- Rebeca...

De súbito, recordó de nuevo a la muchacha de los ojos verdes. Rememoró algunos pasajes de su niñez que creía olvidados y que volvían a hacerse tan presentes cómo la mujer que llevaba a su lado.

- ¡Rebeca ...!. - Repitió Marcos mecánicamente mientras el coche se deslizaba suave por la empinada cuesta que serpenteaba entre árboles a las afuera de la ciudad.

Abajo, quedaba la ciudad, iluminada como un gigantesco árbol de Navidad de luces titubeantes.

Rebeca miraba a ambos lados, inquieta.

- No creí que vivieras tan lejos.

- No te preocupes... A las seis de la mañana pasa un autobús que te dejará sana y salva en la ciudad de nuevo.- Bromeó Marcos, algo inseguro.

Empezaba a encontrarse a gusto. Aquel regreso a casa, inesperado, y con aquella hermosa mujer, le hacían creer en un poder de seducción que no creía tener.

- Es una broma.- Le aclaró al ver la cara de sorpresa que puso Rebeca.
- Me confundes...- Dijo ella algo incomodada.- Hasta hace un momento creí que eras incapaz de hacer una broma.

Él se limitó a esbozar una especie de sonrisa que se quedó congelada mientras volvía de nuevo la mirada a la carretera.

- Si... Supongo que en un individuo cómo yo, no pega demasiado una broma.
- Eres muy extraño, ¿sabes... ?.
- Quizás sea un asesino en potencia...- Siguió bromeando Marcos.- ¿ Siempre te vas con el primer hombre que te lo propone ?.
- ¿ Cómo sabes tu que eres el primer hombre que me lo ha propuesto esta noche ?.
- Tienes razón... Supongo que estoy acostumbrado a dar por hecho muchas cosas.
- ¿ Desde cuando no te follas a una mujer sin pagar ?.- Soltó Rebeca a bocajarro.

Marcos centró la mirada en la carretera. De haber tenido un póster en medio, se habría lanzado sin pensarlo contra él. No es que deseara morir, es que..., por un momento, deseó matarla. Aunque eso le hubiese costado también a él su propia vida. Pero era demasiado racional para hacer una cosa así. Solo eran pensamientos que se cruzaban por su cabeza. Cómo un juego que le gustaba practicar en sus largos y solitarios viajes de regreso a casa, o en las interminables noches de insomnio..., y por qué no decirlo..., de miedo en la penumbra de su habitación.

El coche giró y se metió por una estrecha hijuela en cuyo final se adivinaba la verja de su grandiosa casa.

La casa, cuyas tres plantas se levantaban en un claro del bosque, en la parte mas alta de la montaña que habían estado subiendo, había pertenecido a un magnate de las altas finanzas que no supo prevenir a tiempo el desastre de la bolsa que lo arruinó.

Marcos la observaba con admiración los domingos, cuando cansado del ajetreo de la ciudad y de los avatares de un negocio que no acababa de arrancar, se sumía en la más profunda de las depresiones. Entonces, la mirada a aquella casa y a sus moradores, le levantaban el animo y le reconfortaban pensando que él también, algún día, tendría una casa cómo aquella..., o..., ¿ por qué no ?. Aquella misma.

La suerte o la desgracia, como el azar, se alían a uno sin saber por qué; pero la casualidad, o el destino, le llevaron a saber de la venta de la casa, justo en el momento oportuno.

Mientras unos seres humanos pasan sus vidas en el anonimato más absoluto, sin que jamás sepan la razón del por qué, otros parecen haber nacido para estar siempre en el sitio adecuado, y en el momento preciso.

Esa era la historia de Marcos. Si exceptuamos los primeros tiempos en los que estuvo errando por doquier, el resto de su vida, de su aún corta vida; se había diferenciado siempre de los demás por tener esa rara habilidad: la de estar siempre en el lugar preciso y en el momento más adecuado.

No era que no hubiese trabajado para conseguirlo. Que lo había hecho. Y de sol a sol. Pero otros también lo hacen, y, sin embargo, no llegan a ver nunca la dorada luz del éxito.

Cuando alguna vez le preguntaban por el secreto de su éxito, siempre contestaba algo vanidoso: " La de saber estar en el sitio adecuado en el momento más oportuno".

Ya delante de la gran verja, Marcos introdujo la tarjeta en la cerradura electrónica que se hallaba en uno de los dos pilares que la sujetaban.

El sonido de un motor rugió irrumpiendo en el silencio de la noche mientras las pesadas puertas se arrastraban suaves apartándose a ambos lados de la entrada.

Las luces del jardín, como a un requerimiento silencioso de Marcos, fueron mostrando el camino hacia la casa, encendiéndose con parpadeos inseguros primero, hasta que brillaron con fuerza mostrando la belleza de los rosales, la frondosidad de los setos, la magnificencia de los árboles que se repartían sobre el verde y brillante césped...

Después, el coche se deslizó suave, hasta alcanzar la pequeña rotonda, cuyo centro lo ocupaba un magnífico cenador, blanco, luminoso...; delante mismo de la escalinata que accedía a la gran puerta principal de la casa.

Rebeca, pareció encogerse ante la enormidad del vestíbulo. La gran escalinata que se abría a ambos lados conformando un semicírculo que descansaba justo a la entrada de un ancho pasillo, similar al de la planta donde se encontraban.

Sus pasos, el sonido de la puerta al cerrarse..., todo se hacia resonante

ante la grandeza del espacio. Los techos altos y abovedados, semejante a un paladar de cemento y piedra, devolvían cada uno de los sonidos, cómo si todo fuese demasiado insignificante para aquella obra hecha por la infinita capacidad creativa del hombre.

- ¡ Santo cielo !. - Exclamó Rebeca sin apartar la mirada de la vidriera de la claraboya justo en el centro.

- Del siglo quince... - Dijo Marcos con cierto engreimiento. - Fue traída desde Poitiers por el antiguo propietario...

- ¿ Y quién la limpia ?.- Preguntó Rebeca en tono burlón.

Marcos se sonrió.

- ¿ Quieres tomar algo ?.

- Si no hay que andar mucho. - Añadió ella apresurando el paso y poniéndose a la altura de Marcos que ya se había adelantado por el largo pasillo lleno de puertas cerradas.

- La mayoría de estas habitaciones están vacías. Yo concentro casi toda mi vida en un par.

- ¡Dios mío... !. Yo no podría vivir sola aquí.- Dijo Rebeca deteniéndose ante uno de los muchos cuadros que se distribuían a lo largo del pasillo.

Marcos se paró al dejar de oír el insistente taconeo de la mujer que le seguía.

Durante un instante se sonrió observándola mirar el cuadro. Era un cuadro de tonalidades oscuras que representaba la decapitación de Goliat. El momento en que David levanta por los pelos la cabeza del gigante ya separada del cuerpo que yace inerte sobre un charco de sangre.

- ¿ Te gusta ?. - Preguntó Marcos sin poder evitar esa especie de engolamiento interior de quién se sabe poseedor de obras únicas en el mundo.

- Me aterra... Debe ser mi parte morbosa la que ha hecho fijarme en él. - ¿ Es bueno ?.

- Espero... Me costaron una fortuna. Las compré con la casa. No me interesa demasiado la pintura. O por lo menos no desde el punto de vista del arte. Hay demasiados mercachifles alrededor de todo ese mundo. Gentes capaces de ver arte en un goterón de pintura que el pintor no se vio capaz de quitar y que dejó como parte de la obra. Demasiados payasos que no han dado un palo al agua en su vida y que han encontrado en el arte una forma fácil de llenar sus bolsillos y satisfacer su vanidad.

- ¡Vaya... !. Desde luego no les tienes muchas simpatías. - Se sonrió Rebeca mientras continuaban su paseo al fondo del pasillo.

- ¡ Pasa, por favor !. Aquí estaremos bien. - Dijo Marcos abriendo una de las dos hojas que conformaban la puerta de la gran estancia que aparecía ante el asombro de Rebeca.

- ¡Joder... !. - Exclamó Rebeca sin poder contener su asombro. - ¡Perdona... !. - Añadió con presteza algo azorada.

La luz del jardín se colaba en el interior a través de los grandes vitrales que transformaban la penumbra en una mezcla de tonos indescriptibles a la vez que convertían el lugar en un sitio agradable y confortable que en nada se parecía a la frialdad sombría de aquel largo pasillo por el que acababan de llegar.

Marcos se adelantó y encendió alguna de las lámparas que se repartían aquí y allí, apoyadas en pequeñas mesitas, siempre cercanas a sofás y sillones que se repartían a su vez por todas partes sobre alfombras de todo tipo y colorido.

Al fondo, una gran chimenea con dos grandes puertas de cristal, dominaba el salón. Junto a ella, un montón de troncos perfectamente amontonados esperaban su turno para el fuego encendido, casi mortecino.

- ¡ Acomódate donde quieras, por favor !. Iré a apagar las luces de jardín.

Marcos desapareció en dirección al pasillo. Rebeca se quedó de pié, admirando los tapices y los cuadros que recargaban las paredes. Solo el chisporroteo del fuego, y las sombras que pululaban por las paredes: temblorosas, inseguras..., llenaban aquel espacio; ajeno por completo al mundo del que venía ella.

Rebeca se acomodó en uno de los mullidos sofás, se estiró en él, se solazó satisfecha...

- ¡Dios... !. - Masculló. - Si existe el paraíso, esto debe ser un anticipo.

Después, con la espalda sobre el tapiz aterciopelado, levantó los pies y empujó con las puntas de sus dedos los zapatos por el talón hasta que ambos saltaron por los aires para estrellarse mullidamente contra la alfombra de Esmirna.

De regreso, Marcos, se quedó un instante en la puerta, espiándola, disfrutando de aquella visión a la que tan poco estaba acostumbrado. Observó el contorno de sus piernas: largas; su rostro alegre y juvenil... Recorrió su piel blanca,

suave, sedosa...; contrastando con aquel tapiz rojo sangre y aterciopelado del sofá. Hasta que ella lo descubrió y congeló su sonrisa mirándole tiernamente.

- ¡Por favor...!. Sigue... - Le rogó Marcos mientras se acercaba a ella.

- No se que me ha pasado... Me sentía tan bien.

Marcos se sentó junto a ella y se acercó lentamente hasta sus labios que le esperaban abiertos.

Primero se tocaron brevemente. Después, se fusionaron con suavidad en un beso apasionado y largo que encendió la llama que los dos llevaban dentro.

Sus cuerpos se entrelazaron y se revolieron en el sofá en un intento absurdo que les llevaba a posiciones abstractas, casi imposibles; que les hacían volver al principio una y otra vez, hasta que por fin, ambos, encontraron en el otro la posición idónea, como en un puzzle cuyas piezas encajaran a la perfección, para seguir con aquellos escarceos apasionados y amorosos.

Los torpes dedos de Marcos trataron de bajar la cremallera que recorría la larga espalda de Rebeca; pero ninguna de las fórmulas que sus dedos ensayaban, daban con aquel misterioso camino que debía liberar el cuerpo aprisionado de la diosa que tenía junto a él.

- ¡Espera...!. O me romperás el vestido. - Dijo ella acabando de sacarle la chaqueta con destreza.

Rebeca se reincorporó y bajó con presteza la cremallera que tanto trabajo le había dado a Marcos.

Marcos, también se había colocado de pie frente al sofá y se movía en una especie de baile inverosímil y absurdo con los pantalones en los tobillos, intentando evitar la caída eminente.

Cuando cayó en el sofá, miró a Rebeca cuyo cuerpo se había liberado ya del envoltorio que la había decorado hasta llegar allí. Su figura, se recortaba luminosa en medio de aquel salón de tapices y alfombras de las mil y una noche. Nada podía equipararse a la belleza que emanaba de cada una de sus líneas, de sus curvas...

Sus ojos la recorrieron en silencio, mientras ella permanecía allí, de pie, como una aparición que podía esfumarse con el próximo relámpago que se filtrara por la vidriera coloreada. Grabó cada una de sus formas, cada centímetro de su piel, de su vello púbico: negro, sedoso, ensortijado...

- ¿ Piensas quedarte mirando toda la noche ?. - Le preguntó Rebeca con cierto desparpajo y notable ansiedad.

- Me gustaría. - Dijo Marcos con voz queda.

Ella se sonrió mientras se arrodillaba delante de él y le desabrochaba los zapatos liberándolo al fin de los pantalones.

- ¿ Ves ?. - Añadió ella estirando de los pantalones hasta dejarlo con su ropa interior. - ¡ Santo cielo !. - Se sonrió. - Creí que ya no existían hombres así.

- ¿ Que hay de extraño ?. - Preguntó Marcos mirándose los calzoncillos largos y la camiseta de invierno.

- ¡ Perdona !. - Continuó ella sonriéndose. - Me recuerdas a mi padre. - ¡ Lo siento!. - Continuó riéndose.

Marcos, algo molesto, se acabó de quitar los calzoncillos y la camiseta quedándose ridículamente solo con los calcetines.

Ella se acomodó a su lado, acercó la boca a su pecho y recorrió con sus labios la piel de Marcos. Obsequiándole con sonoros besos que provocaban la sonrisa de él y el divertimento de la muchacha.

Marcos la atrajo hacia sí, con ímpetu. Besó sus labios una y otra vez, hasta que sintió las manos frías de ella recorrer su espalda. Los dos se dejaron entonces arrastrar por el deseo que les quemaba y se convertía en dolor insoportable que calmaban el uno con las caricias del otro; dejándose lentamente vencer por la pasión que los mecía en medio de un mar lleno de tempestades que arremetía una y otra vez con braveza sobre sus frágiles cuerpos.

&&&&&&&

Marcos abrió los ojos. No recordaba el tiempo que hacía que no se despertaba sin el sobresalto del despertador.

Miró hacia el otro lado de la cama y se extrañó de no encontrar a Rebeca. Aún podía oler su perfume y sentir su cuerpo en las sábanas aún calientes. Se levantó. Estaba desnudo. Se colocó una bata encima y salió presuroso hacia las escaleras que conducían a la parte inferior del edificio.

Desde el descansillo de unión donde morían las escaleras del vestíbulo, observó la puerta por la que habían entrado la noche anterior, aún permanecía cerrada. Tal y como él la dejara. Bajó los peldaños de la escalinata y se dirigió hacia la primera puerta del pasillo. Abrió decidido y se sorprendió al ver la calma con la que Rebeca se tomaba un café, sentada a la gran mesa de madera maciza que el tiempo había ennegrecido con una pátina brillante y oscura.

Ella le miró sonriente. Llevaba puesta una bata de baño de él, abierta; mostrando sus hermosos y redondos pechos erectos apuntándole descaradamente.

Él no pudo ocultar la lividez de su rostro, el gesto arrugado de su preocupación, y una entrecortada respiración que lo delataba.

- ¿ Creías que te había robado ?.- Dijo Rebeca en una mezcla de cinismo y burla.

Marcos se había quedado en la puerta, como si esperara a ser invitado en su propia casa.

- No... - Susurró con la inseguridad del que han cogido infraganti. - Es solo...

- ¡ Ven !. - Le indicó ella con un gesto que quiso ser lujurioso, encogiéndolo y estirándolo una y otra vez el dedo índice. - Yo no robo nunca el primer día.

Marcos avanzó unos pasos hasta llegar a ella.

- ¡Lo siento... !. He sido muy torpe... - Se disculpó.

- Eso te costará una comida en el lugar que yo elija... - Dijo Rebeca en tono amable mientras estiraba del cinturón de la bata de Marcos hasta obligarle a doblar su cuerpo y darle un beso en los labios. - Mejor elige tu el sitio... - Continuó dándole otro beso y metiendo una de sus manos por debajo de la bata con la que Marcos intentaba en vano cubrirse. - ¡Vaya... !. Que triste está... ¿ Ya no me reconoce ?.- Siguió en un tono amable y meloso que incomodaba a Marcos.

- ¡ Déjalo !. ¡ Por favor !. Necesito una ducha. - Añadió Marcos mientras se retiraba del alcance de Rebeca.

- Te he hecho café.

- Lo tomaré después. ¡Gracias !. - Se sonrió. - No te muevas de aquí.

- ¡ A sus ordenes !. - Bromeó Rebeca insinuando un leve saludo militar.

Marcos desapareció por la puerta seguido de la mirada de Rebeca que se sonreía satisfecha.

Mientras volvía de nuevo a la segunda planta, le vino sin saber muy bien por qué, el recuerdo de su madre. Apenas si recordaba su rostro ya. Pero su voz, se le había quedado grabada en lo más profundo de su cerebro. Era una voz grave y dulce que le repetía cómo en un susurro una y otra vez: " Tienes que buscarte una novia, hijo... No es bueno que el hombre viva solo... Eso solo lleva a una vida desordenada. Te convertirás en un hombre huraño y poco sociable".

A veces, la voz estaba tan viva, que no podía resistir darse la vuelta y llamarla. Pero su capacidad de raciocinio, no tardaba en demostrarle que todo aquello no era más que el efecto de su propia ansiedad..., y tal vez, del deseo por volver a un tiempo ya demasiado lejano en el recuerdo.

La primera agua fría que salió de la alcachofa de la ducha, lo sacó de golpe de todo aquel revoltijo de pensamientos.

Cuando Marcos cerró el grifo y se dispuso a salir, la puerta de cristal se abrió súbitamente y una mano de dedos extremadamente largos y femeninos lo devolvió de nuevo al interior. Esta vez, el agua se llenó de caricias, y de besos, y de... ¡Dios sabe cuantos cielos más se abrieron en ese momento !.

De vuelta a la cocina, mientras él absorbía del fuerte café que preparara

Rebeca, en silencio, observó absorto la increíble belleza de aquella mujer.

A pesar de las pocas horas transcurridas desde que se conocieran, Marcos, no podía evitar una extraña sensación. Era cómo si todas las mañanas hubiese estado allí; preparándole el desayuno antes de irse, o..., al final de la tarde, esperando su regreso.

Y sin embargo todo lo que sabía de ella, se limitaba prácticamente a las seis letras que conformaban su nombre y, quizás..., un par de detalles confusos que se perdían entre divagueos y que no conducían a ninguna parte.

Si hubiese sido una terrorista, o una ladrona o..., una simple buscavidas...; pero no quería pensar en eso. Es más. Le costaba pensar en todo eso mientras se sentía acariciado por aquella mirada dulce, tranquilizadora, que le llenaban de una paz cómo no había sentido desde que dejara de ser un chiquillo y su madre lo acogía en sus brazos, y lo besaba apretándole la mejilla hasta que él lograba escapar, algo avergonzado ante la mirada de sus amigos.

- Me cuesta creer que un hombre cómo tu esté tan solo. - Dijo Rebeca sacando de súbito a Marcos del hilo de sus pensamientos.

- A mi me cuesta creer que una mujer cómo tu se haya fijado en un hombre cómo yo.

- Eres un tipo interesante... - Se sonrió.

- ¿ No te espera nadie ?.- Preguntó Marcos.

Rebeca bajó la cabeza. Cómo si la respuesta a aquella sencilla pregunta fuera a desvelar parte de sus secretos.

- ¡ Lo siento !.- Se disculpó. - ¿ Quizás he preguntado algo que no debiera ?. Perdona.

- Añadió cogiendo su mano estirada sobre la mesa y encerrándola en el interior de la suya. - No habrá mas preguntas.

- Es... Es que hacía tiempo que no me sentía tan bien y presiento que esto se acaba. - Contestó ella intentando esbozar una sonrisa que más se pareció a una mueca de dolor y pesadumbre.

- No tienes por que irte..., hoy; si no quieres...

- No hay razón para que me quede.

- ¿ Y yo... ?. - Preguntó Marcos algo angustiado.

- Encontrarás otras... - Añadió pensativa Rebeca. - ¡ Mejores que yo !. No quisiera hacerte daño, te has portado muy bien conmigo.

- ¿ Qué te han hecho los hombres ?.
- Hemos quedado que no habría más preguntas.
- Tienes razón... - Dijo Marcos sin dejar de besar la mano que aún guardaba en el interior de la suya. - ¡ Me gustaría tanto que te quedaras un tiempo !. Sin ataduras.
- ¿Y después qué...?. El sexo todo lo enmierda, ¿ sabes ?. Más tarde o temprano descubrirás que no soy lo que creías y entonces será mas doloroso para los dos.
- No adelantes acontecimientos... Deja que ocurran.
- Entonces... ¿ por qué no dejamos que ocurra la comida que me debes ?. Nos vestimos y salimos a disfrutar de éste día... Después..., quién sabe.

&&&&&&&

La radio del coche emitía el parte meteorológico de un día que no necesitaba más explicación que el propio disfrute.

El sol brillaba con fuerza en medio de un cielo azul que se reflejaba en el mar que bordeaba la antigua carretera, solitaria y zigzagueante, en medio de una exuberante vegetación que la ensombrecía o dejaba colar los rayos de una luz intensa que obligaba a Marcos a entornar los ojos continuamente.

El pequeño descapotable, hacía rugir su motor con fuerza con cada cambio de marcha mientras dibujaba casi con perfección de corredor de formula, las curvas y contra curvas que iban apareciendo a lo largo del trayecto.

A veces, Rebeca y Marcos, bajaban divertidos la cabeza entre risas infantiles y gritos que les desahogaban el alma y henchían sus pulmones de aire con sabor a sal y fragancias a pino ante las ramas bajas y cercanas de algunos árboles que rozaban el borde del parabrisas. Otras, en silencio, se dejaban abatir por el aire, mil veces aumentado por la propia velocidad del coche mientras se engullían de la belleza del paisaje, para un poco después, volver de nuevo a los gritos, y a las escondidas de cabeza..., y a las risas... Disfrutando cómo niños del aquel estado de euforia y excitación que les provocaba el estar simplemente juntos.

Ella lo besaba a él, y él, hacía lo propio con ella.

A veces, las curvas se precipitaban a más velocidad de la que él era capaz de controlar, demasiado ocupado en no despegarse de los labios de ella. Entonces, cuando se cercioraba del peligro eminente, daba un violento golpe de volante que aun les divertía más, y así..., hasta que por fin pararon en un recodo de la carretera. Una

terraza natural al mar que los emborrachaba de belleza hasta perder la noción del tiempo, entre caricias y besos, abrazos y arrullos amorosos al oído, para no enturbiar la paz que les rodeaba; los musicales tintineos de hojas, el gorjeo de los pájaros y la lejana y suave orquestina de las olas de un mar embravecido, allí abajo, rompiéndose espumosas contra las rocas del acantilado.

Mas allá, una milla mar adentro, como imperturbables vigías; los siete islotes que conforman el archipiélago de " Les Medes ", se hacen únicos testigos de la pasión de dos seres que se aúnan amartelados con vehemencia y arrebatamiento.

Cuando todos sus sentidos estuvieron repletos de aquella amalgama de luces y sonidos, de placeres recónditos entre los pliegues de sus pieles...; volvieron de nuevo al coche y recorrieron los pocos kilómetros que restaban hasta "L'Escala". Allí se mezclaron con sus gentes, pasearon por sus calles, dejaron empapar sus carnes y sus ropas retozando en la orilla del mar, justo donde rompen las olas y se convierten en caricias blancas y temerosas, siempre indecisas; para volver siempre a la madre que las dejó escapar por un instante, cómo permitiéndoles echar un vistazo rápido y tentar al sólido que yace junto a ellas. Cómo amantes eternos e incansables de esa tierra que las sostiene.

Algo mas tarde, cuando el sol hubo sonrosado sus pieles y el aire secado sus ropas, se acercaron pausadamente a los tenderetes ensombrados entre callejuelas estrechas de paredes blancas y fragancias de geranio.

Aquí compraron camisetas llenas de rótulos en ingles, de dibujos imposibles, de colores imprecisos...; un poco mas abajo, donde se abría una pequeña plazuela..., unos téjanos; se probaron sombreros, se rieron ante el espejo cambiándoselos, besándose a hurtadillas de las empleadas que no dejaban de espiar, embelesadas por el buen porte de él y las buenas medidas de ella.

Ambos se desprendieron allí de cuanto correspondía al pasado de cada uno de ellos: las telas con las que habían envuelto su vanidad hasta entonces, despojándose de un pasado con el que no querían enturbiar aquel maravilloso presente.

Las calles fueron apagando sus sonidos, cambiándolos por otros más sordos y lejanos de murmullos y susurros. Las sombras fueron acortándose, recogándose hacia los orígenes que las provocaban, buscando otras luces, otros tonos...

Abajo, donde la calleja se abre al mar mostrándolo azul y majestuoso, se recortan barquitos que la distancia empequeñece sobre una línea imprecisa, desdibujada... Cómo si las manos del " Pintor " no hubiesen sabido definirla.

El cielo se llena de sonidos de gaviotas, de vientos que inquietan el agua coronándolas de blanco, de aires con sabor a sal y sonidos en compás de dos por cuatro y movimiento lento.

Poco a poco, sus estómagos también necesitaron de placeres con los que calmar el ansia más terrenal de todas las ansias. Y así, se colaron de rondón en un pequeño restaurante de paredes arrugadas rebosantes de artilugios pesqueros de todas las épocas y estilos.

Se arrinconaron en una de las mesas vacías ya por la hora. Entre redes que enredaban caracolas y trocitos de coral rojo; bien engarzados con hilo de tanza, para observación de unos y enervación de otros, amigos de lo ajeno; y réplicas de barcos pesqueros ajados por el tiempo o por el manoseo continuo al que sin duda estaban expuestos.

Allí se degustaron con los platos propios de la zona: "anxoves de L'Escala", "amanida de escarola", "escalivada"..., y un "suquet de peix" que llenó de perfumes de mar aquel rincón que lo estaba de amor.

- ¿ Estas cansada ?. - Preguntó Marcos dejando la taza de café sobre la blonda que adornaba el plato.

- Estoy... Estoy bien... - Suspiró Rebeca . - Algo extraña, excitada... . Hacía mucho tiempo que no lo pasaba tan bien. No recordaba como era todo esto... Ha sido como un reencuentro con los años de mi niñez... - Continuó con nostalgia. - Mi padre nació en un pueblecito cercano a Figueras. Algunos domingos, cuando había ido bien la venta en el mercado durante la semana, hacía que mi madre preparara unos bocadillos, nos subía a la camioneta a mi hermano y a mí..., y nos bajaba hasta la costa... A veces llegábamos hasta aquí..., si había dinero para la gasolina. - Se sonrió. - Le gustaba gastar bromas..., como la de ir mas lejos del punto de retorno..., que decía él. Lo había sacado de una de esas películas antiguas de aviadores... Muchas veces tuvimos que empujar los últimos kilómetros la camioneta, entre mi hermano y yo... Él se reía mientras iba cómodamente sentado en la cabina. Decía que eso nos haría fuertes. Ahora que lo recuerdo me hace gracia... Entonces refunfuñaba..., y lloraba... Mi

hermano se burlaba. Yo me sentía humillada mientras veía pasar aquellos grandes coches de los turistas que nos miraban con ojos compasivos.

Marcos la escuchaba atentamente, disfrutando de cada uno de los matices, de cada uno de los gestos, de las emociones que iba trasladándole en forma de pequeños impulsos que podía sentir entre sus manos que envolvían las de Rebeca.

- ¿ Estoy hablando demasiado ?. - Preguntó Rebeca sorprendiendo a Marcos que la escuchaba con embeleso.

- No... ¡Por favor... !. Estaba intentando imaginar cómo debías ser de pequeña. Me cuesta creer que estas preciosas manos... - Dijo Marcos besando las yemas de los dedos de Rebeca.- ... hayan podido empujar alguna vez un camión...

Rebeca retiró las manos con lentitud mientras sus ojos se clavaban en los marrones de Marcos; cogió un cigarrillo del paquete que había sobre la mesa y esperó a que Marcos abriera, torpemente, el magnífico encendedor de oro y nácar con iniciales en negro que se incrustaban en el irisado material, y se lo acercase a la punta del cigarrillo. Después, aspiró del humo sin apartar la mirada de él y lo expelió por la boca creando una densa nube que los envolvió por un momento.

- Es precioso... - Exclamó Rebeca bajando la mirada hasta las manos de Marcos cuyos dedos largos y delgados, jugueteaban con el encendedor haciéndolo girar una y otra vez.

- Un regalo... - Iba a decir algo más, pero se paró y cambió el tono nostálgico que había adoptado. - Un poco femenino, me parece.

- No te he visto fumar. - Aseveró Rebeca

- Alguna vez aún caigo... Cuando me sobrepasan las situaciones.

Marcos se sorprendió a si mismo pensando en Beatriz. Por un instante, rememoró el momento en que ésta le regalara el encendedor. Fue una Noche Vieja de hacía ya dos años. En la fiesta que todos los años daba la empresa para celebrar la llegada del nuevo.

Le cogió por sorpresa. A él siempre le cogían por sorpresa las mujeres. Recordó que había vuelto a su despacho a recoger unos papeles olvidados sobre la mesa y que le era imprescindible estudiar antes de regreso a la oficina, dos días después. Había entrado a oscuras, con un cigarrillo en la comisura de los labios. La

luna se filtraba a través de los ventanales dando a la estancia una suavidad azulada, casi celestial.

Mientras recogía las carpetas que se amontonaban en perfecto orden a un lado de la mesa, se sobresaltó con la voz de Beatriz que pareció salir de ultratumba en aquel instante. Se volvió, aun con la respiración entrecortada, y allí estaba ella; acomodada en el sofá que se apretaba contra la pared de la puerta por la que había entrado él sin cerciorarse.

Estaba bebida. Le delataban sus ojos, azules y cristalinos que iluminaban su rostro de ángel y sus cabellos de oro conformando desordenados bucles aquí y allí, que aun la hacía mas hermosa y deseosa.

- ¿ Qué haces aquí ?. - Le preguntó Marcos en un tono áspero que no pudo evitar entonces. - Creí que te habías marchado ya.

Ella se levantó dubitativa, insegura... Recogió una botella de cava, vacía, con la que había tropezado al levantarse y se dirigió tambaleante hasta donde estaba él, con la botella en una mano.

- ¡ Lo siento !. - Dijo un segundo antes de caer en uno de los dos sillones que se alineaban frente a la mesa, al otro lado del que solía ocupar Marcos. - Creo que he bebido un poco más de la cuenta. - Añadió balbuceante, arrastrando las palabras y pisándolas unas con otras en una jerga casi ininteligible.

- Yo diría que estas como una cuba. - Añadió él, de espaldas a ella, cerrando el maletín en el que guardara las carpetas.

- Tu siempre tan correcto..., ¿eh...?. - Le reprochó ella. - ¿ Nunca te pasas en nada?. Llevo... ¿ Qué hora es ?.

- Las diez y media. - Respondió Marcos observando el reloj que mostraba la pantalla del ordenador, aun encendida, y que aprovechó para apagar.

- ¡Dios mío... !. Llevo dos horas esperándote.

- ¿ Esperándome ?. - Se sorprendió Marcos volviéndose hacia ella.

- Si... Esperándote... - Masculló ella. - No creí que me atrevería a decírtelo..., pero... ¡qué caramba !. Mañana tal vez me arrepienta..., o tal vez ni siquiera me acuerde de nada. Empezaré el año nuevo con una amnesia total.

- ¡Vamos... !. Te llevaré a tu casa. - Añadió Marcos resuelto.

- Llévame a la tuya. - Siguió intentando beber de la botella vacía. -¡Vaya!. La había traído para los dos..., pero creo que me la he bebido yo solita... - Continuó volcando la botella. - Siempre acabo bebiendo sola. - Dijo con nostalgia.

- ¿ Podrás llegar hasta el ascensor ?. - Dijo Marcos ayudándola a levantarse.

- ¡Espera... !. ¡Espera... !. Primero para el despacho..., va demasiado deprisa..., y yo estoy muy cansada... - Acabó dejándose caer de nuevo en el sillón con los ojos entornados. - Creo que me quedaré a dormir aquí. - Añadió acurrucándose en el sillón y cerrando los ojos.

Marcos hizo un gesto de cansancio y de hastío. Después dejó el maletín sobre la mesa y éste arrastró a una pequeña caja que acabó estrellándose contra el suelo. Era un estuche pequeño, de joyería, en el que se podía leer perfectamente el nombre de un diseñador francés de prestigio en relucientes letras de oro sobre un fondo de terciopelo gris.

Lo abrió y observó confuso el encendedor cuyas letras incrustadas correspondían a su nombre y primer apellido.

- ¿ Qué significa esto ?. - Preguntó sin obtener respuesta.

Beatriz parecía dormir plácidamente.

La observó con ternura y se arrepintió del tono que había adoptado con ella al encontrarla allí. Luego suspiró con gesto de fastidio, se sacó la chaqueta, y la cubrió para seguidamente acomodarse él también en el sillón de al lado con un esbozo de sonrisa llena de ternura, mientras volvía de nuevo los ojos al encendedor, y acariciaba su lábil superficie con los dedos y un ápice de nostalgia en la mirada.

&&&&&&&

El cielo se fue tornando agrisado y plumizo cuando el coche se internó en el corazón de "Castelló d'Empuries".

Rebeca dormitaba plácidamente apoyada la cabeza sobre los hombros del Marcos.

Hacía un rato que había subido la capota del automóvil, notando el gesto de frío que percibiera en Rebeca. El aire se había enfriado con aquella precipitada huida del astro rey y unas finísimas gotas empezaban a estrellarse contra el parabrisas.

Marcos la observaba cada vez que la carretera le permitía alejar por un instante la mirada. Se sentía feliz, dichoso... cómo no recordaba haberse encontrado nunca. Bueno, quizás, también sintiera algo parecido una vez con Beatriz; o quizás, es que estaba tan poco acostumbrado a sentir a alguien a su lado que aquello le parecía lo más cercano que un hombre puede estar de la felicidad, o tal vez, del mismísimo cielo.

Marcos no era creyente, o por lo menos, no era consciente de ello.

La muerte de su padre, su larga enfermedad, el dolor con que su madre sufrió todo aquello, lo fueron apeando de esas creencias que tenía inculcadas en su cerebro, y que por dejadez, o quien sabe, si por temor, nunca se había planteado hasta la enfermedad y muerte de su progenitor.

Aquel hombre lleno de vida que conociera en su infancia, en su adolescencia y en parte de su adultez; se había ido convirtiendo ante sus propios ojos en una especie de esperpento de si mismo, en una insultante y humillante caricatura de su propio yo.

El mismo Dios que había adorado en su ignorancia infantil, se había burlado de él y de todos los que rodearon a su padre hasta el último suspiro. Ese Dios, todo bondad, y del que tanto había leído en su años de escolar era el mismo Dios que luego le había usurpado a su padre hasta del mismo pensamiento, de la voz con la que expresaba sus sentimientos, de todo lo que hace digno a la figura que Él mismo creara a su imagen y semejanza.

Y si ese Dios de sus infantiles alabanzas que impartía tanta bondad era el mismo que el Otro que arremetía con toda maldad y crueldad contra un ser de su propia creación, ¿qué sentido tenía todo?.

Unos golpes en el cristal del lado donde aun retozaba Rebeca, sacaron a Marcos del hilo de sus pensamientos y sobresaltó la plácida duermevela de la mujer que la acompañaba, despabilándola y aturdiéndola a la vez que miraba incomprensible aquella figura que se asomaba al otro lado y que parecía haber salido de la mismísima Edad Media.

Todo el pueblo era un hervidero de gentes. Los coches se apiñaban en largas filas por las calles cómo si de una procesión de Semana Santa se tratara. Nadie parecía tener prisa para salir de aquel pulular incesante y bullanguero mas propio de un carnaval en Febrero que de las fechas de Setiembre en las que estaban.

Para Rebeca, aun confundida, todo aquello le pareció el resultado de un extraño viaje por el túnel del tiempo, o por los recónditos caminos de su cerebro que aun creía estar en la duermevela de la que le habían arrancado.

Por allí donde se mirara, aparecían caballeros armados con espadas enormes venidas, cómo sus propias vestimentas, de los tiempos de "Ponç Hug IV"; conde que se rindió a la poesía y que incluso la cantó.

Mujeres que arrastraban sus pesados vestidos por un asfalto que contrastaba con la época que querían recordar. Calles, callejas, plazas y plazuelas, aparecían sacadas de cualquiera de los días en que corrieran los siglos en que duró la Edad Media. Tenderetes que se apiñaban junto a la catedral, llenos de verduras, quesos, embutidos, artesanías en madera y piel...; y en los que solo se podía adquirir su mercancía con moneda especial que se acuñaba para esos días.

Algo más tarde, y ya descabalgados de los caballos mecánicos que les habían transportado hasta allí, se mezclaron con la muchedumbre ruidosa que

llenaba todos y cada uno de los rincones de aquella villa momentáneamente medieval. Disfrutando de cada uno de los espectáculos que allí se daban cita.

Un torneo al estilo de la época donde caballeros sobres sus caballos se enfrentaban en una coreografía digna de la mejor superproducción de Hollywood y en un escenario y ambiente que para nada debían envidiar la propia época que rememoraban, los atrajo durante gran parte de la tarde. Después, con los sentidos repletos de emociones y abierto el apetito, disfrutaron de la gran cena en el patio del antiguo "Palau dels Comtes". Allí, ataviados con trajes de la época que las gentes del pueblo les prestaran para la ocasión, mientras alimentaban la carne con los platos típicos de épocas pasadas, entretuvieron el espíritu con grupos de música antigua que amenizaron la velada hasta altas horas de la madrugada.

Paulatinamente el pueblo se fue acallando y las calles de fueron vaciando de cuantos la habían colmado de sonidos, y todo se hizo calma y tranquilidad cuando Marcos y Rebeca se adentraban por calles y callejas, cogidos de la mano, disfrutándose el uno del otro, con silencios que hablaban de amor, y palabras que susurraban en sus oídos como caricias saladas que la brisa traía del mar cercano.

- ¿ Estas cansada ?.- Preguntó Marcos apretándola suave contra un rincón de paredes blancas y fragancias a claveles.

- Si... - Contestó ella algo agobiada. - Nunca hubiese creído que no hacer nada cansara tanto.

Marcos le besó el cuello y fue subiendo con sus labios hasta encontrarse con los labios de ella que esperaban con cierta impaciencia. Sus manos fueron descubriendo de nuevo cada uno de los contornos de la mujer que tanto deseo le despertaba. Acarició sus redondeados pechos que se erguían erectos y firmes desafiando todas las leyes de la gravedad, rebuscó el borde de la camiseta y coló sus manos por debajo para descubrir las sensaciones de la templada piel, y acarició su cuerpo hasta extasiarse de cuantos sentidos despertaba aquella carne trémula que se apretaba contra él en un querer conformarse en un solo ser que se adentraba y arremetía con la vehemencia de un loco poseído por una pasión incontrolable.

&&&&&&&

- ¡Buenos días, princesa !. - Dijo Marcos abriendo los ojos.

Rebeca volvió la mirada hacia él y le sonrió levemente, cómo si todavía estuviera intentando escudriñar alguno de los pensamientos que le abatían aquella mañana.

- ¿Has dormido bien?. - Se interesó Marcos.

- Si... - Contestó Rebeca poco convencida.

Marcos acercó sus labios hasta apoyarlos en el rostro de ella, pero ella apenas se inmutó.

- ¿Qué te ocurre?. Me vuelves a recordar la mujer que encontré en el bar. - Dijo Marcos algo confundido

- Debiste haberme dejado allí. - Contestó Rebeca en tono grave.

- No te entiendo... Creí que te encontrabas bien conmigo.

- Esto se acaba. - Añadió quedamente.

Marcos frunció el ceño, confundido más por la gravedad del tono con que lo dijo, que por el significado de las palabras en sí.

- Solo si tú quieres...

- Mañana tu volverás a tu trabajo y yo... - Iba a decir algo más, pero prefirió callarse.

- Tu..., ¿qué?.

Rebeca volvió el rostro hacia él. Primero pareció que iba a seguir con el tono grave con el que había estado hablando, pero después, cómo si algún rincón de su cerebro le estuviera revelando algo inconfesable, se echó sollozando sobre el pecho desnudo de Marcos.

- ¿ Por qué no me cuentas lo que te ocurre ?. Ya sé que hemos prometido no hablar del pasado, pero... No puedo verte así. No hay nada que merezca la pena tus lágrimas.
- Fue diciéndole mientras acariciaba con ternura sus cabellos. - Si supieras lo que me va a costar regresar mañana a esa oficina de locos, a inventar campañas imposibles para individuos arrogantes y prepotentes hablando del dinero de sus compañías como si se tratara del suyo propio.
- Supongo que quieres animarme con eso, pero no es lo mismo... - Le interrumpió Rebeca enjugándose las lagrimas con la sabana que envolvía su desnudez.
- No... Lo que intento es convencerme a mi mismo de que vale la pena seguir luchando en esa selva.
- Esta noche todo habrá terminado.
- ¿Terminado ?. - Se sobresaltó Marcos. - Terminado... ¿por qué?.

Rebeca se volvió hacia el lado de su mesilla de noche, cogió el paquete de cigarrillos, sacó uno y esperó a que Marcos se lo encendiera.

Sus ojos aparecían irritados, vidriosos...; las aletas de su nariz, se habían ensanchado visiblemente y el brillo en los pómulos de las lagrimas enjugadas le habían dado una patina brillante que aun la hacía más hermosa.

Cuando ya hubo encendido el cigarrillo, cogió con curiosidad el encendedor de las manos de Marcos y jugueteó con él un instante, en silencio, con la mirada inconcreta sobre las letras negras y el pensamiento muy lejos de allí.

- ¿Que hora es?.- Preguntó al fin saliendo de aquella especie de catarsis en la que parecía sumida.

Marcos se movió con lentitud hasta alcanzar su Rolex. Estaba preocupado. Su rostro se había contraído en un rictus extraño de desesperanza y desasosiego.

- Las siete... - Dijo en un tono rutinario.

- ¡Las siete!. - Se sorprendió Rebeca . - ¿Las siete?. ¿ De la mañana o de la tarde?.

Marcos miró hacia la terraza. Las cortinas estaban echadas y apenas si dejaban colar una leve línea de luz. Se levantó. Estaba completamente desnudo.

Rebeca lo siguió con la mirada, fascinada con aquel cuerpo de Adonis: atlético, fibroso, levemente atezado de un moreno sin marcas que la sedujo aun más de lo que ya lo estaba.

Decidido, Marcos, dio un tirón a ambos trozos de la cortina hasta que esta dejó entrar la luz grisácea del exterior a través de unos cristales empañados, moteados por mil diminutas gotitas de agua que deformaban el paisaje sereno y majestuoso de un mar en calma mimetizado con el color del cielo.

Cuando se volvió, Marcos había mudado el mohín de su rostro y en su lugar aparecía uno más conformado, mucho más amable; cómo si el tiempo que durara aquel pequeño trayecto hacia la cortina, hubiese sido suficiente para madurar la idea que venía acariciando.

Se metió en la cama de un salto, dispuesto a contarle a Rebeca lo que había pensado. Él era consciente de que todo aquello que iba a proponerle era demasiado precipitado, impulsivo, descabellado...; apenas si hacía dos días que la conocía. De hecho, ni siquiera eso. ¿Que sabía él de su pasado?. Ese del que habían decidido no hablar. También se le pasó por la cabeza la idea de que todo hubiese estado preparado de antemano; al fin y al cabo, él era un hombre importante dentro del mundo económico en el que se movía. ¿Cuántas antes que ella habían intentado cazarlo?. Claro que eran mujeres torpes, sin escrúpulos; a las que se les notaba demasiado su interés y su hipocresía.

Con Rebeca era distinto, o tal vez es que él estaba dispuesto a creerlo así. Fuera cómo fuera estaba convencido que de no hacer algo inmediatamente, la perdería para siempre, lo que no estaba dispuesto a permitir, pasara lo que pasara. Aunque ese fuera el mayor error que cometiera en su vida. Ahora ya no podía imaginarse otra vida que no fuera junto a ella.

Acercó sus manos hasta las de Rebeca que se apoyaban sobre las sábanas, las encerró entre las suyas y las retuvo durante un tiempo, sintiendo toda la sensualidad de su piel.

- ¿Quieres vivir conmigo?. - Se decidió Marcos a decir.

Rebeca le miró perpleja. Todas las teorías que creía haber aprendido de los hombres en sus treinta y cinco largos años de vida, se vinieron abajo. Todos sus esquemas acababan de sufrir un revés que cambiaría toda la filosofía en la que se había basado su vida con los hombres hasta ese momento.

Hasta ese mismo instante, todos los hombres de su vida, se habían limitado a proponerle sexo, negocios..., que casi siempre acababa a vueltas con lo primero;

pero nunca había encontrado al hombre que le propusiera compartir su vida con ella. Tal vez, no era culpa de ellos. Quizás fuera que ella jamás había dado pie para semejante proposición. Casi siempre había sido mujer de segundo plato. Excepto una vez, que prefería no recordar. Ella lo había querido así, odiaba los compromisos. Por lo menos, los odiaba hasta que conoció a Marcos.

- ¿No es un poco precipitado?. - Preguntó Rebeca halagada por la proposición.
 - Quizás si..., y torpe; pero no quiero perderte ahora que te he conocido. No sé si saldrá bien, ni siquiera quiero planteármelo ahora. Ya nada sería lo mismo sin ti. Si no tienes nada mejor que hacer los próximos cien años... - Dijo cambiando el tono algo grave con el que había empezado. - Podríamos intentarlo. - Añadió Marcos.

Rebeca se sonrió, cogió el rostro de Marcos entre sus manos y acercó sus labios hasta que ambos se unieron en un leve toque primero para después unirse en un largo y apasionado beso que les hizo rodar por la cama con la furia de sus cuerpos desatada en una lucha de la que no habría ni vencedores ni vencidos, hasta que ambos, descontrolados en su amartelamiento, cayeron por uno de los bordes de la cama sobre la mullida alfombra que cubría el suelo. Desnudos, con sus cuerpos apretados y sus bocas unidas, ambos se rieron de su torpeza.

- ¿Qué contestas?. - Insistió Marcos.
 - ¿Cual es tu apellido?. - Preguntó Rebeca.

Marcos la miró perplejo.

- ¿ Qué clase de respuesta es esa ?.
 - ¡Dímelo!. - Insistió Rebeca.
 - Canovas... Marcos Canovas . - Dijo Marcos al fin sin dejar de recorrer su cuerpo con los labios, besándola y acariciándola.
 - Señora de Canovas... - Repitió Rebeca con gesto pensativo. - Rebeca de Canovas. - Siguió casi degustando el binomio con gesto divertido.
 - Puedo renunciar a mi padre si no te gusta. - Añadió Marcos en tono burlón.
 - No hará falta. Suena... bien..., importante, diría...
 - Soy importante. - Siguió él con cierto engolamiento.
 - Ya lo sé... Eso es lo que más me gusta de ti. - Dijo Rebeca siguiendo con el humor de Marcos. - Eso... y la barbaridad de dinero que debe tener tu cuenta corriente. - Continuó sonriéndose.

- Entonces... ¿ te vas a quedar conmigo aunque solo sea por el dinero ?.

- Y porque creo que eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Rebeca le miró con ternura. Correspondiendo a cuantas caricias y besos no paraba de darle Marcos.

- Mañana haré que alguien te ayude a trasladar todo lo tuyo.

- No. - Contestó con una prontitud que sorprendió por un instante a Marcos. - Yo me encargaré. Tengo que solucionar algunas cosas...

Marcos la observó interrogante.

- Prefiero hacerlo a mi manera. Ya sabes... Tengo un portero que no tardaría en sacar un anuncio en La Vanguardia.

- ¿Y qué tienes que esconder?. - Preguntó Marcos con cierta suspicacia.

- Nada... Es solo que prefiero no contárselo a nadie..., por el momento. Tendrás que tener un poco de paciencia conmigo. Dame un poco de tiempo. Asegurémonos que lo nuestro funciona.

- Cómo quieras. - Dijo Marcos incorporándose. - Vámonos a casa.

- Marcos... - Le llamó Rebeca aun desde la alfombra.

Marcos se giró antes de atravesar la puerta del cuarto de baño.

- ¿Te das cuenta de que ni siquiera nos conocemos?.

- ¿Te das cuenta de que tenemos toda una vida por delante?. - Le contestó Marcos sonriente y resuelto. - Todo saldrá bien. Estoy convencido. No puede ser de otra forma sintiendo lo que siento por ti. - Añadió antes de perderse en el interior del cuarto de baño.

Rebeca se quedó aun un instante sentada en la alfombra, con el gesto pensativo y la mirada perdida en el umbral por el que había desaparecido Marcos, con las rodillas recogidas, abrazadas, y la barbilla apoyada en ellas. Miró hacia los cristales de la terraza. Una fina lluvia salpicaba de corpúsculos mínimos y brillantes la superficie, tamizando el aire templado, cálido de la habitación, de un color grisáceo, cenizo...

- Deben ser la siete de la tarde. - Masculló Rebeca. - ¡Dios mío!. No había dormido tanto desde que era una chiquilla.

El correr del agua en el cuarto de baño la hizo girar la cabeza, se sonrió feliz y se levantó para perderse seguidamente por el umbral de la puerta.

Afuera, la luz fue cediendo paulatinamente, hasta que cielo y mar se confundieron en el horizonte conformando un universo único; tan solo, en la orilla, la espuma blanca de las olas, recordaban la disparidad entre ambos elementos.

&&&&&&&&

El día se despertaba claro y luminoso cuando Marcos se adentraba por una de las vías principales de acceso a la ciudad. Interminables filas de automóviles se discernían a lo largo de la gran avenida en un caminar lento y tortuoso.

Primer día de escuela. Los más pequeños lloraban desconsolados, solitarios, arrinconados en los asientos traseros, sus desavenencias con quien les ha sacado del letargo veraniego.

Atrás quedan las fragancias y las luces que se perderán en el almacén de los recuerdos. Las horas lánguidas y efímeras de un "no saber que hacer", la espera tranquila y placentera de otra hora que le sigue. Delante, la desazón, la incertidumbre de un porvenir sombrío, gris, plomizo...; cómo los días del largo otoño y las noches interminables y frías del invierno venidero.

Siempre se llega si se sabe a donde ir, y poco a poco, la fila de coches se va desvaneciendo, distribuyendo por mil salidas a ninguna parte, o quizás, a destinos que nos incomodan. Es la lucha del día a día por un lugar en la salvaje jungla urbanizada.

Marcos se internó en el túnel largo y estrecho del parking subterráneo, abierto en las mismas entrañas de la tierra, sosteniendo la mole de cristal y cemento que emerge como una isla en el gran océano de la metrópoli.

Todo es silencioso y quieto en la onceava planta del acristalado edificio. La luz que se cuele por las cortinas de tiras, dibuja sobre infinidad de muebles líneas blancas y cegadoras que hacen parpadear a Marcos.

Él disfruta de estos momentos de paz y sosiego unos minutos antes de que empiecen a entrar sus empleados y lo llenen todo de un barullo aparentemente desordenado y bullanguero.

Al fondo se deja oír suave el sonido de un fax que va escupiendo sobre una bandeja su tira de papel ligeramente viciada en un desbaratado rulo. Más allá, un taconeo inconfundible: seguro, fuerte...

Beatriz aparece luminosa, radiante; al fondo, con la silueta recortada por las líneas de luz que quieren descomponerla en un caprichoso puzzle. Se para un instante y observa el papel que sale del fax. Marcos la mira, como siempre, admirado de su belleza briosa, inquieta...

Sus cabellos rubios se transforman en finos hilos de oro que adornan su rostro de una albura que refleja la luz que incide sobre ella. Su gesto, nervioso e inquietante se sobresalta un instante para hacerse después dulzura al descubrir entre la penumbra a Marcos.

- ¡Dios mío!. Creí que estaba sola. - Dice caminando hacia él.

Marcos le sonríe.

- ¡Buenos días, Beatriz !.

- Te veo... radiante... No sé... - Le dice sin dejar de mirarlo. - ¿Ha cambiado algo desde el viernes?.

- Tal vez. - Contesta Marcos algo engolado y misterioso.

- ¡Vamos, Marcos!. No me tengas en ascuas. ¿Han aprobado la campaña del aceite?. - Sigue Beatriz expectante.

- No... No tiene nada que ver con eso...

- Me estás empezando a preocupar. Sabes que no aguanto las incógnitas. Me descolocan.

- Es algo personal. - Dice resuelto Marcos. - He conocido a una mujer. - Añade algo dubitativo.

- Ya... - Masculla visiblemente decepcionada Beatriz. - ¿Alguien de familia noble?. - Pregunta con cierto sarcasmo.

- No te burles. Esta vez creo que va en serio. Nunca había sentido antes lo que siento por ella. ¡ Bueno... !. Eso no es cierto.

- Ya... No sigas... - Interrumpió Beatriz recompuesta. - Lo nuestro solo fue un error que afortunadamente supimos enmendar a tiempo.

- ¿Por qué dices eso?. Lo nuestro fue maravilloso, fuiste tu quien decidió terminarlo.

- Yo solo tomé la decisión que tú no te atrevías a tomar. - Aseveró con rotundidad Beatriz.

- Yo estaba loco por ti.

- Tú estabas encoñado, no te engañes. - Le aclaró con rabia Beatriz. - Lo nuestro fue solo un capricho... El jefe con su secretaria... El mundo está lleno de relaciones como esa. - Añadió en tono despreciativo. - Pura atracción física. Me alegro de que hayas encontrado por fin alguien con quien compartir tu vida. Ahora... Si me disculpas, tengo cosas que hacer. - Concluyó sobrepasándole y dirigiéndose a la puerta que se halla tras Marcos.

- ¡Espera!. - Dijo Marcos agarrándola del brazo antes de que atravesara el umbral de la puerta de su despacho.

Beatriz miró la mano de Marcos que le apretaba el brazo con cierto gesto de dolor que no pudo disimular.

Marcos apartó la mano.

- ¡Disculpa!. ¡Lo siento!. Sabes que por nada del mundo quisiera hacerte daño. - Le dijo Marcos aún rebuscando en el fondo de su cerebro el resto de palabras con las que quería expresar sus sentimientos. - Estuve loco por ti. Tú hubieses podido ser la mujer con la que podría haber compartido mi vida. Pero no entendí entonces, ni tampoco entiendo ahora tu juego. Te deseo lo mejor también para ti. - Añadió Marcos con sinceridad.

- ¡Gracias!. - Musitó Beatriz antes de empujar la puerta y desaparecer tras ella.

La cháchara de unas mujeres que aparecen al fondo le sacan momentáneamente de ese mar de dudas que le asaltan y le inquietan. Son empleadas suyas que mudan el rostro alegre y divertido por una mueca de sorpresa al cerciorarse de la presencia de su jefe, convirtiendo el guirigay de sus voces chillonas en susurros ininteligibles que acompañan con un gesto tímido de saludo mientras cada una ocupa el lugar que le corresponde en la fila de mesas.

Poco a poco, nada hace recordar el fin de semana pasado con Rebeca. Todo vuelve a su normalidad, a la rutina de siempre, a la lucha cotidiana por subir un eslabón más en esa jerarquía hipócrita, farisaica...; inútil al fin, que le ha llevado media vida encontrar y que ahora odia con todas sus fuerzas presintiendo el precio que ha tenido que pagar, vislumbrando todo lo que ha tenido que ir dejando en el

camino. Solo una tenue luz en toda esa oscuridad le sostiene y le conmueve, y le empuja a seguir su trayecto hasta el final, aunque ese final no sea más que una parada ambigua y confusa donde todo se desdibuja y se mezcla; es el saberse esperado por alguien sin la cual, ya nada tiene sentido: Rebeca.

Cuando todos los sonidos de la oficina se apoderan del aire, llega Luis, presuroso, siempre inquieto, vivaz..., mirando a uno y a otro lado, saludando a todos y a cada uno de los empleados que llenan los pasillos que conforman la gran fila de mamparas que separan las distintas secciones, asomando la cabeza aquí y allí, dando ordenes, recogiendo notas, informes; diciendo la palabra justa y amable a cada uno de los que lo reciben con tierna sonrisa y amable gesto.

Luis es un tipo alto, guapo, elegante, atlético..., que acaba de cumplir treinta y siete años. Su carácter extrovertido, conversador, afable...; le han hecho ganar el cariño de todos aquellos que lo rodean.

Marcos no puede evitar sonreír cuando aparece todas las mañanas. Se siente algo indefenso sin él.

Luis es esa parte que le falta a Marcos. Es la aventura, el riesgo, la temeridad... Siempre había sido así. De pequeño ya era un líder. Si se hacía un equipo para jugar al fútbol, todos querían pertenecer a que lideraba Luis. Y si era para enfrentarse con el barrio vecino, hasta los enemigos se apuntaban a su banda. Tenía ese raro poder de convicción que solo tienen unos cuantos elegidos. Esos que hablan desde la humildad, con palabras de verdad, de esas que te encogen por dentro y te hacen un enano mental. Solo a su lado se sentía uno seguro, capaz de arramblar con todo lo que se ponía delante.

El tiempo y la necesidad, los separó unos años. Luis se tuvo que ir con su padre a vivir a otro sitio, a otra ciudad; cuando murió su madre. El barrio ya nunca fue lo mismo, y los chicos tampoco. Poco a poco todos se fueron separando, olvidando. El "peças" murió en un trágico accidente de tráfico, un domingo, volviendo de la playa de Castelldefels; el "rata", desapareció un día, sin más. Luego se enteraron que lo habían llevado a un correccional; tenía las manos llenas de sangre cuando lo cogieron, dicen que estaba sentado en la escalera de su casa, sin atreverse a llamar a la puerta, con la mirada fija en las manos culpables de la tragedia, y la navaja enrojecida sobre su regazo. Lloraba.

El "piña" fue la otra parte de la tragedia, la peor.

Todo había empezado un domingo, después de un partido de fútbol. Los dos discutían acaloradamente por una jugada que se había convertido en "penalty", y que para el "rata" era el resultado y la creencia de la compra del árbitro. El "rata" siempre había sido muy impulsivo, casi violento, solo Luis era capaz de controlarlo, pero Luis ya no estaba. Era uno de esos individuos que te arredran por su imprevisión. Sin control alguno. De esos por lo que las madres siempre dicen que no te quieren ver con él. Justo el motivo por el que siempre andas buscándolos.

El "rata" siempre alardeaba de una navaja, de esas de hoja ancha y empuñadura de cachas amarillentas que le había hurtado a su padre; la "albaceteña" la llamaba mientras la mostraba a todo aquel que quería escucharle.

También aquella tarde la mostró, entre trago y trago de una litrona que dicen injirió entera. Para celebrar la victoria de su equipo. En el bar del "quimet".

El "piña", que se achuló en defensa de su tesis, endureció los rasgos de su cara apiñada, blanca y pecosa, mientras su boca escupía toda clase de improperios contra el "rata", que no se achicó con la navaja en el puño, apretado y nervioso.

Cuando la rabia y la ira se apoderó de ambos, se enzarzaron en un "tira" que ninguno de los dos estaba dispuesto a "aflojar". El "piña", ciego de ira, cogió la litrona del "rata" y la estrelló contra el borde del mármol del mostrador. Lo que siguió fue como una pesadilla que nadie quiso recordar. En el suelo, sobre su propio charco de sangre, el "piña" dejó de preocuparse por un porvenir lleno de incertidumbres, y el "rata", trazó un futuro nuevo y amargo que le acompañaría como una sombra hasta el final de sus días. Solo tenían quince años.

Unos años después, por esas curiosidades de la vida, el destino quiso de nuevo unir a Luis y a Marcos.

Luis se había diplomado en económicas, "marketing", relaciones humanas..., y Dios sabe cuantos títulos más. Pero no encontraba nada en lo que poder practicar lo que había estudiado. Donde no le exigían experiencia, le exigían edad, y donde no..., no cuadraba con las imposiciones de la empresa. Así un día tras otro.

Durante ese tiempo hizo de todo. Hasta disimular sus estudios para no parecer pretencioso ante empresarios buscadores de esclavos vacíos de mente y

demasiado cargados de preocupaciones para no inquietar a sus amos con problemáticas laborales y demandas de derechos.

Así estuvo de basurero en el distrito uno, en el Barrio Chino; de pintor y empapelador, de vendedor de seguros, de coches...; pero nada le satisfacía. Se amargaba las noches pensando de qué habían servido sus años de Universidad, los sacrificios de su padre, las noches en vela que pasara quemándose las cejas entre libros, empollando sabiduría y desarrollando su inteligencia si al fin nada de aquello era aplicable después para abrirse un futuro mejor.

Era un veintitrés de Abril. Las calles se llenaban de puestos de libros y de rosas. De parejas enamoradas en los bancos del parque de la Ciudadela, en los de Can Dragó... Las Ramblas eran un hervidero de gentes que pululaban arriba y abajo, deteniéndose en los quioscos: escaparates multicolores de fragancias y sonidos que envolvían el aire mágico del paseo más emblemático del mundo.

Luis acababa de perder su último empleo. Uno más en aquella larga lista de despropósitos con los que se había tenido que conformar a falta de algo más adecuado a sus conocimientos. Caminaba sin rumbo fijo. Con la mente embotada por mil pensamientos negros como su propio porvenir. Angustiado por el presagio de un mañana incierto que le atormentaba hasta cambiarle el humor y agriarle el carácter. Parándose aquí y allí, intentando entretener la mirada y quebrar la maraña de sus funestos pensamientos.

Las agujas del reloj de pulsera de Luis marcaban las dos cuando se fijó en él. Se sorprendió. Llevaba cuatro horas caminando. No estaba cansado. Estaba desesperado, contrariado con el mundo y..., consigo mismo.

Al otro extremo del mismo quiosco donde Luis se había parado para entretener su mirada, Marcos pagaba al quiosquero el periódico que acababa de retirar de una pila. Observó un instante la primera plana, y emprendió con cierta parsimonia su camino en dirección a Colón.

Luis se volvió agobiado por aquel continuo flujo de gentes, buscando un hueco por el que poder escapar. Se excusó con Marcos por el empujón que en su ansia por salir de allí le había propinado y continuó, apresurando sus pasos hacia Colón.

El tono de Luis y ese nerviosismo repentino y presuroso hizo que Marcos se detuviera un instante a pensar donde lo había visto antes. No tardó mucho en

recordar a aquel chiquillo escabulléndose por entre las gentes que se amontonaban en los pasillos al final de las películas de aquellos cines de su infancia. Con esa sensación de impaciencia y de ansia propensa a la claustrofobia que tantos improperios y algún que otro cachete, le habían costado por parte de los que pacientes caminaban entre la procesión de gentes que como él también pretendían salir.

Volvió la mirada hacia Luis que había logrado escapar del barullo y ganar un espacio de Ramblas mucho mas desahogado.

Sus pasos se habían calmado también.

Marcos no pudo evitar que la emoción le removiera sentimientos que creía haber olvidado. Recuerdos, que por lejanos, ni siquiera estaba seguro que le pertenecieran.

Se acercó hasta ponerse a la altura de Luis, le miró con cierto disimulo; por nada del mundo quería equivocarse. Pero no se podía equivocar, todos los rasgos de aquel hombre correspondían a los de aquel chiquillo que tan bien recordaba, quizás, si algo cambiaba, era aquel rictus en el rostro de tristeza que le acompañaba. Aun así, dudó un instante antes de llamar su atención. Hasta predispuso una excusa.

- ¿ Luis... ?. - Acertó a decir al fin algo dubitativo.

Luis paró sus pasos y volvió el gesto algo perplejo por la voz que llamaba a sus espaldas. Cómo si también a él le trajera recuerdos de otros tiempos mucho más despreocupados. Observó al hombre que tenía ante si, pero no fue capaz de reconocerlo.

- ¿ Le conozco ?. - Preguntó Luis intentando encontrar en el rostro de Marcos algún indicio que le sacara de la extraña inquietud que aquel hombre le provocaba.

- ¿Luis Pont ?. - Siguió Marcos ya seguro de que el error era imposible.

- Si... - Contestó aun más perplejo Luis. - Perdona..., pero...

- ¡Luis... !. Soy yo... ¿ Tanto he cambiado ?. ¡Marcos!. - Dijo Marcos exaltado por la satisfacción de estar plenamente seguro.

Luis cambió el semblante cuando recordó a su amigo de la infancia; de lo que no estaba seguro, era que correspondiese a aquel hombre que tenía ante si.

- ¿ Marcos Canovas ?. - Preguntó con cierto atisbo de inseguridad.

- ¡Pues claro, hombre... !. Por un momento creí que me ibas a dejar en ridículo.

- Marcos Canovas... - Repitió de una forma maquinal, casi sin emoción. - Pero... ¿Aquel muchacho con el que... ?.

- Saltabas las tapias para robar las rosas que regalabas a Elena. - Interrumpió excitado Marcos.

- ¡Dios mío... !. Cómo has cambiado. - Dijo echándose en los brazos de Marcos al que cogió algo desprevenido. - ¡ No sabes cuanto me he acordado de ti !. - Siguió mientras la emoción le hacía saltar algunas lágrimas.

- Sin embargo tú no has cambiado nada... Excepto esa cara tan seria que llevas. - Le reprochó Marcos separándose de él con ternura. - Parece que te hayas tragado el palo de la escoba, chico... - Siguió con una sonrisa mientras le pasaba el brazo por encima de los hombros.

Luis lo miró de nuevo. Observó su traje de seda, claro; el reloj que sobresalía por el puño de su camisa de hilo, blanca; de un oro que reflejaba la luz de aquella mañana hasta cegar; sus gemelos de piedras verdes que destellaban con el movimiento de su mano...

- ¡Dios mío... - Exclamó Luis observando de nuevo a su amigo. - No te habría reconocido ni en una rueda de la policía. - Continuó con cierta nostalgia. ¡ Cómo has cambiado !. ¿Donde has dejado tu pelo negro ?.

- Ese se quedó con mi juventud en algún rincón del camino. Cómo tu... Te hacía en algún pueblo de Andalucía..., ¡de cacique por lo menos!. - Dijo entre risas Marcos mientras se apretaba contra su amigo.

- Aquello se acabó también... A mi padre lo jubilaron anticipadamente..., - Suspiró lastimosamente Luis. -... y a mi con él. - Siguió con tristeza. - ¿ Y como te va a ti ?.

- Ahora que te he encontrado no me puede ir mejor.

- Será mejor que te alejes de mí... Todo lo que toco se vuelve mierda. - Añadió Luis con desaliento.

- ¡Vamos, hombre... !. Un tipo como tu... A ver si va a ser verdad que me he equivocado de hombre. - Dijo Marcos animándole. - Ya veras como todo cambia a partir de hoy.

&&&&&&&&&

- ¿Tienes tu el informe de la campaña del Ejercito?. - Dijo Luis irrumpiendo en el despacho de Marcos.

- Acabaré enseguida... - Replicó Marcos sin levantar la cabeza de los papeles que revisaba.

- Creí que lo ibas a repasar en el fin de semana. - Fue diciendo Luis hasta llegar a la mesa y apoyarse con ambas manos en ella.

Marcos levantó la cabeza y alzó la mirada hasta cruzarse con la de Luis.

- He estado ocupado este fin de semana... - Se sonrió engreído.

- Presiento que me vas a contar algo que me pondrá los dientes largos.

- He conocido a una mujer... - Soltó a bocajarro para después callarse.

- ¿Y... ?. - Replicó Luis interesado haciéndole gestos para que continuara.

- Hemos estado todo el fin de semana fuera... Así que no he tenido mucho tiempo para revisar el informe. En realidad no me apetecía nada...

- ¡Vaya... !. Lo entiendo... ¿La vas a volver a ver?. - Preguntó Luis curioso.

Marcos volvió la mirada al informe, aunque apenas si lo vio. Buscaba las palabras justas para explicarle lo que seguía y no provocar una serie de replicas para las que no se sentía con humor de contestar.

Conocía bien a Luis. Y sabía perfectamente lo que iba a venir después de que el dijera lo que estaba a punto de decir.

- Está en casa... - Añadió expectante a los cambios que sin duda se iban a producir en el rostro de su amigo.

- ¿Has dejado sola con Adela a una desconocida?. - Preguntó visiblemente preocupado.

- ¡Dios mío...!. - Se alarmó Marcos. - ¡Adela...!. No me había acordado de ella.

Luis lo miró un instante perplejo. El suficiente para poner en orden y entender con la máxima definición lo que acababa de oír.

- ¿Quieres decir que ninguna de ellas sabe de la existencia de la otra?.

- Se me olvidó por completo...

- Me imagino la cara de ambas cuando se descubran. - Comentó divertido Luis.

Marcos miró el reloj de su muñeca y añadió seguidamente un gesto de indiferencia.

- Demasiado tarde...

- ¿No deberías llamar para ver si esta todo en orden?.

- ¿A qué te refieres?.

- ¡Muchacho!. A veces me alarmas. Dejas a una mujer que apenas conoces en tu casa y te quedas tan tranquilo. - Replicó súbitamente Luis alterado por la calma con que se lo tomaba su amigo. - ¿Te das cuenta de que eres un hombre demasiado apetecible para las mujeres sin escrúpulos. Que tu imagen es publica. Que cualquiera que se acerque a un quiosco puede reconocerte en las portadas de las revistas económicas.

- ¡Por Dios, Luis...!. Ni que fuera un actor de cine. - Respondió Marcos con despreocupación. - Ni estamos en Suramérica ni mi rostro es tan conocido como tu quieres hacer ver. Esas revistas apenas si las leen unos cuantos con pretensiones de triunfar en los negocios creyendo que en el interior de esas páginas se haya la formula para éxito.

- ¿No has tenido bastante con el fin de semana?. Podías haberla echado ayer..., y no dejarla en una casa llena de obras de arte que solucionarían la vida de más de uno.

- Creo que te estas pasando, Luis. Y en todo caso es mi problema. Comprendo que te preocupes por mí, y te lo agradezco en el alma...; pero deja el tema ya. Temía decírtelo por que estaba seguro de tu respuesta. No he metido a una terrorista, sino a una mujer maravillosa con la que deseo, si ella quiere, compartir el resto de mi vida. - Le explicó Marcos con halo de nostalgia por el fin de semana pasado con ella. - Cuando la conozcas estoy seguro que comprenderás de qué estoy hablando. Rebeca me ha hecho sentir más en dos días que todas las mujeres que han pasado por mi vida...

- Rebeca... - Repitió Luis mecánicamente. - Así que se llama Rebeca... ¿ que mas ?.

Marcos se sorprendió de no saber ni siquiera el apellido de la mujer a la que amaba.

- No lo sé. ¿Que importancia tiene eso ahora?.

- ¿Donde vive?. - Siguió Luis inquieto.

- ¡Basta, ya!. - Replicó Marcos algo exaltado levantándose de su sillón. - Te ruego que dejemos ese tema. Me estas poniendo nervioso.

- ¿Donde la conociste?. - Seguía insistiendo Luis.

- ¡ Vamos, Luis..., déjalo ya !. - Contestó Marcos algo más calmado.

- ¿La conociste en un bar?. - Preguntó Luis dando por sentada la respuesta.

- No... La conocí en el cine... - Respondió Marcos en tono de querer zanjar de una vez aquella especie de interrogatorio y temiendo que la verdad levantara nuevas ampollas en la delicada epidermis de fraternidad de Luis. - Tú deberías también buscar a una mujer... Nos estamos volviendo huraños, desconfiados..., y extrañamente enfermizos.

- Supongo que tienes razón, pero no imagino yo a una mujer en casa..., con mi padre... - Dijo Luis algo melancólico.

- ¿Aún piensas en Elena?.

Luis levantó la mirada sorprendido. Alguna vez habían hablado de Elena, de pasada; no creía que Marcos hubiese notado su nostalgia cuando hablaba de la muchacha de la que estuvo perdidamente enamorado cuando aun era adolescente.

- A veces. - Respondió Luis ensimismado en sus pensamientos. - Supongo que no he tenido la suerte que tú. Nunca he sentido por una mujer algo más que no fuera pura atracción física. Elena solo me sirve para escapar de toda esta mierda. Supongo que después de tanto tiempo la tengo demasiado idealizada. Quizás ahora sea una mujer gorda y fofa cargada de niños y con un marido grasiento que anda por casa en calzoncillos y camiseta. - Añadió con una sonrisa intentando imaginarla como describía.

Marcos lo miró con ternura.

- Me alegro que hayas encontrado tu sueño. - Dijo Luis con sinceridad.

- Me gustaría que tú también encontraras el tuyo. - Añadió sinceramente Marcos.

&&&&&&&

Rebeca subió por tercera vez las angostas y cochambrosas escaleras de lo que había sido su casa hasta aquel momento. La luz, como siempre, negaba su brillo amarillento y tuvo que ir tanteando la barandilla y adivinando los escalones para no tropezar de nuevo.

Estaba extenuada. Su respiración se había convertido en una especie de jadeo doloroso que amenazaba con dejar de proveer de oxígeno a su organismo. De buena gana se hubiese sentado un momento allí mismo, en los destartalados y mugrientos escalones, pero no lo hizo; se animó pensando que ya era el último viaje, que después, no volvería jamás a ver aquel túnel mugriento y asqueroso, con olores a orín y a humedad, donde había estado prisionera los últimos meses.

El recuerdo de su mantecoso y grasiento casero, le hizo sacar fuerzas de flaqueza y por fin alcanzó la puerta que había dejado tan solo encajada, empujó y se adentró en el pequeño cubículo que hacia las veces de comedor y cocina.

Le faltaba el aire, las piernas le flaqueaban... Abrió el ventanuco que daba al oscuro y chamagoso mal llamado patio de luces, y por un instante, pareció aliviarse el agobio y el acaloramiento que le embargaban.

Una bombilla desnuda en medio del cuchitril, amarilleaba el aire conformando cuatro arqueadas sombras que bailaron cuando Rebeca tropezó con su cabeza al recoger la única caja que se apoyaba en el mismo centro de una mesa de formica gris decantada y maltrecha. Los dibujos repetitivos y barrocos de las paredes, simulaban también moverse con el ritmo frenético y bamboleante de aquel péndulo luminoso.

Salió al descansillo de la escalera, precipitada, dejando la puerta abierta tras de sí, superponiendo su imagen grácil a las luces y las sombras que salían del interior.

Miró por el hueco de la escalera, escudriñó las sombras de los rincones, sobre todo las del primer piso donde vivía aquel ogro de malas intenciones que pretendió cambiar el alquiler de aquella cárcel de humedades y mugre por los favores sexuales de su inquilina.

Bajó a tuestas para no tropezar, hasta que por fin ganó la puerta hacia la luz y la libertad. Metió la caja en el "cuatro por cuatro" que cogiera del garaje de Marcos y salió de las estrecheces de lo que había sido su barrio hasta entonces. Prometiéndose a si misma no volver jamás.

Atrás quedaban los sueños rotos, las noches de insomnio, sus miedos, sus monstruos...; delante: la esperanza, las ilusiones aun no truncadas...

Esta vez las Ramblas se le abrieron como un paseo lleno de luz y color.

Nunca las había visto así. Siempre le parecieron el escaparate de una Barcelona cochambrosa que escondía sus vergüenzas tras las tristes bocacalles que desembocan en ella. Ahora, por primera vez, contemplaba la belleza que escondía bajo las sombras de sus plátanos, tras los arcos de sus fachadas, en ese cielo azul que se refleja en las aguas calmas del Mediterráneo, al fondo.

Recordó a Serrat y tarareó un instante la canción que habla de ese mar.

Después, recordó a Marcos, capaz de apaciguar toda la ira que ocultaba bajo su piel, de apagar el fuego que encendía su pasión, de transmutar las tinieblas que oscurecían su mente en luz clarificadora de vida y esperanza.

&&&&&&&

Adela trasteaba en la cocina, yendo de un sitio para otro, buscando y añadiendo a la olla que bullía sobre el fuego, los ingredientes que debían conformar el plato con el que se abriría la cena.

Era una mujer mayor de níveos cabellos, de carácter dulce y bondadoso que transmitía sosiego y paz en la ajetreada vida laboral de Marcos.

Había servido en aquella casa desde que cumpliera los catorce años, con los padres de los antiguos dueños que conociera Marcos.

Marcos veía en ella a la madre que apenas había disfrutado. Y ella, quizás porque sus hijos andaban demasiado lejos y ocupados siempre, viajando por cuestiones de negocios, o esquivándola, por incompatibilidad con sus mujeres; hallaba en él, el hijo que le hubiese gustado tener.

Exceptuando algún fin de semana en el que los hijos la reclamaban, más por vergüenza, que por amor; el resto del tiempo lo pasaba en aquella casa que tan bien conocía, y que de alguna forma había hecho la suya.

Por eso, aquella mañana, cuando regresó de la fría visita a aquellos dos hijos que había llevado en sus entrañas, se sobresaltó cuando descubrió en la casa a Rebeca.

Marcos no acostumbraba a llevar a sus mujeres a casa, y menos aun, una mujer que había conocido en un fin de semana. La única que descubriera hacía tiempo ya en aquella misma cama, había sido Beatriz, con la que no había congeniado muy bien, por su carácter frío y su talante impaciente.

La mujer no tenía nada contra Rebeca, ni contra otras que su Marquitos, como le llamaba ella, hubiese querido traer. Al fin y al cabo, esa era su casa, y ella, aunque no fuese tratada como tal, no era más que la criada.

Es que le extrañaba que no le hubiese dicho nada. Por eso anduvo un buen rato algo esquiva con la muchacha, desconfiada...

Claro que no fue menos para la pobre Rebeca, que dormía plácidamente cuando Adela se coló en la habitación y corrió las cortinas, con brío, como solía hacer ella las cosas casi siempre.

La primera visión de Rebeca, aun con los párpados dubitativos por la luz que le cegaba y que recortaba la figura de Adela configurándola casi en una aparición mística, le sobresaltó.

Por un instante creyó seguir aun en su sueño, pero el tono vituperado de Adela, no tardó en sacarla de su confusión.

- ¿Qué hace usted aquí ?. - Preguntó escandalizada Adela.

Rebeca se cubrió presurosa los senos que mostraba con toda naturalidad, con las sabanas, y de los que apartaba la mirada con cierto rubor la criada.

- ¿Y usted ?. - Espetó Rebeca sin salir de su asombro.

- Soy Adela...

- ¿Y qué hace aquí?. - Continuó con el interrogatorio Rebeca.

- Me temo que esa pregunta la he planteado yo primera.

Rebeca la miró algo turbada.

- Creo que Marcos se olvidó de darme algunas explicaciones. Usted debe venir a limpiar...

- Yo vivo aquí. - Contestó Adela en un tono algo desabrido. - Volveré a echar las cortinas. Perdona... - Añadió comprendiendo.

- No... ¡Por favor!. Estaba algo falta de sueño, pero tengo que hacer algunas cosas esta mañana. Para que no se lleve a engaño. Marcos me ha propuesto vivir aquí.

- ¿Y usted naturalmente ha aceptado?. - Preguntó Adela con cinismo.

Rebeca se incorporó apoyando la espalda sobre el cabezal tapizado de la cama, cuidando de no descubrir sus encantos de nuevo.

- Si... Y sentiría que a usted no le gustase. Siento que esto haya empezado de esta forma tan poco... ortodoxa.

- No se preocupe. Solo soy la criada... Estaré en la cocina por si necesita algo. -
Concluyó Adela dándose la vuelta en dirección a la puerta.

- Adela... - Se apresuró a llamarla Rebeca.

Adela se volvió antes de cerrar la puerta, y la miró interrogante.

- Me llamo Rebeca.

Después, en la cocina, Rebeca le contó algo de lo que ocurriera aquel fin de semana mientras saboreaba un humeante café. Ensalzó las maravillas de aquel líquido negro que le había preparado Adela con tal de halagarla y arrancar el rictus de contrariedad que mostraba cada vez que se giraba para observarla.

Encendió un cigarrillo, en silencio, haciendo girar el encendedor de Marcos entre sus dedos, acariciando la suavidad de su superficie ante la mirada perpleja de Adela.

Sin saber muy bien por qué, pensó en su madre; tal vez, porque Adela, a pesar de la aversión que sentía en aquel momento hacia ella, tenía mucho de todas las madres; podía sentir la dulzura y la ternura que ahora guardaba celosa en lo más íntimo de su ser. Rebeca era consciente de que no estaba indispuesta contra ella, sino más bien, contrariada por la poca delicadeza que Marcos había demostrado en no advertirle de aquella inesperada visita, y quizás..., algo celosa también.

&&&&&&&

Luis volvió a su despacho, intranquilo por la forma en que su amigo llevaba sus temas amorosos. Le parecía de una irresponsabilidad, por lo menos, reprochable; pero no quería que nada ni nadie estropeará la amistad que los unía, y por otro lado, Marcos, tampoco estaba en condiciones de razonar, así, que decidió actuar por su cuenta.

Pensó en acercarse hasta la casa y observar por lo menos el aspecto de la mujer que cegaba la razón de su amigo. Pero desistió pronto de esa idea. Más tarde o temprano, si aquella relación seguía, y tenía todos los visos de que sí, sería presentado a ella y se descubriría todo el plan que ahora trataba de ejecutar en bien de su amigo.

Entonces recordó a Ulloa, un detective del que se servían con cierta frecuencia. Siempre por motivos profesionales: informes de solvencia, volumen de facturación de la empresa que los contrataba para alguna campaña... No estaba dentro de su especialidad seguir a personas, ni investigar sobre su pasado; pero era un hombre afable en el que se podía confiar y que seguro sabría darle algún consejo que le tranquilizara, o indicarle a algún colega que estuviera más familiarizado con ese tipo de problemas.

Buscó en la agenda que se apoyaba sobre su mesa y marcó los números de teléfono. No tardó en aparecer la voz de Ulloa, clara, grave, educada...

- ¡Buenos días!. Detective Ulloa. ¿En qué puedo servirle?. - Soltó con cierta rutina.
- ¡Hola... señor Ulloa!. Soy Luis Pont... de Canovas y asociados. - Le recordó Luis.
- ¡Hola, Luis...!. - Contestó Ulloa al otro lado con toda confianza. - ¿Cómo está?.
- Oiga, Ulloa... Necesitaría que me hiciera un favor personal. - Soltó sin titubeos Luis.
- Usted dirá... - Se ofreció el detective.

- Es un asunto algo delicado..., preferiría proponérselo personalmente sino está muy ocupado. ¿Podría verlo ahora?.

La respuesta del otro lado tardó algunos segundos en oírse, en su lugar, un movimiento de hojas, llenó el vacío en la línea telefónica.

- ¿En media hora le va bien?. - Preguntó Ulloa desde el otro lado de la línea.

- ¡Estupendo!. Voy para allí. ¡Ah...!. Y muchas gracias. - Concluyó Luis colgando el aparato.

&&&&&&&&

Rebeca aminoró la marcha cuando se encaró hacia la carretera que la conduciría de nuevo hasta la casa de Marcos. Quería disfrutar de aquel paisaje con olor a pino y aquella amalgama de sonidos que surgía por todas partes llenando de vida el solitario paraje. Poco a poco la ciudad fue quedando atrás, y a sus pies; reduciéndose hasta enmarcarse en el espejo retrovisor que miraba de vez en cuando, cerciorándose de la soledad de la carretera.

Puso la radio. Durante un instante tarareó la música repetitiva y bullanguera que llenó el habitáculo del coche, hasta que se cortó con el pitido de las señales horarias y prosiguió con la sintonía anunciadora de un parte de noticias.

La voz de la locutora de turno apareció fría, distante... anunciando el último atentado de la banda terrorista.

Otra vez la muerte pintaba de horror, de incongruencia, de impotencia y de rabia los rostros y los gestos de las gentes; y de nuevo aparecían en la escena politiquillos indecisos de palabras ambiguas que aun confundía mas el estado de las cosas, alterando los resquemores y produciendo el desasosiego y la zozobra de una sociedad harta ya de tanta mentira parlamentaria y tanta pamema oratoria.

Apagó la radio y recobró de nuevo aquellos sonidos que llenaban el aire de esperanza, de vida...

&&&&&&&

La entrevista de Luis con Ulloa, apenas si había durado ocho o nueve minutos. El tiempo justo de tomar un café, de pie, en la barra de un bar cercano a la oficina de la que Luis no se quiso alejar para no levantar las sospechas de su amigo Marcos.

Ulloa, al que llamaban Dani, por su enorme parecido con el actor Dani de Vito; era un tipo calvo, de unos cincuenta años, de aspecto rechoncho y carácter extrovertido que gustaba de la charla distendida y amable.

Buen sicólogo, sacaba de las personas más información con diez minutos de charla, que mirando la ficha policial, o los informes laborales de la Seguridad Social.

A lo largo de los años de profesión, primero en la policía y después como detective privado; había visto casi de todo. Por eso en los últimos años quiso dedicarse a algo más tranquilo, y se metió en el mundo de los informes comerciales.

De su corta conversación con Luis, no pudo sacar más información que el nombre de la muchacha a la que tenía que descubrir su pasado; y si acaso, la angustia que éste sentía por la forma irresponsable en que Marcos llevaba sus temas amorosos. También le dio la dirección de éste, para que pudiera empezar a investigar por algún sitio.

Lo primero que hizo después de dejar a Luis, fue subirse en su vieja y destartalada furgoneta "4L" y dirigirse hacia la casa de Marcos, donde de seguro encontraría a Rebeca, y a la que con sus habituales métodos de mentiras y engaños, trataría de sacarle la información mínima que necesitaba para continuar con sus pesquisas.

La destartalada furgoneta, en cuya baca se cargaba una escalera de tijera así como algunos abollados pots de pintura, rollos de cable y un variopinto etcétera de viejos artículos de lampistería y electricidad encontrados en los containers de la basura y de los que se había servido a lo largo de sus trabajos como complemento para sus disparatados disfraces, ronroneó antes de que su motor se parara por completo a unos metros de la verja de entrada a la casa de Marcos.

Cuando por fin pareció callarse, aún emitió una última explosión que hizo volver la mirada sobresaltada de Ulloa que ya había salido y se disponía a cargar con su vieja cámara fotográfica al cuello, de las de carrete, compañera inseparable con la que compartía además afición desde su más tierna infancia.

Poseía otras cámaras, de esas compactas, digitales, con la que lograba buenas imágenes; pero aquella prontitud en el revelado de las imágenes, la perfección con la que ya de antemano podía medir cada uno de los parámetros de la fotografía a tomar...; no satisfacían para nada el placer con que medía y razonaba cada uno de los cálculos que iba reflejando en cada uno de los anillos de su vieja “Nikon” ; ni siquiera el sonido de su disparador era lo mismo.

Después venía la espera, aunque en los últimos tiempos se había acortado tanto que casi empezaban a parecer digitales; y al final, la satisfacción de que cada uno de los parámetros adoptados, habían sido los correctos para lograr la imagen que esperaba ver en el papel y que ya había dibujado en su cabeza.

Buscó el plano mas adecuado para coger una vista general de la casa, midió, calculó, razonó..., y por fin, disparó.

Ulloa, hacía fotos de todo, fuera o no fuera parte del trabajo; algunas de esas fotos habían obtenido sin proponérselo, algunos premios, que aún estimulaban más su ya desproporcionada pasión por ese arte.

Colocó en la cámara uno de los objetivos que se apoyaban sobre el asiento delantero, éste de más potencia que el cuarenta y cinco con el que había tirado la primera foto, y enfocó a las ventanas, una por una; buscando a la muchacha de la que le había hablado Luis, pero no vio a nadie.

Se fue hacia la verja y miró hacia el interior, pero su escasa estatura le limitaban la visión apenas a unos metros de los reforjados barrotes de hierro.

Contrariado, se dirigió de nuevo a la furgoneta. Abrió la puerta trasera y se encaramó en el escalón que le ofrecía el interior de la zona de carga para desde allí, muy aparatosamente, alcanzar un extremo de la escalera y empujarla con gran esfuerzo hacia uno de los laterales de la baca por la que cayó seguida de algunos potes que se apoyaban sobre ella y que rodaron hasta las mismísima bifurcación con la carretera general mientras él los miraba impotente.

Decidido a dar por perdido aquella parte del atrezzo, colocó la escalera contra uno de los laterales de la furgoneta y se encaramó hasta el techo.

Tampoco desde esa nueva atalaya improvisada, su visión, a la que se interponía el gran muro que rodeaba la casa, mejoró mucho. Seguía sin alcanzar a ver la planta baja, la entrada a la casa y los alrededores más cercanos a ésta.

Atrajo la escalera hacia si e hizo un lugar donde poder apoyar con cierta seguridad los cuatro puntos de apoyo en los que se fijaba. Cuando creyó tenerla asegurada, suspiró profundamente enarcando las cejas con la mirada fija en su nuevo observatorio a modo de un amilanado: "¡ahí vamos!", y subió con extremado miramiento uno a uno cada uno de los peldaños a medida que iba descubriendo el paisaje que tanto ansiaba descubrir.

Confiado en su nuevo mirador y abstraído por la belleza que se extendía ante sus ojos, tardó un instante en cerciorarse de que el paisaje se iba alejando paulatinamente del visor de su cámara, abriéndose como si de un gran angular se tratara, abarcando un campo de visión que no era lógico con aquel trescientos que había colocado en su réflex.

Sin comprender aun muy bien que es lo que estaba ocurriendo, volvió el gesto en un acto reflejo que ni siquiera le permitió retirar la cámara de su ojo. Cuando se percató de lo que ocurría, el tronco del robusto pino con el que era eminente estrellarse, ya se le había emborronado del visor y la imagen se convertía en una consecuencia desordenada, confusa y acelerada de un paisaje que se volvía del revés, mostrando cielo y tierra conformando un todo al que acompañó el sonido seco y contundente que lo desdibujó en el interior de una negrura llena de corpúsculos brillantes que estallaban en el interior de su cabeza.

&&&&&&&

Marcos miró el reloj y aceleró el paso hacia el restaurante cuyo letrero anunciador se podía adivinar sobre un largo toldo a modo de dosel fijo que sobresalía del edificio al final de la amplia acera.

De no haber sido por la cita que ya tenía concertada desde hacía tiempo, de buena gana se habría ido a casa, a comer con Rebeca o habría hecho que bajara ella y la habría llevado a un pequeño restaurante italiano, cercano a la oficina, donde él acudía con cierta frecuencia. Pero su cita era ineludible, de ella dependía en buena manera la continuidad del negocio, o mejor dicho, la prosperidad del mismo.

No podía sacarse el rostro de Rebeca de la cabeza. Intentó concentrarse varias veces en las tediosas estadísticas y en alguno de los contratos que estaban ya únicamente en espera de su firma; pero no pudo conseguirlo, era más fuerte que él, siempre acudía el recuerdo de los momentos pasados aquel fin de semana que le llenaban de ansia por volver a estar con ella y lo embelesaban hasta la abstracción más absoluta.

Cuando se adentró en el restaurante aun tenía aquella imagen fija en su cerebro que le llenaba de una paz y un sosiego como no había sentido nunca antes.

Apenas hacía un par de días no pensaba más que para el negocio. No veía mas allá de los números y las posibilidades que se le abrían para un futuro con el contrato del gobierno.

También había pensado en la extraña reacción de Beatriz. En lo esquivada que había estado toda la mañana, pero solo fue un pensamiento efímero que descartó pronto, de nuevo con el recuerdo de su amada.

No quiso hacer con él el camino hasta el restaurante en el que se celebraría la comida.

Le había balbuceado una torpe excusa y había salido del despacho con la promesa de estar allí cuando él llegara, con dignidad, con ese falso orgullo del que se siente dolido pero no quiere mostrar sus heridas.

Le incomodaba tener que encontrarse con ella. Soportar aquella indiferencia fingida que le soliviantaba y le enervaba y que sin embargo no restaba un ápice a la eficacia profesional al que le tenía acostumbrado.

Él hubiese preferido una reacción más... humana. Un ataque de cuernos o de celos, un chantaje emocional, tal vez... Pero Beatriz era mucho más fría y calculadora, incapaz de comportarse como una mujer vulgar. Por eso sentía cierta ansiedad, cierta angustia que le embargaba y que no era capaz de concretarla en un "por qué".

- Buenos días, señor Canovas. - Dijo excesivamente amable el recepcionista que le salió al encuentro irrumpiendo el hilo de pensamientos de Marcos. - Sígame, por favor. Le están esperando. - Añadió arqueando su cuerpo ligeramente en una especie de reverencia y adelantándosele a modo de "abre camino" por entre las mesas.

- Gracias... - Respondió amable Marcos siguiéndolo y saludando a algunos de los comensales con breves y escuetos gestos, o estrechando las manos de otros que se levantaron a su paso con breves comentarios a modo de saludo.

- Estupendo el artículo. - Le felicitó con entusiasmo un hombre ya mayor de aspecto extremadamente pulcro y elegante que se levantó a su paso.

- ¡Muchas gracias..., presidente!. - Correspondió agradecido Marcos cubriendo con su otra mano la del hombre y dándole unos suaves y tiernos golpecitos.

- ¡Muchacho, no tardarás en ocupar el puesto de presidente de la Cámara!. - Añadió otro guiñándole un ojo cómplice y mirando de hurtadillas hacia la mesa en la que se acababa de acomodar el viejo al que había saludado con anterioridad, a punto ya de llegar al amplio distribuidor donde le esperaba con protocolaria paciencia el recepcionista.

En el reducido comedor privado, un camarero tomó el relevo de su compañero que se despidió con un reverenciado: "qué disfrute de la comida", y se retiró cerrando tras él la puerta que había estado sujetando.

Marcos esperó a ser presentado por Beatriz, que lo miró mudando la sonrisa con la que le había sorprendido por un gesto grave e incomodado, a los tres hombres que se habían levantado al verle.

- El General de División don Ramón Zambruno... - Presentó Beatriz incorporándose al primero de su derecha con un tono extremadamente frío y circunspecto.

- General... Es un placer. - Correspondió Marcos estrechando la mano del general.

- Teniente Coronel don Mariano Quintillá... - Siguió Beatriz.

- Es un verdadero placer...

- General de Brigada don Clemente Vinader...

- ¿Cómo esta usted?. Discúlpenme por el retraso... - Añadió sentándose Marcos.

Tan pronto como acabaron las presentaciones, Marcos, había olvidado ya a quien correspondía cada uno de los cargos y los nombres que Beatriz con tanta seguridad le recitara hacía un instante.

Eran tres hombres mayores, de aspecto extremadamente serios, rigurosos...; envueltos en oscuros trajes que los paralelaba entre si; de níveos cabellos y una fina línea del mismo tono sobre sus labios superiores que les daba un cierto aire de severa austeridad.

- ¡Buenos días, señor Canovas!. - Le deseó el camarero retirándole la única silla vacía que quedaba alrededor de la mesa. - ¿Desea tomar alguna cosa?.

- Solo un poco de agua, gracias. - Decidió algo contrariado observando las copas con el preciado líquido de los demás.

- Nos han hablado muy bien de su agencia... - Empezó halagándole el hombre que tenía a su izquierda. - Hemos visto alguna de las campañas que han diseñado para otros organismos oficiales. Son mensajes concretos..., directos...; sin adornos y florituras que van muy bien al meollo de lo que se pretende comunicar.

- Estoy convencido de que la de ustedes también quedará igual de clara y concisa. Se trata únicamente de entender bien el mensaje que quieren propagar. Tenemos a los mejores trabajando para nosotros.

- De lo que se trata básicamente en un primer contacto, es... - Continuó diciendo el de más baja graduación que se hallaba en medio de los militares como si hubiese recibido un relevo secreto de su compañero. - ...desmitificar la mala imagen que ha tenido

siempre el ejercito con respeto al ingreso en sus filas de..., -Titubeó antes de continuar.- Bueno ya sabe... - Acabó con cierta incomodidad.

-Que quede el concepto bien claro...

- Tiene que concebirse la idea de un ejercito totalmente nuevo y renovado. - Tomó el relevo el General de División que estaba junto a Beatriz mientras ésta tomaba notas en un pequeño bloc que había apoyado sobre el mantel asalmonado. - ... de una nueva profesión con un excelente porvenir.

- Usted sabe más que nosotros de todo esto, así que confiamos plenamente en su agencia. - Volvió a tomar la palabra el que más se aproximaba a Marcos. - También deberá tenerse en cuenta que en este renovado ejercito no se distingue entre hombres y mujeres... Ustedes lo arreglan para que suene convincente. - Añadió con cierta mueca de contrariedad.

- ¡ Ah..., si !. - Siguió algo incomodado don Mariano.- Queremos un ejército profesional. Capaz de competir con los mejores ejércitos del mundo. Las pruebas pueden ser no aptas para todos... Vamos a formar soldados..., sin distinción de sexo, color, religión...

Marcos bebió un sorbo de agua e hizo un gesto de contrariedad, como si esperara encontrar otra cosa en la copa. Miró hacia su espalda e hizo una señal al camarero que se había alejado unos pasos y parecía ajeno a toda aquella conversación.

- Tráigame un Jack Daniels en vaso bajo con un par de cubitos de hielo, por favor...

- Si, señor... - Dijo el camarero alejándose hacia el office que se arrinconaba contra la pared.

- Lo que les voy a decir no tiene nada que ver con la agencia que dirijo, es solo para aclarar conceptos que pueden llevarnos a campañas mal planteadas y a la perdida de su tiempo y el mío.

Esperó un instante a que el camarero dejara el vaso sobre la mesa y se retirara de nuevo a su rincón.

- Ustedes pretenden un ejército nuevo con las mismas taras que tenía el anterior. - Dio un sorbo del liquido que acababan de traerle antes de continuar. - ¡Disculpen!. Pretenden imbuir en la campaña un espíritu que sin que se diga claramente, ahuyente a los posibles candidatos femeninos porque ustedes, en el fondo, siguen convencidos

que el ejército es una escuela de hombres. Pero como la Constitución habla de la igualdad entre hombres y mujeres no pueden evitarlo de una forma clara. Hay que jugar con la ambigüedad de que la dureza del ejército no es apta para el mal llamado sexo débil.

- Creo que nos entenderemos a la perfección. - Asintió don Clemente con un esbozo de sonrisa de satisfacción.

Beatriz miró a Marcos con un amago de admiración que simuló bajando la cabeza y haciendo ver que tomaba alguna nota.

- Me parece que no me han entendido... - Les aclaró Marcos. - No debemos hacer una campaña basada en ese tipo de subterfugios. Ustedes dicen que yo entiendo de publicidad..., pues bien, háganme caso. Con una campaña como la que ustedes proponen..., no tardarían en empezar a saltar cargos del ejército. Además, me consta que su ministro no estaría de acuerdo con esa decisión y acabaríamos haciendo un trabajo inútil. Él está convencido de que en esa nueva imagen del ejército deben estar todos con los mismos derechos y obligaciones.

- Ni siquiera ha hecho la mili... - Balbuceó airado el General de División.

Marcos volvió la mirada un instante hacia el General algo perplejo.

- Yo tampoco. - Declaró tajante Marcos.

- Quizás nos hemos equivocado eligiendo la agencia. - Sentenció el General de División. - ¿Qué opina usted Beatriz sobre que las mujeres accedan al ejército?. - Preguntó a bocajarro cogiendo desprevenida a Beatriz.

- Me parece que las mujeres deberíamos estar por encima de todo eso. - Arguyó determinante. - Me preocupa más como han dejado el mundo que durante siglos han dirigido ustedes... - Continuó argumentando ante la mirada perpleja de todos. - Nosotras estamos mas preocupadas por salvaguardar al mundo de los estropicios que han cometido a lo largo de la historia, que de inventarnos guerras para redimir honores maltrechos o..., las vanidades de unos cuantos que se ha erigido a sí mismos salvadores del planeta y que lo único que hacen es venderlo por parcelas. No, señores... - Fue diciendo cada vez más exaltada. - No creo en el Ejército como defensor de una posible invasión extrajera. De ese miedo se han aprovechado verdaderos dementes que nos han tenido en el más terrorífico e incongruente de los aislamientos con sus dictaduras totalitarias, escondidos del resto de la humanidad en caparazones

como galápagos. Quiero creer que si ese dinero que se gasta el mundo en tener los mejores ejércitos y las mejores armas se lo gastaran en vencer la hambruna que está invadiendo nuestro planeta y en educación, muchas de las tragedias que corren a este mundo no estarían ocurriendo.

Los cuatro hombres se miraron estupefactos por la convicción con que parecía estar dándoles la arenga Beatriz.

El camarero sonrió desde su rincón satisfecho por la valentía de aquella mujer que estaba cantándoles a aquellos arrogantes militares lo que tal vez pensaban muchos que no se hubiesen atrevido jamás a hablar así delante de los que redimían sus pecados bajo el uniforme y la excusa de una bandera con la que justificaban algunos todas las barbaridades y horrores que en nombre de la Patria se han cometido a lo largo de la historia, a lo largo y ancho del planeta, algunas, no tan lejanas en el tiempo, y demasiado cercanas en la geografía.

- ¡Lo siento... !. Disculpenme... - Añadió levantándose y saliendo de la reducida estancia.

- ¡Bueno... !. ¿Qué les parece si comemos?. - Irrumpió Marcos sacando a los tres hombres de la maraña de pensamientos que sin duda les había provocado Beatriz.

&&&&&&&

Cuando todas las estrellitas se disiparon de la cabeza de Ulloa y abrió los ojos, un único pensamiento acudió a su cabeza: "Cómo cuernos he llegado hasta aquí".

Luego miró el coche, y el tronco del pino que lo frenaba de caer al abismo que se precipitaba tras el pequeño montículo que lo había acunado a él en su pequeño sueño al país de "*nunca jamás*" y comprendió lo que había ocurrido.

- ¡Dios!. - Exclamó con gesto de dolor cuando quiso incorporarse. - Si los espermas de mi padre hubiesen sido de mejor calidad, nada de esto habría ocurrido. - Se quejó mientras hacía un verdadero esfuerzo para apartarse del precipicio en el que milagrosamente no había caído aún.

La furgoneta estaba bastante entera, lo que no ocurría con su cara que presentaba decenas de pequeños rasguños; el golpe con el árbol apenas le había achatado un poco más la parte izquierda delantera destrozándole el único faro que le quedaba en funcionamiento. Ahora, por fin hacía juego con el resto de la chapa que la envolvía, y que milagrosamente aun se sujetaba.

Así y todo, necesitaría una grúa para sacarla del socavón donde se había colado.

- ¡Maldita sea!. - Golpeó con rabia la furgoneta.

Esta se movió ligeramente amenazando con liberarse del árbol que la sujetaba y lanzarse directamente al vacío.

- ¡No!. Por tu padre Renault, ¡no lo hagas!. No volveré a pegarte nunca más. Lo prometo. - Aseveró levantando la mano a modo de juramento. - ¡Dios mío!. Me debo estar volviendo un neurótico. Ya hablo con el coche. Lo jodido es que me entiende y se

ha parado. ¡No te muevas de aquí!. - Le ordenó convencido recogiendo del interior una tablilla con unas cuantas cuartillas que se sujetaban a una pinza para después añadir a su nuevo personaje la caja de herramientas que encontró en la parte trasera y un desgastado mono de blanco moteado por todo tipo de manchas que se colocó sobre el raído traje que lo envolvía. - Volveré en cuanto acabe con el asunto que me ha traído hasta aquí. ¡Si logro recordarlo!. - Añadió en un murmullo.

Se acercó hasta la verja y apretó el botón del timbre varias veces, hasta que por fin obtuvo respuesta.

La voz de Adela apareció, nerviosa, inquieta...

- ¿Quién es?. - Preguntó Adela desde el otro lado del interfono.

Ulloa se sobresaltó dando un respingo que lo apartó unos centímetros del altavoz que se hallaba en la parte mas alta del muro, y del que no se había cerciorado por quedar sobre su cabeza.

- Soy... yo... - Balbuceó algo confundido. - Estamos comprobando una fase de luz... - Continuó ya algo más expeditivo.

- ¿ Y que quiere ?. - Volvió a sonar la voz de Adela.

Ulloa alzó la mirada hasta el altavoz que le hablaba, con gesto fastidioso.

- Necesito entrar para comprobar si tienen ustedes el fallo.

- Aquí todo funciona bien. - Siguió Adela.

- Ya..., señora... - Dijo Ulloa algo desesperado. - Tendría que haber empleado el truco del pintor... - Masculló antes de volverse hacia el altavoz. - Si me deja pasar, solo será un momento. Tengo que comprobarlo todo, ya sabe. Tienen que firmarme el parte conforme he estado aquí, ¿entiende?.

Por un instante no hubo respuesta del otro lado del interfono.

Ulloa miró a su alrededor intentando encontrar alguna otra idea que fuera más convincente para la señora que había optado por aquel silencio que como mínimo, le desconcertaba.

Iba a apuntar de nuevo con su dedo al timbre, cuando el sonido del motor de la verja lo frenó.

Suspiró aliviado mientras veía abrirse la gran verja y se apresuró a colarse antes de que la señora cambiara de parecer.

Avanzó trabajosamente. Le dolían todos los huesos y... los cartílagos. Aunque no supiera muy bien que eran, y..., hasta le pareció sentir un ligero dolor allí donde no se sabía ni de huesos ni de cartílagos.

Salió del pequeño giro que daba la privada carretera y se detuvo embelesado ante la imagen que apareció de repente, como surgida de la misma tierra que la sujetaba.

Rebeca vestía una blusa blanca que marcaba sus senos apuntando hacia el hombre que la admiraba con verdadera fascinación, y una corta falda negra y ajustada que marcaba cada una de sus sinuosas curvas, para al final, dejar al aire unas maravillosas piernas perfectamente contorneadas y fuertes que empezaban a hacer las delicias de las fantasías de aquel hombrecillo que había cambiado su fascinación por una mirada libidinosa y lasciva que no pudo evitar.

- ¡ Retruécano !. - Musitó sin dejar de mirarla mientras frenaba sus pasos con gesto exhausto y la respiración entrecortada. - ¿Qué puede tener de malo una mujer semejante?. - ¡Buenos días, señora!. Exclamó jadeante dando los últimos pasos que le acercaban a ella.

Rebeca miró la extraña figura del hombrecillo que se le acercaba. Podría haber sido vendedor de helados en la playa, acomodador en un cine, incluso hubiese tragado si se hubiera presentado de vendedor de seguros; pero lo que no podía imaginar, era a aquel hombrecillo metido en las zanjas y manejando cables en agujeros en los que sin duda necesitaría de una escalera para salir.

- ¿Es usted la señora de la casa?. - Preguntó Ulloa a pesar de que la respuesta era obvia.

- ¿Es usted electricista?. - Respondió ella con otra pregunta que dejó desarmado a Ulloa.

- ¡Bueno!. Trabajo para el ayuntamiento. - Improvisó dubitativo Ulloa. - Estamos revisando alguna fase por la que no nos llega corriente abajo, en el pueblo. Estamos revisando todas las casas. Siento molestarla, señora... No recuerdo cual es su apellido.

- No lo puede recordar porque no se lo he dicho. - Contestó secamente Rebeca.

- Ya... Bueno... Creí haberlo visto en el informe que me han pasado y que me he dejado en el pueblo. ¡Esta cabeza mía!. - Añadió a medida que improvisaba. - Si me indica donde tienen la acometida...

- Si no la sabe usted. El dueño de la casa no está ahora.
- ¡Ah!. El señor Canovas. - Dijo en un tono amigable con el que quiso hacer perder la desconfianza de Rebeca.
- ¿Le conoce?. - Preguntó Rebeca algo mas tranquila...

Ulloa se sonrió satisfecho. Por lo menos había logrado parte del efecto que buscaba.

- Bueno... He hecho algunos trabajos cerca de aquí. Es un hombre muy amable, siempre nos saluda desde su Mercedes... ¡Menudo coche!.
- Bien... Si es capaz de encontrar esa...
- Acometida... - Se apresuró a terminar la frase de Rebeca.
- Sígame... - Dijo Rebeca dándose la vuelta.
- Será un placer. - Añadió Ulloa repasando de nuevo la figura de Rebeca, ésta vez por la parte que aún no conocía.

Las cortas piernas de Ulloa tenían que hacer un verdadero esfuerzo para seguir los pasos de la esbelta Rebeca. Lo que en cierto modo agradecía por primera vez en su vida ya que le permitía sin excusas maravillarse de aquel paisaje que caminaba delante contoneándose zigzagueante, provocando en el apretado cerebro de Ulloa toda clase de fantasías eróticas.

- Usted dirá. Que es lo que quiere ver. - Expuso Rebeca volviéndose y sorprendiendo al hombrecillo con la mirada fija en su trasero.

Ulloa alzó la mirada todo lo rápido que pudo hacia los ojos verdes de Rebeca. Estaba algo turbado. Y para la pregunta de Rebeca tenía algunas contestaciones, pero ninguna tenía que ver con el papel que le tocaba interpretar ese día.

Se adelantó a ella con gran esfuerzo, y cuando ya hubo recuperado el resuello, y sus ideas se habían puesto en orden, dijo:

- Supongo que debe estar en el sótano. ¿Hace mucho que está por aquí?. - Preguntó desordenadamente Ulloa.
- ¿El sótano?. - Preguntó Rebeca burlona.
- ¡Vaya!. Veo que tiene sentido del humor. No... Me refería a usted.
- Le acompañaré al sótano. - Contestó Rebeca obviando la pregunta.

- Ya... ¡Lo siento!. Siempre hablo demasiado. Supongo que me viene de pequeño. Era el menor de trece hermanos... - Fue recreando su nuevo personaje mientras subían las escalinatas que accedían a la puerta principal. - Me pasé la mitad de mi infancia y de mi adolescencia sin que nadie me hiciera caso, así..., que supongo que ahora... Debe ser una especie de venganza contra el género humano. ¡Bueno...!. No sé por qué le cuento todo esto. Supongo que a usted tampoco le interesa.

Rebeca se giró antes de alcanzar el último escalón y lo miró fijamente, quizás, con un poco de ternura. Ella sabía muy bien que era eso de no tener a nadie con quien hablar, con quien poder compartir las cosas cotidianas y sencillas de la vida. Los últimos años habían sido solo de silencio y de miseria, escondida en aquella casa sin luz, continuidad de la propia oscuridad que yacía en lo mas profundo de su ser.

- ¿Y ahora siguen sin hacerle caso?. - Dijo Rebeca mirando al pequeño hombrecillo con cierto gesto de comprensión. - Le comprendo muy bien.

Ulloa se encogió de hombros y colocó en su rostro un rictus de pena.

Ahora sabía por donde cogerla. Una vez más le había funcionado la falsa.

- ¿Usted también era la menor de trece hermanos?. - Preguntó el hombrecillo llegando a su altura.

- No... - Se sonrió Rebeca. - Yo solo tengo un hermano, pero me fui de casa muy joven.

- Yo también. Usted y yo nos hemos hecho solos. - La miró de nuevo de arriba a bajo.

- ¡Bueno!. Usted se ha hecho mejor. - Bromeó.

Rebeca le sonrió agradecida.

- ¡Venga!. - Dijo Rebeca expeditiva acompañándolo de un gesto de la mano. - Le invitaré a un café. Estaba a punto de tomar uno.

- ¡Retruécano!. - Exclamó el detective. - No se si debo... - Añadió convencido de la insistencia por parte de Rebeca.

- Por favor..., se lo ruego.

&&&&&&&

- ¡ Retruécano !. - Exclamó Ulloa admirado por la magnífica disposición del sótano que Marcos había convertido en una bodega cuyas paredes las conformaban pura roca viva.

Al fondo, tras la verja que permanecía cerrada, en infinidad de estanterías que se perdían en la penumbra de los altos techos de las que pendían hermosas arañas de cristal que iluminaban suavemente la estancia; cientos de botellas de todo tipo, forma y tamaño reposaban en el silencio mas absoluto sus caldos; ahora, brevemente interrumpido por las respiraciones y los susurros de sus dos visitantes.

La sala en la que se encontraban Ulloa y Rebeca, a la que se accedía según se bajaban las escaleras que partían de la planta baja de la gran mansión, estaba dominada por una gran mesa de roble en la que se apoyaban todo tipo de copas de distintas formas, colores y estilos; y rodeada por dieciséis sillas de la misma madera y estilo rústico perfectamente alineadas alrededor, en el mismo centro de la sala en cuyas paredes, se repartían exquisitamente, aprovechando las irregularidades de la roca, todo tipo de herramientas y vasijas relativas al mundo del vino y que simulaban un perfecto recorrido por la historia de éste más digna de cualquier museo de enología que de una vivienda privada.

- Este era el sótano que soñaba cuando me castigaba mi padre. - Siguió dispuesto a continuar con su falsa Ulloa.

- ¿Su padre lo encerraba en un sótano?. - Preguntó crédula Rebeca.

- Mi padrastro... - Rectificó Ulloa. - Entre doce hermanos..., siempre hay una oveja negra.

- Creí que eran trece...

- Bueno... Si... - Se apresuró a dar una explicación de su intolerable error. - El que me seguía... - Entristeció el rostro con gesto pensativo como si todo aquella invención de su imaginación hubiese correspondido a la más estricta realidad. - Mi hermano Adolfo... - Negó con la cabeza como si quisiera apartar aquella horrible visión de su mente. - Murió apenas con doce años... De claustrofobia. En el maldito sótano. - Siguió mientras brotaban unas lágrimas de sus ojos dignas de un Oscar de Hollywood. - ¡Lo siento!. No puedo evitarlo. Estaba tan lleno de vida... Cuando lo encontré, con las uñas clavadas en la puerta, y sus sangrantes manos...

- ¡Por Dios!. - Le interrumpió Rebeca horrorizada por la imagen que no podía apartar de su cerebro. - Siento haberle provocado todos esos recuerdos. Acabe lo que tenga que hacer y salgamos de aquí.

Ulloa miró a su alrededor, buscando la caja de fusibles, o algo que tuviese que ver con la luz y con lo que poder simular antes de hacerle firmar un albarán, o algo parecido y pudiese enterarse de su apellido, suficiente para poder empezar cualquier investigación de la forma más sencilla.

A partir de ahí, la información de todo lo que era en su vida, iría apareciendo en los distintos departamentos oficiales a los que él tenía acceso, o por las distintas vías por las que solía moverse con cierta facilidad.

Observó la mirada inquieta de Rebeca hacia las cajas que se amontonaban en la penumbra de un rincón. Tal vez todo iba a ser más fácil de lo que había imaginado en un principio. Si hacía poco que estaba en la casa, tal vez, aquellas cajas correspondiesen a parte de su traslado, y que había dejado ahí en la creencia que nadie metería las narices o en espera de hallar un sitio mejor según fuera conociendo la casa y a sus moradores.

Ulloa encontró por fin, bajo las escaleras, todos los relés, cables, controladores, contadores..., capaz de confundir a cualquier ingeniero especialista en el tema.

- Aquí están - Le indicó Ulloa a Rebeca que se había quedado junto a la mesa observando con gesto pensativo las tres cajas que ella misma dejara y que ahora le llenaban de inquietud.

- ¿Tardará mucho?. - Preguntó Rebeca resuelta en solucionar el problema que tenía en mente aquella misma noche.

- No... Solo unos minutos. - Le aseveró mirando aquella maraña de cables y aparatos con gesto del que sabe lo que se trae entre manos.

Abrió la caja de herramientas y sacó un gran destornillador con el que apabullar a su bella espectadora.

- Puede subir a preparar ese café, si quiere... - Le propuso aun en la seguridad de que no iba a aceptar.

- No... Le esperaré. - Contestó secamente ella.

- ¿No había una señora mayor?. - Preguntó mientras disimulaba apretando y destornillando el mismo tornillo que tapaba de la mirada de Rebeca con su espalda. - ¡Bueno...!. Aquí esta todo correcto. Será lo que me temo. Creo que esta noche me tocará hacer turno doble. - Se quejó.

Ambos volvieron a subir las escaleras de acceso a la planta baja del edificio. Dos veces estuvo a punto de tropezar Ulloa que había fijado la mirada en las maravillosas nalgas de la muchacha que le precedía, obviando que aquellos escalones eran demasiado altos para sus cortas piernas, y sin poder apartar la vista de aquel paisaje voluptuoso y fascinante con el que había tenido a bien obsequiarle su maltrecha naturaleza. Para eso le servía a veces tener estatura corta e inteligencia justa.

De vuelta a la planta baja del edificio, Rebeca se aseguró de apagar la luz y cerrar la puerta con un golpe.

- Saldré un momento al jardín a comunicar a mis compañeros que busquen la avería en el pueblo. - Inventó sacándose un simulado móvil del bolsillo de su americana y apretando un botón que hizo sonar una musiquilla electrónica y repetitiva que recordaba la canción de los pajaritos.

- ¡Vaya!. - Exclamó algo azorado y apretando rápidamente el botón que lo acalló. - Era de mi hija. - Se excusó.

- Le esperaré en la cocina. - Dijo ella indicándole la puerta que ya empezaba a atravesar.

- Será solo un momento. ¡Ah...!. - Se paró un momento Ulloa antes de alcanzar la puerta principal por la que se disponía a salir. - Muchas gracias por su amabilidad.

Rebeca se limitó a sonreírle tiernamente y desapareció tras la puerta de la cocina.

El detective se volvió sobre sus pasos y se coló apresurado por la puerta por la que acababan de salir. Bajó los escalones casi a saltos y se dirigió directamente a las cajas que tanto parecían preocupar a Rebeca.

Empujó las copas que se apoyaban sobre la mesa para hacer un hueco que le permitiera apoyar la primera de las tres cajas sin darse cuenta de que al otro lado del ancho de la mesa, una de las copas, estaba peligrosamente asomada al abismo.

Abrió las solapas de la caja de cartón y miró en su interior. Tuvo que empinarse un poco para que sus cortos brazos dieran con el fondo de la profunda caja, donde le pareció ver algunos papeles.

Sacó algunas cosas que se encontraban en la parte superior: un marco con la foto de los padres de Rebeca de espaldas a un magnífico paisaje de montañas; otro algo más pequeño de su hermano, vestido de marinero en el día de su comunión; un par de novelas, ambas, de esas románticas de venta semanal en los quioscos, de las que sus protagonistas siempre se enamoran de príncipes increíblemente guapos y buenos que llevan a la pobre desgraciada a una vida que creía solo existían en las películas y cuyos títulos ya hablaban por si mismos: El infierno de Rebeca y Corazones paralelos; una caja de música en la que una bailarina daba vueltas ante un tríptico de espejos, y a la que se le debía haber estropeado la parte musical, pues no sonó cuando los torpes y carnosos dedos de Ulloa la abrieron para ver su contenido: unas cuantas piezas de bisutería de piedras extremadamente llamativas por sus colores y de arabescos y barrocos dibujos en sus contornos, típicos de una adolescencia pasada hacía ya algún tiempo.

Volcó la caja de cartón para acceder con más comodidad al fondo hasta que el estallido de la copa que había decidido por fin suicidarse lanzándose al vacío y estrellándose contra el suelo, lo sobresaltó.

- ¡Hostias... !. - Exclamó mirando el estropicio.

Volvió la mirada hacia la escalera, pero arriba todo parecía estar tranquilo.

&&&&&&&

Rebeca miraba a Adela que se había sentado a la mesa y mordisqueaba pensativa una rebanada de pan tostado a la que había bañado en buen aceite de oliva.

- Tarda mucho este hombre... - Dijo irrumpiendo en el hilo de pensamientos de Adela, que la miró algo incomodada.

- Deberías tener más cuidado con quien dejas entrar. - Le reprendió Adela.

- Es del Ayuntamiento...

- Eso no es garantía de nada. En menuda cueva de Ali-Baba se han convertido los Ayuntamientos de hoy día. - Siguió refunfuñando la vieja.

- Se le ve buena persona. No lo haré más.

- Eres demasiado confiada...

- Iré a ver que pasa. - Añadió Rebeca levantándose para tranquilizar a la vieja.

Salió de la cocina y se iba a dirigir hacia la puerta principal que permanecía abierta cuando se cercioró de que la puerta de la bodega se hallaba ligeramente entornada. Se sorprendió. Habría jurado que la había cerrado.

Se acercó hasta ella algo perpleja, la entreabrió lo suficiente para poder colar la mano y alcanzar el interruptor de la luz cuya palanca bajó con premura dejando completamente a oscuras toda la planta inferior mientras por su cabeza pasaron por unos instantes historias de misteriosos fantasmas que habitaban las casas antiguas.

Cogió la llave que colgaba de un clavo sobre el marco de la puerta, y ésta vez se aseguró de dejarla bien cerrada.

&&&&&&&&

Ulloa se sorprendió por el repentino apagón y alzó la mirada hacia lo alto de la escalera con tal de poder escudriñar algo, cuando justo se oía el sonido de la llave girando en el interior de la cerradura.

- ¡Mierda!. ¡Mierda!. - Repitió dando un golpe en la mesa que hizo caer otra de las copas que se hallaban en el mismo borde del abismo y que acabó estrellándose contra el suelo y sobresaltándole aún más de lo que ya estaba.

Tanteó el terreno y subió con lentitud los escalones que le separaban del interruptor, para una vez allí, bajar la clavija que devolvería la luminosidad a las maravillosas arañas de cristal y le permitirían seguir con sus averiguaciones. Ni siquiera comprobó si la puerta estaba cerrada, de eso se preocuparía en cuanto acabara con sus pesquisas.

Sacó los papeles del fondo de la caja y los miró, aún algo distraído por su preocupación por salir con bien de aquella situación. Eran contratos de alquiler, recibos del agua y de la luz... Miró los nombres a los que estaban extendidos, pero ninguno correspondía a un nombre femenino. Todos se dirigían a un tal Eufemiano García. Pensó que debía ser el dueño de la finca en la que estuvo viviendo Rebeca. Miró la dirección. Se trataba de una callejuela del Barrio Chino que conocía bien, llena de antros de prostitución y bares de alterne a los que había acudido algunas veces en busca de información, o a dejarse embaucar por una de aquellas mujeres que tanto excitaban su libido.

Se guardó uno de los recibos en un bolsillo y volvió a rellenar la caja para ir seguidamente por la siguiente.

&&&&&&&

Rebeca miró a su alrededor, pero no dio con el hombrecillo por ningún sitio. Todo aquello le parecía muy extraño. Quizás tenía razón Adela con aquello de lo confiada que era.

Ella no había sido siempre así. Hubo una época en que desconfió de todo el mundo, la vida se lo había enseñado a base de golpes y desengaños, pero con aquel hombrecillo...

Tenía el aspecto de un hombre que también había tenido que sufrir, o por lo menos, ella creyó que con aquel aspecto, debía haberse pasado la vida siendo el centro de las bromas y risas de sus compañeros y amigos, por eso quiso tratarlo con ternura; y además, se sentía tan feliz, que quería hacer participe al resto del mundo de su felicidad.

&&&&&&&&&

Ulloa miró por tercera vez los recortes de periódico que había extendido sobre el espacio libre de la mesa. Eran pedazos de hojas de periódicos distintos que se recortaban de formas caprichosas, según por donde se dirigían las columnas o los artículos que contenían. A alguno de ellos, los dominaba una gran foto en la que en un primer plano se podía ver a Rebeca unos diez años antes, a la salida de uno de los juicios que más dio que hablar a finales de los años ochenta. Se trataba de una foto de agencia que se repetía en la mayoría de ellos. También aparecía en alguno de los recortes la foto de un hombre, de unos treinta años, bien parecido.

A pesar del poco parecido de la foto con la Rebeca que acababa de ver, no cabía duda de que se trataba de la misma persona. Su rostro, algo más delgado, consumido..., podía dar a confusión, pero la expresión de sus ojos, y un extraño rictus de satisfacción que había notado en ella varias veces a lo largo de su charla aquella tarde, eran inconfundibles.

Rebeca se había hecho popular en aquellos días.

Recordaba bien aquel caso, de hecho él mismo había hecho algunas averiguaciones por su cuenta. Él siempre se metía donde no le llamaban.

Por aquel entonces se acababa de despedir de su puesto de inspector en la policía. Estaba demasiado harto de tanta burocracia y tanta pamema oficial e inútil que ocupaba la mayor parte del tiempo de su servicio en ese Cuerpo, mientras a los delincuentes los sacaban por las puertas principales sonrientes y satisfechos de haberse burlado una vez más de la ley y de la justicia.

Mientras leía uno de los recortes cuyas letras de molde destacaba bien visible el nombre de Rebeca para añadir a continuación: " ¿víctima o asesina del hombre de hielo? ", que era como habían decidido llamarle los muchachos de la prensa a aquel extraño caso, recordó como si de una película que se proyectara en su mente se tratara, la parte que le tocó vivir más de cerca.

Era una tarde lluviosa de la Navidad del dos mil uno que acabó por convertirse en una noche de nieve y viento como no se había visto en la ciudad desde hacía mucho tiempo.

Ulloa leía plácidamente el periódico entre cabezadas que no podía evitar en aquel bullanguero y destartalado piso del Barrio Chino, lo único que había podido alquilar con el dinero que le dejara su divorcio con una muchacha filipina a la que él mismo arreglara los papeles de residencia en este país y de la que se había enamorado locamente.

Apenas si había tardado un año en decirle en un español bastante inteligible lo que pensaba de él, y que nada tenía que ver con el amor y el respeto, ni siquiera con el agradecimiento que al menos le debía por lo bien que siempre se comportó con ella.

Miró la foto del periódico, la misma que miraba encerrado en la bodega de Marcos. Con una Rebeca satisfecha, pletórica de alegría por haber salido con bien del juicio.

Pero ese fue el final feliz de la historia. El principio era más violento y escabroso, según dejaba intuir otro artículo dominado por una gran foto central en la que se veía a varios policías sacando de un agujero en la nieve el cadáver de un hombre joven en cuyo rostro congelado, aún se adivinaba el horror de su encuentro con la muerte.

Por encima de la instantánea, con grandes y negras letras de molde, un gran titular decía: "Mata a su amante asestándole ocho puñaladas y lo entierra bajo la nieve".

Nada más lejos de la realidad que sorprendió a todos en el juicio después.

Ulloa, harto de aquel guirigay callejero que impedía su sosiego, salió a las luces de una ciudad engalanada para las fiestas de Navidad. Las Ramblas se llenaban de luces transformando el paisaje en una especie de verbena por las que riadas de

gentes pululaban arriba y abajo haciendo las últimas compras o disfrutando simplemente de la enguirnaldada ciudad.

Se metió en uno de los muchos bares que se repartían a lo largo de sus dos aceras y pidió un "coñac" en un intento de quitarse aquella nostalgia y morriña que se apoderaban de él y que se le hacían insoportables en aquellas fiestas de alborozo y celebración que él deseaba borrar.

Cogió mecánicamente el periódico que se apoyaba en la barra y observó la foto de Rebeca en la portada, junto a otra que correspondía a la de su amante, aun cuando éste vivía.

Aquel rostro se le hacía extrañamente familiar.

A pesar de que el periódico solo hacía referencia a la fortuna que el joven había hecho en pocos años dedicado a la fabricación de piezas para coches, a los países con los que trabajaba y a los proyectos que tenía para un futuro, a Ulloa no dejaba de darle vueltas la idea de haberlo visto antes en algún lugar, o con alguna gente, que para nada tenían que ver con el negocio de la automoción.

Salió del bar con gesto reflexivo y caminó en dirección hacia el puerto para luego ir dando un rodeo hacia las dársenas.

Todo era silencio y oscuridad. De vez en cuando, alguna luz, amarilleaba un trozo del paisaje recortándose en arcos que se perdían en la penumbra.

Miró durante un instante las montañas de contenedores que se recortaban entre las sombras para fijar después la mirada en alguno de los nombres que se podían leer con mas claridad, por el color casi luminoso de su pintura, en la superficie irregular.

Estaba seguro que detrás de aquel ejemplo de hombre de negocios, se escondía algo más. Y sobre todo, no podía creer que aquella frágil muchacha que fotografiaban y trataban los periódicos de monstruo peligroso, pudiera asestar a un hombre con aquella corpulencia ocho puñaladas en el pecho sin el más mínimo intento de defenderse por parte de éste.

Él no estaba dispuesto a creer en todo aquel discurso mediocre de siquiátras y sicólogos que se permitía analizar el subconsciente de un ser humano en aquellos juicios paralelos de los que tanto provecho sacaban los programas basura de la televisiones y esas revistas amarillistas vergüenza de la prensa de un país que se

considera así mismo libre y democrático. Y todo ello, con la misma inhumanidad y cinismo con que se analizan las vísceras del cadáver de un cerdo antes de utilizarlas para la fabricación de embutido.

No. Su sentido común, o su sentido policial, o su sentido de la decencia, simplemente; no paraba de decirle que en todo aquello había algo más de lo que nadie quería hablar, o... casi nadie sabía.

Mientras miraba distraídamente aquellos letreros en los contenedores, le vino a la cabeza la lista de los países con los que había tenido negocios el muerto, o iba a tenerlos.

Se acordaba de la mayoría de ellos. Y era verdaderamente curioso que la mayoría fuesen países que estaban en guerra o a punto de entrar en algún altercado civil o militar y cuyas industrias estaban destrozadas o paradas casi por completo. ¿Por qué precisamente todos esos países ?. Si en la mayoría de ellos posiblemente toda la industria estaba destrozada, o no existía industria de automoción.

Dos días después, leyendo el periódico en el mismo bar de Las Ramblas, empezó a intuir lo que podía haber detrás de todo aquello. Fue por casualidad, como le ocurría a Ulloa con la mayoría de las cosas.

Él no era lo que se podía decir un hombre inteligente, y era consciente de ello. Pero poseía ese raro don de la intuición que tantos problemas le había traído en su época de policía. Pero además, era un hombre tenaz, incapaz de abandonar sus teorías hasta tener la certeza de su razón, o castigarse con las consecuencias de su error. Y lo que no conseguía por deducción, en la mayoría de las veces, lo hallaba por tozudez; dejando reposar las cosas, observándolas, empleando más horas que cualquier otro en su mismo oficio.

Al principio no le dio ninguna importancia al titular del periódico. Incluso estuvo a punto de pasar la hoja. Ulloa, solo leía los titulares, pocas veces se paraba a leer los artículos, exceptuando las notas de sociedad, o el programa de televisión. A veces, sino era demasiado farragoso, hasta se entretenía con algún descubrimiento científico o, alguna noticia de escándalo entre políticos, a los que odiaba hasta la medula. Todos le parecían una banda de desalmados mentirosos e hipócritas.

Pero aquel titular, había despertado su sentido de la intuición de nuevo, algo en aquel rotulo de letras de molde, negras y extremadamente grandes, se mezclaba con la maraña de pensamientos de los últimos días.

Lo leyó por tercera vez: "Se descubre un alijo de armas en un contenedor en el puerto". Siguió con la letra mediana que seguía al gran titular: "El contenedor que había sido declarado con piezas para automóviles, contenía en un tercio de su capacidad, armas con destino a países en guerra".

"La empresa exportadora, cuyo joven presidente fue víctima de ocho puñaladas presuntamente efectuadas por su joven amante... - Seguía el artículo. - ...corresponde a un grupo de empresas líder en el mercado de la fabricación de piezas para la automoción... - Ulloa levanto la cabeza con un gesto reflexivo, cerró el periódico con cierto ímpetu, pidió la cuenta al camarero y salió presuroso del bar, Ramblas abajo.

Eran finales de Diciembre. Aun se podían adivinar los restos de la nevada arrinconada contra las paredes de los edificios.

El día era grisáceo, ceniciento. Una larga fila de coches se amontonaba en dirección al zoológico. Ulloa caminó largo rato dándole vueltas a todo aquel asunto para el que ni siquiera había sido contratado. Pensaba en la muchacha de la foto. Le pareció tan frágil, tan indefensa... La imaginó rodeada de prostitutas, drogadictas, ladronas, asesinas, lesbianas... Se le revolvió en el estomago el "coñac" que se había tomado en el bar, sintió nauseas, acidez...

Pasó por delante del edificio de Correos y giró para subir por Layetana hasta la Comisaría de Policía.

Preguntó por el inspector jefe Ramírez, un viejo compañero al que había sacado de algún lío cuando no era mas que un numero en la policía.

Ramírez era un hombre extremadamente alto, atlético...; que vestía con exquisitez y buen gusto. De tez morena y unas discretas entradas que intentaba disimular adelantando algo los primeros pelos de su abundante cabellera negra apenas invadida por algunas canas, que peinaba hacia la nuca y que le daban un aspecto de gravedad y algo de arrogancia en su gesto.

Se extrañó al ver al Ulloa.

- ¡Dani... !. - Se levantó Ramírez de su sillón de inspector jefe forzando una sonrisa. - Creí que habías prometido no aparecer más por aquí. - Añadió estrechándole la mano e indicándole el sillón que se hallaba al otro lado de la mesa.

- Yo creí que te habrías aprendido mi nombre.

- ¿Gumersindo... ?. Ese nombre no te hace justicia. - Dijo riéndose Ramírez.

- Debe ser por eso que tu nunca empleas el tuyo..., Bienvenido. - Replicó algo cortante Ulloa observando el despacho de su antiguo compañero. - Es increíble como han cambiado las cosas desde que me fui. Por fin has logrado subir de planta.

Ramírez se sonrió cínicamente.

- Podrías haber sido tú, a no ser...

- Yo no sirvo para eso. Lo sabes. - Le interrumpió Ulloa antes de que empezase con lo que ambos sabían.

- ¿Te refieres a lamer culos políticos?. - Preguntó Ramírez intuyendo el pensamiento de Ulloa.

- Un culo siempre es un culo. Es igual a lo que se dedique su propietario.

- Ya... Me imagino que no habrás venido a hablar solo de culos. - Espetó Ramírez visiblemente incomodado.

- Tienes razón... - Respiró profundamente antes de continuar. - Aunque en el fondo si hace o no hace...; vengo a hablar de mierda.

El inspector jefe se arrellanó en su sillón, apoyando su espalda que había permanecido arqueada hacia adelante hasta aquel momento.

- ¿Qué sabes del caso ese del hombre de hielo ?. - Preguntó Ulloa de repente.

Ramírez lo miro sorprendido e incomodado, como si fuera lo último que esperara de aquella visita inesperada.

- ¿Que has de hacer tu de eso ?. - Preguntó algo insolente.

- Creer que aun queda algo de dignidad en la policía..., y en los políticos.

- Esta pendiente de juicio... Sabes perfectamente que no puedo hablar. - Dijo Ramírez en un tono que quería dar por zanjado el asunto. - No olvido que en el pasado me hiciste algún favor..., pero comprenderás que hay cosas que están por encima de mí. Si quieres un consejo de amigo... Yo no iría por ahí haciendo ese tipo de preguntas.

- Ya... Pero no estoy muy seguro de que tú y yo seamos amigos. - Le recriminó Ulloa. - Tus amigos son siempre guiñapos con los que tú juegas para lograr tus propósitos...

Dejaste que Ulloa cargase siempre con el muerto para no ensuciar tu hoja de servicio.
 - Le siguió reprochando. - Era más fácil llegar el último, cuando todo estaba zanjado.
 En mi confusión escondías el arma del delincuente..., y luego era Ulloa quien una vez más había apretado el gatillo demasiado deprisa.

Ramírez lo miro estupefacto. Sabía a lo que se refería Ulloa. De lo que no tenía ni idea, es del por qué había estado guardándose aquello tanto tiempo. Negó con la cabeza sin apartar la mirada de su invitado, cogió parsimoniosamente un cigarrillo del paquete de "Chesterfield" sin emboquillar que se apoyaba sobre la mesa, lo encendió, y añadió mientras expelía el humo:

- Querían echarte...

- Me fui yo. - Replicó molesto Ulloa.

- Es igual. Todo estaba preparado para que te fueras del Cuerpo sin escándalos. - Explicó Ramírez. - Te juro que me resistí..., pero me tenían cogido por lo huevos. Habían averiguado algunos asuntos turbios de mi pasado que olvidarían si les ayudaba a echarte. - Continuó con cierto gesto de arrepentimiento.

- ¿Qué hay de la chica?. - Preguntó Ulloa en tono grave y queriendo terminar con aquel asunto.

Ramírez entretuvo la mirada un instante sobre el abrecartas que se apoyaba en la mesa, lo cogió, y acarició los relieves de su mango de marfil con gesto reflexivo.

- Pero... ¿se puede saber que te ocurre con esa mujer?.

- Es inocente y vosotros lo sabéis.

- ¿Otra intuición de las tuyas?. - Preguntó Ramírez con cierto tono de sarcasmo. - ¿Qué vas a sacar de todo esto ?.

- No sé... Es Navidad... La gente de bien tiene que estar en su casa, con los suyos...

- No se lleva bien con su familia, si es eso lo que te preocupa. - Quería zanzar Ramírez.

- ¿A quien encubriste esta vez?. ¿A algún politiquillo con prisas por agrandar su cuenta bancaria, o por ocupar algún puestecillo desde el que aprovecharse para seguir haciendo lo mismo aforado en no se que mierda de leyes?. - Preguntó lleno de rabia y subiendo ligeramente el tono a medida que avanzaba la frase.

- No tienes idea de en qué te estás metiendo, Ulloa. Esto es demasiado grande para ti.

- Recuerdas a Vidal, el periodista de "La Vanguardia".

Ramírez asintió con un leve gesto de cabeza mientras absorbía con fruición el humo del cigarrillo que mantuvo un instante jugando en el interior de su boca abierta.

- Me debe algunos favores... Tal vez le cuente algunas ideas... - Añadió levantándose. - Díselo a tus jefes.

- ¡Estas loco!. - Replicó levantándose de súbito y aplastando la punta del cigarrillo en el cenicero de cristal. - Yo no soy nadie para decirles nada. ¿Qué esperas conseguir con todo esto?. - Siguió irritado, casi a gritos. - Te vas a encontrar la bala que has estado buscándote todo este tiempo. - Añadió amenazante.

- Seguramente me la darán con algún revolver mío que apañareis para hacer ver un suicidio... - Dijo Ulloa ya con la puerta abierta a punto de salir. - Adiós, Bienvenido... - Añadió con cierto retintín dando un portazo.

Ramírez se quedó de pie, inmóvil, mirando con los ojos muy abiertos hacia la puerta y un gesto de rabia contenida que acabó provocando el puñetazo que dio sobre la mesa.

&&&&&&&&

Ulloa miró satisfecho el trozo de papel amarillento y recortado y leyó el titular: "Todo había sido una trampa".

Pasó la mirada por la letra mas menuda: "Después del infierno, llegó la paz y el sosiego para Rebeca Torres, la inculpada de haber asestado ocho puñaladas a su joven amante".

"Todo fue una trampa para culpar a la joven" , seguía el artículo.

"Sin saberlo, se había enamorado de uno de los traficantes de armas más buscado de los últimos años".

"Escondido tras un nuevo rostro y una empresa dedicada a la fabricación de piezas para automóviles, piezas que en su mayoría no guardaban ninguna de las características exigidas para su exportación por el Ministerio de Industria, Carlos Montoya, bien conocido del narcotráfico colombiano por su pertenencia al cártel de Medellín donde por lo visto dejó algunas cuentas pendientes, llegó a España hace unos cinco años huyendo de la justicia de su país y de la persecución a muerte de los que habían sido sus propias gentes a las que traicionó y estafó millones de dólares procedentes de la droga".

El artículo continuaba hasta llenar más de la mitad de la página donde explicaba que cada una de las puñaladas recibidas correspondían a cada uno de los ocho mafiosos a los que de alguna manera había estado estafando durante mucho tiempo y a los que después traicionó revelando sus escondrijos y sus andanzas en el mundo del crimen organizado y tráfico ilegal de drogas. A cambio, una nueva identidad que le ofrecía la Interpol por medio de sus colegas de la policía española donde pensaba asentar su residencia y seguir con sus sucios negocios.

Ulloa suspiró lastimosamente mientras volvía a guardar todo en la caja. Miró hacia la puerta cerrada al final de la escalera con gesto reflexivo y sin más, se decidió a subir mientras se sacaba el destornillador del bolsillo.

Probó de abrir la puerta, pero esta estaba definitivamente bien cerrada; resopló algo contrariado y se dispuso a destornillar los cuatro tornillos que sujetaban la vieja cerradura a la madera.

Apenas tardó un par de minutos en sacar el bloque de hierro en cuyo interior se hallaba la primitiva maquinaria de la cerradura, luego, la extrajo de su entalladura fijada en la jamba de la puerta, y la abrió.

Antes de volverla a colocar en su sitio, Asomó la cabeza con cuidado de no ser visto y miró a ambos lados del pasillo para después alcanzar la llave que se colgaba del clavito en una de las esquinas que conformaba el marco de la puerta y que ya había visto al entrar.

Cuando ya hubo colocado la cerradura y dejado la llave en el lugar que le correspondía, salió hacia la puerta principal.

Iba a girarse un poco antes de llegar hasta la puerta y hacer como que entraba de nuevo, pero el taconeo que se acercaba desde el exterior le alarmó. Se echó hacia uno de los rincones en semipenumbra, junto a la puerta, tras un jarrón gigantesco perteneciente seguramente a alguna dinastía china, o romana...; y vio entrar a Rebeca con gesto confuso, decepcionada...

Por su cabeza volvió a pasar el mismo pensamiento que tuviera abajo en el sótano. Pensó que la muchacha no se merecía aquel acoso al que unos y otros la habían tenido gran parte de su vida, sintió un poco de lastima, de pena... No sabía por qué, aquella mujer le había dado siempre ternura, desde el primer día que viera su foto en el periódico, tan indefensa y desgraciada.

Podría contárselo todo, pero cómo le iba a creer. Quien se podía creer aquella historia de que él la había salvado posiblemente de un montón de años de cárcel. ¿Y por qué?. Y además, estaba el secreto profesional hacia su cliente.

Salió de su escondrijo y se colocó de espaldas a la puerta, cómo si acabara de entrar, y llamó a Rebeca un segundo antes de que esta fuera a empujar la puerta de la cocina y perderse en su interior.

- ¡Señorita!. - Dijo imitando un agobio que no tenía. - ¡Preciosa casa!.

Rebeca se volvió sobresaltada por aquella voz que osaba romper aquel silencio de claustro.

- ¡Dios mío!. ¿ Donde se había metido ?.

Ulloa se acercó hasta ella con sus cortos y cómicos pasos que la hicieron sonreír.

- Supongo que no tengo ningún derecho... - Siguió con su guión improvisado. - No podía resistir la tentación de ver como viven los ricos... Así... Que me he dado una vuelta por el jardín... ¡Lo siento!. He abusado de su confianza... - Añadió con gesto lastimero.

Rebeca se quedó un tanto perpleja.

- No le he visto.

- El Creador siempre quiso que pasara desapercibido. Supongo que por eso no me dejó crecer más.

- Me lo podría haber dicho, yo misma le hubiese acompañado.

- No quería molestarla más... No sabe como lo siento... Siempre que me dan confianza acabo estropeándolo todo.

- ¡Vamos, hombre!. Tampoco es para tanto. - Le animó Rebeca. - Se va a enfriar el café.

&&&&&&&

Desde que saliera del restaurante de aquella forma apresurada y repentina, Beatriz no había podido quitarse de la cabeza aquella imagen segura y casi arrogante en la que le parecía se había convertido Marcos.

Por primera vez desde que lo conociera no se había sentido tan humillada con su sola presencia. No era por nada de lo que dijera o hiciera. Ni siquiera se sentía capaz de concretar el motivo. Era algo metafísico, incorpóreo..., que emanaba de su propia felicidad. Tal vez era eso lo único que realmente le consumía: la felicidad de Marcos, pero sobre todo, que no fuera ella el motivo.

Cuando todas las explosiones de su ira y de su rabia se hubieron calmado y la maraña de sus pensamientos adquiría de nuevo el orden adecuado en el interior de su cerebro, se sentó en un banco cercano, en una pequeña plazoleta cubierta por la amable sombra de unos plátanos, cercana a una joven pareja de enamorados que descubrían las caricias y los arrullos, las miradas y los silencios, la ternura de sus manos entrelazadas y el sabor a los besos torpes y primerizos de sus aun tiernos quince años.

Y de nuevo volvía aquel calambrazo en el estomago, aquella sensación de vacío, de desasosiego, de incertidumbre... Y todo volvía a empezar, y la ira, la rabia, el odio...; ocupaban de nuevo su lugar en el torbellino de sus pensamientos que la cegaban y la remitían a su paranoia, particular y privada, que le regeneraba de energías, que la empujaban a fantasear con sutiles y secretos planes de reconquista errónea y equivocada.

Se desprendía de todo raciocinio, de toda lógica, y se preparaba para su guerra cuerpo a cuerpo, individual, secreta, incongruente e inverosímil.

Su desmesurada soberbia nada quería saber de entregas y de sacrificios; de pasiones atolondradas, de caminos zigzagueantes e inciertos por los que camina el amor; de raciocinios inmaduros que solo conducen al caos. Su pasión era medida, lógica, calculada, fría... Era una pasión sin altibajos, sin crestas que dispararan las líneas de sus gráficos a cotas demasiado altas para no tener que sufrir después las oscilaciones de un mercado en continuo movimiento, y a veces, a la banca rota. Era un amor exento de aventura, seguro, controlable...

&&&&&&&&

Para Rebeca todo era incierto, inseguro, aventurado.

Miró el reloj de su muñeca, marcaba las ocho y cuarto; ni siquiera sabía si eso era pronto o tarde para el regreso de Marcos. O si tenía una hora habitual de llegar a casa.

Se sentía inquieta, excitada por la llegada de Marcos. Deseando sentir su cuerpo próximo. Oír su voz susurrándole al oído, abrazados, temblorosos...

De buena gana hubiese bajado a la ciudad a buscarlo. Haberlo visto aunque solo hubiese sido un instante. Haber vuelto a oír su voz cálida y vuelto a sentir sus labios en los suyos. Haberse paseado orgullosa ante sus empleados. Pero desistió. Estaba tan insegura de todo. Y sobre todo no quería agobiarlo con aquella actitud tan infantil que quizás no hubiese aprobado.

Pero la tarde era tan larga, tediosa...; sin tener nada que hacer que la sola espera que le desesperaba. Dejando correr aquellas agujas de su reloj que parecían clavadas en un tiempo sin él, que no quería vivir.

Observó a Adela dormitando en el sofá y pensó también en la otra espera. En la que el reloj parece querer adelantarse a su propio tiempo. En ese tiempo vivido, irrecuperable, pasado, perdido... En esa calma paciente del que ya no espera casi nada.

Encendió un cigarrillo.

Subió a la segunda planta y se adentró en una de las habitaciones vacías. Quería ver llegar a su amado.

Una luz tamizada de luna llena daba a la amplia estancia un aire misterioso, casi místico. El humo de su cigarrillo jugó en el aire como un ectoplasma recortado en el reflejo azulado.

El pipiar cercano de un pajarillo le llamó la atención. Bajó la mirada hasta el poyete de la ventana. Arrinconado adivinó un bulto, pequeño, negro, de diminutos ojos brillantes que parecían mirarla.

Abrió la ventana y observó al pequeño gorrión. También él parecía asustado y dio un respingo que a punto estuvo de costarle la vida de no ser por el rápido reflejo de Rebeca que lo cogió en el aire antes de que se precipitara contra el cemento, un piso más abajo.

Estaba herido. De su ala salía un hilillo de sangre que tintó la blanca mano que lo protegía. Temblaba.

Lo posó en el suelo. Sobre el reflejo que dibujaba la ventana y se quedó quieto, acurrucado, temeroso de aquel extraño mundo de luces y sombras que no comprendía.

Rebeca se estiró en el suelo, junto a él, y se quedó con la mirada fija en aquellos puntos brillantes que le miraban.

Oyó el motor de un coche, abajo. Se acercó a la ventana. Justo en el momento en que las luces del jardín se encendían señalando el camino hasta la puerta principal. Después, oyó el sonido del Mercedes avanzar, vio el arco que dibujaban sus faros reflejados en el giro que daba el camino bordeado por los setos y algunos árboles que le tapaban la vista, hasta que por fin apareció.

Salió presurosa de la habitación, recorrió el pasillo hasta el descansillo que formaban la unión de las dos escalinatas laterales, para después precipitarse escaleras abajo hasta llegar a la gran puerta por donde aparecía Marcos jubiloso de verla. Extendió sus manos hacia los brazos extendidos de él, y ambos, se unieron en un apasionado beso que los confundió el uno con el otro hasta conformar un solo pensamiento.

- ¡Dios mío!. No sabes como te he echado de menos. - Dijo Marcos sosteniendo la cara de Rebeca entre sus manos y besando continuamente sus mejillas.

- Demasiadas horas para un solo día... - Exclamó Rebeca con los ojos entornados

Dejándose envolver de la pasión de su amado. - He estado a punto de llamarte un montón de veces solo para oír tu voz. - Continuó diciendo algo excitada. - Ya sé... Era una tontería. Tú tendrás muchas cosas que hacer para atender a una paranoica enamorada.

- Creí que ya te habías olvidado de mi... - Fue susurrando sin dejar de besarla.

- ¿Has conocido a Adela ?. - Preguntó con cierta ironía Marcos.

- Mas bien me ha conocido ella a mí. Estaba bajo las sabanas cuando me descubrió esta mañana. No sabría decirte quien se asustó más...

- ¡Lo siento!. Se me pasó decírtelo... Han ocurrido tantas cosas en tan poco tiempo. Estoy seguro de que harás buenas migas con ella. Es una buena mujer.

- Ya lo sé. ¿Y tu?. ¿Eres un buen hombre?.

- No lo sé... - Exclamó en medio de un suspiro que pareció un lamento.

- ¿Por qué no te das una ducha?. Me imagino que estarás cansado. - Le propuso Rebeca.

- Si... Hoy ha sido un día algo extraño.

Rebeca lo cogió cariñosamente de la mano y lo arrastró suavemente hacia las escaleras que les separaban de la segunda planta.

- ¿Y Adela?. ¿La has matado ya?. - Bromeó Marcos.

- De sueño... Se ha quedado dormida en el salón.

- Ya has conseguido algo más que yo.

- Si... Debo tener efectos sedantes.

- Y contraproducentes en los hombres. - Replicó Marcos ya en el rellano atrayéndola hacia sí y besándola.

- Te cuidado... Doy adición. - Continuó divertida dejándose llevar por la tenue llama que amenazaba con incendiar su cuerpo.

- Eso explicaría el por qué no he podido dejar de pensar en ti toda la tarde.

- ¿Y por la mañana?. ¿En quien has pensado por la mañana?. - Preguntó mientras desprendía de la chaqueta a Marcos en medio de los jadeos de su pasión encendida.

Ambos se dejaron impregnar el uno del otro. Se dejaron llevar de aquella especie de borrachera que les borraba el mundo de su alrededor. Buscaron en el contrario todos los secretos del elixir que los hacía tan únicos y tan completos a la vez, pero ninguno de ellos hallaba la respuesta.

Los dos se habían quedado en lo alto de la escalinata, envueltos el uno en los brazos del otro, reflejándose ambos en los ojos del contrario, sin nada ni nadie que pudiera interrumpir aquel momento mágico que ambos vivían.

- Quisiera tanto poder eternizar este momento... - Dijo Marcos besándola brevemente.

- Pero antes tendremos que cenar. - Añadió en tono jocoso.

- Dame otro beso. Marcos no se hizo rogar y se apresuró a unir sus labios a los de ella. Durante unos instantes, ambos se bebieron el uno del otro, con intensidad, con vehemencia...

Rebeca deshizo el nudo de la corbata con destreza y desabotonó la camisa hasta mostrar su pecho varonil desnudo.

Los dedos de él, desabrocharon los primeros botones de la blusa de Rebeca, mostrando la preciosa puntilla con la que se remataban las costuras del sujetador donde puso sus labios para recorrer la piel caliente y temblorosa de ella.

Ambos se dejaron caer sobre el mármol frío poseídos por la vesania que les exigía sus cuerpos entusiasmados y fogosos en un frenesí desenfrenado, anárquico, indomable... que les cegaba y les sacaba de la absurda realidad para introducirlos en el etéreo sendero del placer y la sensualidad.

Juntos, arrebatados por la furia de sus aun jóvenes carnes, viajaron por cielos en los que jamás antes estuvieron; acariciaron los paisajes de sus pieles temblorosas e indefensas, medrosas, pusilánimes..., y alcanzaron por fin el omega de sus pretensiones.

Exangües, se dejaron abandonar en un silencio de respiraciones entrecortadas, de jadeos..., y de miradas, de sonrisas y caricias, de besos que eran poesía; criptográfica, secreta..., y amada.

Los pasos de Adela en la planta baja, los sacó repentinamente del perecear en el que estaban inmersos. Ambos, sobresaltados, rodaron hacia la parte contraria a la hermosa barandilla de hierro forjado en la que ella se agarrara con fuerza apenas hacía unos instantes y reprimiera los gemidos de placer que él le proporcionaba.

Se miraron interrogantes, circunspectos ante el temor de que Adela se decidiera a subir las escaleras y los sorprendiera de aquella guisa. Pero Adela, solo se limitó a levantar la mirada, algo contrariada por no verlos, y retornó en silencio, meneando la cabeza en un gesto de indiferencia, al lugar del que había salido.

Marcos y Rebeca respiraron con cierto alivio, recuperaron sus verticalidades sobre la horizontalidad del suelo y después de retocarse sus desordenados atuendos, se rieron abiertamente, como dos niños después de salir con bien de una travesura.

&&&&&&&&

El atlético cuerpo del muchacho se mostró en toda su desnudez ante Beatriz, que lo observaba desde su acomodo en el sofá con gesto distante y frío.

En la penumbra del salón del pequeño apartamento, recortado por la titilante luz de las mudas imágenes del televisor, algo achispado por el etílico que había ingerido desde que Beatriz lo encontrara en un bar de copas en el que había pasado la tarde, el muchacho se divertía jugando con su joven y erecto miembro, que movía bailando al son de ritmos cubanos que tarareaba el mismo en un alocado y descontrolado movimiento que atrajo la atención de Beatriz.

- Ven... - Le dijo Beatriz atrayéndolo con una señal de su dedo índice mientras dejaba deslizarse por su cuerpo la bata de seda negra que envolvía su blanca tez.

El joven se acercó sin dejar de moverse al ritmo que marcaba su cabeza y del que apenas salían unas notas, casi en un murmullo por su boca.

Cuando estuvo al alcance de los brazos de Beatriz, ésta, acabó por atraerlo hasta que su rostro se perdió entre las sombras y claroscuros que se reflejaban en el musculoso y moreno vientre del hermoso adonis de la tierra del ron y del son.

Agotada por fin toda el ansia y todos los ritmos frenéticos de los dos cuerpos sudorosos, se dejaron abandonar el uno sobre el otro.

Mientras aun duraban los jadeos, ella, apartó al acanelado joven, que sorprendido, se echó a un lado.

Se levantó presurosa y se metió en el cuarto de baño. Por la puerta abierta se oyeron los sonidos de sus ascos y el sobrante de la borrachera en la que había ahogado sus penas.

Cuando volvió envolviendo su desnudez en una bata, toda la fachada de su preciosa construcción parecía derrocada, vacía del flujo que la había mantenido viva hasta aquel momento.

Sus a otrora luminosos ojos azules, parecían flotar en dos cuencas vacías y negras faltos de toda señal de esperanza. Sus labios, rojos carmín, se desdibujaban hasta conformar una caricatura grotesca de sí misma. - ¡Vete!. - Dijo con voz clara mientras alcanzaba su bolso de una silla. - Toma... Para un taxi... - Añadió tirándole algunos billetes hechos un moñigo sobre su sexo.

El hombre se levantó algo contrariado por la repentina decisión de su anfitriona, y sin decir palabra, se colocó sobre la piel los tejanos que halló en un rincón del sofá, metió los pies en las desgastadas sandalias de cuero y con la camiseta en las manos, salió por la puerta del salón desapareciendo de la mirada inquieta de Beatriz que aun mantuvo su atención un instante hasta oír el golpe seco de la puerta al cerrarse.

Plena de ira y de rabia por toda aquella sinrazón que le empujaba a cometer actos como el que acababa de consumir, sintió de nuevo el vacío interior que le había acompañado desde que se enterara de la nueva relación de Marcos y no pudo evitar que dos lagrimas aparecieran en sus vidriosos ojos y resbalaran por sus mejillas hasta precipitarse en la mullida alfombra.

Resentida de todo y contra todos, se enjugó las lágrimas con el dorso de su muñeca y se sentó de nuevo en el sofá; con la mirada fija en el televisor y el pensamiento revuelto en sus tristezas y amarguras.

Cogió el mando a distancia y apagó el televisor devolviendo al aire una penumbra sin titileos que pareció aplacar su ira momentáneamente. Para inmediatamente después, poseída de un súbito arranque de furia violenta que solo era producto de su soberbia dañada, lanzar el pequeño artefacto contra la pantalla oscura del televisor que le devolvió como proyectiles mil esquirlas de cristal que se estrellaron contra su rostro blanco que no tardó en teñirse de rojo sanguíneo.

&&&&&&&

Rebeca se volvió en la cama hacia el lado que ocupara Marcos, con los ojos aun cerrados palpó el espacio vacío, aun caliente; y abrió los ojos inquieta por el último remanente de la pesadilla que le había estado atormentando.

Se incorporó súbitamente. Su rostro aparecía sudoroso.

Miró a su alrededor. Todo estaba en calma, quedo...

Cogió su reloj de pulsera que se apoyaba sobre la mesilla y miró la hora.

- ¡ Dios mío... !. Apenas son las nueve. - Murmureó mirando la hora con un gesto de sorpresa en su rostro.

Se dejó caer de nuevo sobre la almohada, con los ojos abiertos, grandes; fijos en el artesonado del techo. Recorrió todas las esquinas y se paró en cada una de ellas acariciando con la mirada las formas gráciles de los angelotes que parecían pender de la nada. Después, su mirada se posó en el gran rosetón que dominaba desde el mismísimo centro del techo toda la estancia y en la magnífica araña de lagrimas de cristal que pendía.

Suspiró aliviada y entornó los ojos. Estaba cansada. La noche le había presentado todos los monstruos y los fantasmas de sus inquietudes, de sus mentiras...

Abrió los ojos de nuevo y agarró la bata que se extendía a los pies de la cama. Después, en un repentino gesto, descubrió su cuerpo que había permanecido preso bajo las sabanas de raso, y desnuda, recuperó su verticalidad sobre el suelo, frío. Se colocó la bata de camino hacia la puerta y salió de la habitación.

Entró en la cocina. Adela recogía los restos del desayuno de Marcos. Volvió la mirada hacia ella y le sonrió.

- ¡Buenos días, hija... !. - Le saludó Adela.

- Buenos días, Adela. ¿ Ya se ha ido Marcos ?.
- Si..., hija... Siempre con prisas. No sé de qué le sirve tanto dinero si no lo puede disfrutar.

Rebeca se había quedado junto a la puerta escuchando a Adela.

- ¿Te preparo algo?. - Preguntó Adela.
- Solo tomaré un poco de café.

Adela la miró lastimosamente de arriba a bajo.

- No me extraña que estés tan delgada... Comes como los pájaros.
- ¡ El pájaro !. - Se sobresaltó de repente Rebeca.

Liberó uno de los platos de la taza de café que se le apoyaba, volcó un poco de leche y luego desmigó un trozo de pan hasta que consiguió una pasta más o menos homogénea ante los atónitos ojos de Adela que no comprendía nada.

- ¡Hija... !. Solo era una forma de hablar. - Añadió perpleja viendo desaparecer a Rebeca por la puerta.

El pequeño gorrión parecía más despabilado. Intentaba volar solo con una ala, lo que provocaba que solo diera vueltas describiendo un círculo que repetía una y otra vez sin saber salirse de él.

- ¡Eh... !. - Exclamó Rebeca acercándose hasta él. - Ya quieres emprender el vuelo solo. - Le acarició con un dedo la cabecita que pareció tranquilizarle de aquel frenético ti vivo. - Hay que desayunar primero. - Añadió cogiéndolo y encerrándolo en su mano.

Con paciencia fue cogiendo con la uña de su dedo índice a modo de cuchara pequeñas porciones de la papilla e introduciéndosela por el pico aprovechando el píar del pájaro que no acababa de comprender muy bien a que clase de especie correspondía aquella madre que lo había adoptado y lo trataba con tanta ternura.

Cuando creyó dejar al gorrión más o menos acomodado. Regresó de nuevo a la cocina donde Adela le sirvió café en la taza huérfana de plato.

- ¿No te has subido un plato?. - Preguntó la vieja.
- Luego se lo bajaré... Hay un gorrión herido...
- ¡Hija mía... !. Si tienes que cuidarte de todos los pájaros que encuentres heridos por aquí vas a llevar una vida muy sufrida. - Le señaló Adela con tono maternal. - Esos pájaros que caen de los nidos o que sus propias madres apartan de él, tienen los días

contados. En eso y en muchas cosas los humanos tenemos mucho que aprender. -
Concluyó con cierta melancolía.

Rebeca sorbió un trago de café con la mirada fija en Adela. Apenas si la conocía y ya sentía una gran ternura por ella. Podía intuir el dolor que la mortificaba aunque ella no tuviera hijos y solo las madres parecen tener esa patente de sufrimiento.

- ¿Tiene hijos?. - Preguntó Rebeca de repente.

- Si... Dos. - Contestó Adela casi en un susurro emergiendo del estado de abstracción en el que había entrado. - Ahora están demasiado ocupados para atender a una vieja como yo. - Se lamentó. - Se casaron con lagartas que han hecho de ellos unos pingajos. - Continuó resentida. - ¿Sabes que tengo dos nietos?. - Esbozó una cínica sonrisa.

Rebeca se sonrió condescendiente en el convencimiento de que ambas criaturas serían el orgullo de Adela.

- No los veo casi nunca... - Siguió expresándose con dolor. - Siempre hay una excursión..., o se han ido a casa de algún amigo a pasar el fin de semana... ¡Esas brujas los aparta de mi como si tuviera una enfermedad contagiosa!. - Añadió con ojos vidriosos quebrantando un hilo de voz apenas audible.

- Intuyo lo que es eso... También a mi me han ido dando la espalda todos los que conocía. - Explicó Rebeca angustiada. - A todo se acostumbra una. - Dijo resignada acercándose a Adela y apoyando brevemente una mano sobre su hombro. - Ahora estamos las dos... Si usted quiere podemos ser la familia que nos ha faltado siempre.

Adela alzó la mirada y la contempló unos instantes algo perpleja para después mudar el rostro y dibujar una sonrisa de agradecimiento.

- Claro que si.

Por primera vez en mucho tiempo, Rebeca, encontraba a alguien tan necesitada de afecto como ella.

- ¿Eres hija única?.

Rebeca tardó un momento en reaccionar.

- No... Tenía un hermano.

- ¡Lo siento!. - Se disculpó la anciana. -

- No... No está muerto.

Adela la miró perpleja.

- Es...

Empezó a decir mientras sacaba un cigarrillo del paquete que se apoyaba sobre la mesa y encendía su punta aspirando profundamente el humo que aun tardó un poco en volver a salir en un chorro furioso por su boca.

Durante un momento se quedó abstraída en las amorfas formas que adquiría el humo en el aire por encima de la cabeza de Adela.

- Hija... No tienes por qué explicarme nada. Si no quieres...

- No... Tal vez me haga bien explicárselo a alguien. - Continuó regresando de los paisajes en los que estaba sumergida. - Hace tanto tiempo que me lo guardo... - Continuó atrayendo el tiempo pasado a su memoria. - Soy de un pueblo pequeño del interior... En verano huele a tierra..., a sombra de pinos... a gloria... Pero en invierno los días se hacen cortos y las noches demasiado largas; con ese ulular de la tramontana que sopla continuamente silbando en tu cabeza, volviéndonos locos poco a poco... - Siguió con nostalgia, con la mirada perdida en un pasado que se le hacía doloroso presente. - Entonces iba a un Instituto, a un pueblo mayor que el mío, a unos cuatro kilómetros de mi casa. Un día me entretuve más de la cuenta y cuando quise regresar a casa el último autobús había salido ya. No era la primera vez que volvía andando. En verano lo hacía muchas veces... Pero... - Se paró un instante para tragar la saliva que se le amontonaba en la garganta. - ... aquel día, cuando llevaba un buen trecho andado ya, me pareció oír el susurro de unas voces que me traía el viento, confundido con el ulular que silbaba en mis oídos, de entre los árboles de una pineda cercana al camino por donde cortaba para llegar a mi casa. Sentí miedo. Hacía un frío que cortaba el alma, pero yo sudaba de terror. Grité varias veces los nombres de algunos compañeros de estudios que me pareció se semejaban sus voces a aquellas otras que se acercaban escondiéndose entre las sombras con movimientos rápidos que me pareció adivinar por el rabillo del ojo. - Su voz iba denotando el sufrimiento de aquel día como si estuviera reviviéndolo. Sus ojos brillantes bajaron para entretenerse un instante en sus manos temblorosas, chupó con fruición del cigarrillo y esta vez dejó escapar el humo de su boca abierta. - Quise convencerme a mí misma de que solo podía ser una broma de mis amigos. De que cansados acabarían saliendo para acompañarme el último trecho hasta mi casa y que todos nos reiríamos al final. Pero que lejos estaba de la realidad. Es cierto que no tardaron en salir. Eran tres... A dos

de ellos los había visto algunas veces con mi hermano. Eran del pueblo del Instituto. ¡Dios!. - Exclamó sollozando y enjugándose las lágrimas que no había podido evitar con el recuerdo.

Adela la observaba con dolor. Horrorizada por lo que imaginaba vendría a continuación. Le cogió una mano y la encerró entre las suyas con ternura mientras la miraba con los ojos envidriados.

- ¡Hija!. ¡Déjalo!. Puedo imaginarme lo que ocurrió... No te tortures más. - Le imploró.

- No... Adela... No tiene idea de lo que pasó. - Aseveró con voz firme antes de continuar. - Me rodearon. Uno de ellos, el que parecía más gallito llevaba un palo a modo de báculo con el que me empujaba. Me conocía, era uno de los que había visto con mi hermano. Creí que se trataba de darme solo un susto y les dije: "¡Bueno!. Ya está bien... Ya os habéis divertido. Ahora dejarme seguir hasta mi casa". Los tres estaban muy excitados. "No lo entiendes nena. El susto va a venir ahora" dijo otro abriendo una brillante navaja automática que me hizo dar un respingo hacia atrás que aprovechó el tercero para agarrarme y arrancarme la mochila que colgaba de mi espalda. "Si te portas bien acabaremos rápido", decía mientras friccionaba su... ¡Dios!. - Exclamó sujetándose la cabeza mientras negaba con un gesto repetitivo y convulsivo. - Me quitó el abrigo mientras uno de sus amigos me tapaba la boca para que dejara de dar gritos en aquel solitario paraje y me levantó las faldas para acercarme su miembro que sostenía en una mano y restregarse hasta que noté por fin aquel líquido caliente que me bajo por las nalgas. El de la navaja no hacía más que repetirle: "bájale las bragas, maricón". Se acercó a mí como un loco, totalmente fuera de control y me rajó con su navaja las bragas para después acabar escupiendo su esperma sobre mi vientre desnudo. Cuando creí que el tercero haría algo similar y por fin acabaría aquella tortura que estaba volviéndome loca, me di cuenta que el horror no había hecho más que empezar. El que llevaba el palo les gritó: "¡quitarla del camino, jilipollas". Aun me quedaba la esperanza de que me dejarían tirada junto al bosquecillo y se irían, pero no era eso lo que quería aquel hijo... - Paró un instante el relato mientras se hacía con una de las servilletas de papel que había sobre la mesa. Se limpió la nariz y secó las lágrimas de las mejillas. - Apartados del camino hizo que sus dos compañeros me sujetaran las piernas abiertas, se acuclilló... y... Yo no podía ver

nada. Uno de ellos me apretaba la cabeza contra el suelo desnivelado de modo que quedaba por debajo de mi vientre. Noté como me introducía algo..., primero pensé que me estaba violando, pero aquello me desgarraba por dentro. El mismo dolor que me hacía retorcerme fue por un instante más fuerte que el que me sujetaba la cabeza y pude por fin levantarla lo suficiente para ver como se masturbaba el que tenía frente a mí. No comprendí nada en aquel instante. Enseguida me cogió de los pelos el que me había sujetado la cabeza y me estiró con tal fuerza que me arrancó un manajo. El dolor era tan fuerte que perdí el conocimiento...

Rebeca paró un momento su relato. Tenía los ojos fijos en la mesa, aunque su pensamiento estaba muy lejos de la noble madera.

Adela lloraba con los ojos desorbitados por aquel horror que sobrepasaba su capacidad de entendimiento. Con la mirada fija en la muchacha que tenía en frente. Sin comprender como un ser humano podía guardar semejante horror el resto de su vida sin perder la razón y volverse loca. No podía ni siquiera imaginar que hubiese seres humanos capaces de infringir tal terror a sus semejantes.

Se levantó parsimoniosamente, como si temiera que sus piernas no fueran a sujetarle esta vez y se acercó hasta Rebeca. Archeó su enjuta figura y acarició los cabellos de la muchacha. Le secó las lágrimas con ternura y dejó que su cabeza reposase sobre su pecho.

- Has guardado todo eso demasiado tiempo.

- Todos creyeron que yo los había excitado. Que había quedado con ellos en el camino aquel...

- ¡Vamos..., hija...!. ¡ Cálmate !. Ya ha pasado mucho tiempo... Deja que vuelva a reposar...

- Mi hermano le contó a mi padre que yo siempre estaba provocando a los chicos del Instituto, que me lo había buscado yo. Nadie en el pueblo quiso creerme. Algunos incluso creyeron que yo... - Volvió a dejarse arrastrar por una desazón amarga que la ahogaba hasta parecerle faltar el aire. - El infierno que vino después aun fue peor que aquella tortura...

- Ya esta... Ahora estas aquí. Marcos y yo haremos que todo eso sea solo un mal recuerdo, ya veras...

Rebeca acarició la mano que la anciana apoyaba en su hombro.

- Se lo ruego... Marcos no ha de saber nada de esto.
- Claro que no, hija...
- No quiero que se torture con ese pensamiento. - Siguió acelerada como si tuviera prisas con terminar con todo aquello. - Ya no serviría de nada.
- Si yo fuera hombre. Aun iría a cortarles los cojones uno a uno... - Dijo Adela con rabia.
- ¡Gracias, Adela!. También yo estuve tentada de eso mucho tiempo. Y... de no haber salido de aquel pueblo...

&&&&&&&

Luis salió de la oficina algo más temprano de lo habitual. Se sentía cansado y preocupado. Necesitaba tomar una copa, distraerse; salir de aquel maremagno frenético en que se hallaba sumido, vivir al fin.

Le gustaba su trabajo como al que más, disfrutaba con él. Nadie como él había conocido tan bien el sórdido mundo de la desesperanza y el desasosiego. Pero por esa misma razón, también necesitaba desconectar de él y dejarse abandonar al más sublime de los desordenes mentales, hasta producir el caos, para volver a comenzar de nuevo con las ganas y la ilusión con que lo había venido haciendo siempre.

Caminó durante un rato por la ancha acera de la misma avenida en la que se encontraban las oficinas de la que acababa de salir. Se mezcló con las gentes que pululaban alrededor de los grandes almacenes, cargados de bolsas de plástico, que llenaban el paisaje de triangulitos verdes repitiéndose por doquier.

Hacía mucho tiempo que no se compraba nada, pensó.

Sus gustos eran bastantes simples, aunque refinadamente elegantes y caros.

Era hombre de traje y corbata. De seda, lino y alpaca. De elegancia intrínseca y sofisticada forma de vida. Todo en él guardaba una rara armonía natural.

Entró en los almacenes, recorrió todas las plantas de calzado, de ropa, de accesorios... Admiró y se dejó admirar por las dependientas, y convencer por una amable señorita, demostradora, que se empeñó en hacerle oler de frascos de refinados perfumes, para decidirse al final por uno, producto de la sensibilidad de Donna Karan.

Cuando volvió de nuevo a la calle, ya era de noche. Siguió caminando un rato, hasta una coctelería por la que solía pasarse en días como aquel, o los viernes, cuando por fin podía dar por finalizada la semana laboral; aunque eso no era del todo cierto. A veces, la semana se alargaba hasta los mismos domingos con clientes con los que interesaba quedar bien; visitantes esporádicos a los que enseñaba la ciudad, invitaba a comer... Con los que de algún modo, practicaba un poco la vida social.

A sus treinta y siete años, aun no había encontrado la mujer con la que compartir sus sueños, a la que entregar todo el amor y la pasión que encerraba para sí.

Elena, su amor de adolescencia, se había esfumado con aquel viaje que su padre le obligó a efectuar. Su padre al fin y al cabo había hecho todo en la vida por él. Y él era consciente de que nunca podría pagar tal sacrificio.

Cuando su padre le propuso con seriedad y convicción su decisión de ir a una de esas residencias para la tercera edad, Luis, se negó rotundamente. No lo hizo porque quisiera pagarle la gratitud que le tenía por todo cuanto había hecho por él. Lo hizo por el amor que le profesaba. Porque no sabía vivir sin su presencia. Devolverle cada molécula del amor que le había entregado a lo largo de su vida, si eso era posible.

Mientras sorbía el "dry Martini", sin saber por qué, le vino el recuerdo de Elena. Siempre pensaba en Elena. Quizás porque la rubia que tenía junto a él, y que espiaba en el reflejo del espejo, por entre los entresijos que dejaban las botellas de las estanterías de enfrente, se lo recordaba. O tal vez, porque la felicidad que había adivinado en el rostro de Marcos, le hacían pensar en su propia soledad.

Apuró la copa e indicó con un gesto al camarero que le pusiera otra.

La mujer también lo miró, pero sin disimulos, lo hizo abiertamente.

Los ojos de ambos se cruzaron por un instante. Se sonrieron. Por el compromiso de haberse sorprendido mirándose más que por amabilidad o condescendencia.

Los dos demudaron el rostro intentando encontrar en el otro la respuesta a la duda que les asaltó en aquel instante.

- ¿Sigues saltando tapias?. - Preguntó ella decidida.

- ¿Cómo dice?. - Preguntó Luis sorprendido.

- ¿Aun robas rosas para las chicas?. - Preguntó ya segura de no equivocarse.

- ¡Dios, mío!. ¿Elena?. - Exclamó Luis aun incrédulo.

Ella se levantó y se acercó hasta él. Le acercó los labios a la frente y le mojó con la punta de la lengua.

- ¿Me reconoces ahora?.

Luis retornó por una brevedad al pasado y recordó el extraño beso que se habían inventado cuando apenas sus carnes despertaban a la sensualidad. Rememoró el instante preciso de aquella chiquilla de profundos ojos negros y trenzas de azabache acercarse a él hasta emborronarse de su vista, y después, el tacto de su húmeda lengua jugando con los pliegues lineales de su frente.

- ¡Santo cielo!. - Siguió Luis sin dejar de mirarla.

- No sabes la de veces que he pensado en aquellos tiempos, ¡que bien lo pasábamos!.

Luis seguía abstraído en aquella belleza que acababa de reencontrar, sin poder apartar la mirada del rostro de Elena, descreído aun por tan fortuito encuentro, y a la vez, tan extraño y casual.

- ¡Dios mío, Elena!. - Exclamó Luis sin poder salir de su asombro. - Yo no he podido pensar en otra cosa desde aquel día en la estación... - Confesó Luis emocionado mientras cogía sus manos.

- ¿Te casaste?. - Preguntó visiblemente interesado.

- Si... - Masculló Elena ligeramente afectada.

Luis no pudo evitar que su rostro dibujara un mohín de contrariedad y tristeza.

- Duró poco... - Continuó Elena ostensiblemente quebrantada. - De hecho creo que duró más la borrachera.

Luis la escuchaba con atención. Durante un breve instante, hasta se había regodeado con el fracaso de su matrimonio. Fue un pensamiento fugaz, efímero..., en un momento de debilidad de la carne, de su carne, que la deseaba, como la había deseado siempre, y que le retornaba a los tiempos en que su único pensamiento había sido ella.

Siempre estuvo en su memoria.

Durante algún tiempo, al principio, le había escrito todas las semanas, pero poco a poco las respuestas se distanciaban más, hasta que un día, ya no hubo.

De regreso de las tierras que lo tuvieron apartado de ella y de sus amigos, intentó encontrarla, pero fue inútil. Los amigos se habían ido situando en la vida, en puntos distintos de la geografía de la ciudad o del país. La antigua casa donde viviera ella, era ahora un enorme bloque de pisos. El barrio lo habitaban extraños, tan extraños como lo era él.

- La misma tarde de la boda, en la celebración del banquete... - Siguió ella con tono melancólico. - ... descubrí lo que me había negado a creer. Fui una estúpida por no darme cuenta antes... Todo lo que quería él era cubrir las apariencias ante su familia, y el círculo de amistades de sus padres donde no se podía permitir la dilogía permanente en la que vivía.

- No sé si te entiendo... - Interrumpió Luis perplejo. - ¿Significa eso... ?.

- Si... - Asintió Elena atribuladamente. - Ni siquiera pudo esperar a que se terminara la celebración. Les sorprendió una amiga en el wáter... A él, que se pasaba el día hablando de las buenas formas, de la ética... - Siguió cada vez más afectada por el recuerdo. - ¡ Maricón de mierda !. Pretendía anular mi vida para vivir él la suya.

- ¡Lo siento!. - Se disculpó Luis por haber empezado aquella conversación.

- Salgamos de aquí. - Resolvió ella levantándose del taburete decidida.

Luis tardó algunos segundos en reaccionar. Aun no había digerido toda aquella historia que parecía más típica de un folletín de sobremesa televisivo que de la realidad.

Él estaba convencido de que todas esas intrigas de hipocresía y ambivalencias correspondían a un mundo que había muerto con la entrada en la modernidad y que solo quedaban ya como recurso de guionistas poco imaginativos y disfrute de mentalidades zafias. Pero claro, él, apenas tuvo nunca un romance lo suficientemente arraigado como para comprender las sutiles implicaciones que empujan a unos y a otros a tan variopintas actuaciones.

- ¡Espera!. - Le dijo Luis recogiendo del mostrador el paquete que comprara en los grandes almacenes. - Un regalo.

- ¿Para mí?. - Replicó perpleja Elena recogéndolo.

- No podría caer en mejor piel.

- Pero... Si ni siquiera sabías que me ibas a encontrar. - Iba diciendo mientras abría el paquete y daba con el cristal que envolvía el preciado perfume. - ¡Santo cielo!.

¿Siempre sales así de preparado cuando vas de conquista ?. - Añadió dejándose llevar por las fragancias a flores y especias y ese fondo de pachulí que emanaron al abrir el frasco.

- ¿Crees en el destino?. - Preguntó Luis caminando hacia la puerta.

- En el de los diamantes, siempre acaban en manos de otras. - Replicó divertida Elena dando un beso en la mejilla de Luis. - ¡Gracias!.

Afuera, un aire frío arrastraba las hojas secas amontonándolas en recovecos y rincones.

En silencio, ambos, caminaron un largo trecho por la ancha acera. Ella, aun dolorida por el recuerdo de su experiencia que guardaba latente en lo mas profundo de su ser y que se le hacía presente con cada amarga evocación. Él, avergonzado por su mezquino regocijo interior, egoísta, interesado..., de saberla libre a pesar de su sufrimiento.

&&&&&&&

- Señor Canovas... Su brandy. - Dijo el afectado camarero dejando el balón de cristal frente a Marcos.

- ¡ Gracias !.

- ¿ Desean alguna cosa mas ?.

- No... ¡ Muchas gracias !. - Repitió amablemente Marcos. - Ha estado todo perfecto.

El camarero hizo un gesto de agradecimiento y se alejó.

- Ha sido maravilloso. - Dijo con entusiasmo Rebeca. - Deberías tomarte más a menudo asuetos como este.

- Tienes razón. Cualquiera de mis empleados sabe divertirse más que yo. Yo solo he sabido amontonar dinero que ni siquiera se como gastarme. - Añadió con una sonrisa llevándose la copa de brandy a la boca.

- Yo te enseñaré. - Se ofreció Rebeca acariciando la mano de Marcos que se apoyaba sobre la mesa. - Las mujeres para eso de gastar tenemos la mano rota. Supongo que es cosa de los genes. - Se sonrió.

- Me parece que yo he empezado la lección. - Se sonrió Marcos sacándose un pequeño estuche del bolsillo de su americana. - ¡Toma!.

Rebeca lo miró absorta en la pequeña cajita.

- ¡Vamos!. ¡Cógela!. Me han asegurado que no mordía. - Añadió en tono jocoso acercándole la caja hasta dejarla sobre la mesa justo delante de Rebeca.

Rebeca cogió el estuche que iba sin envolver y lo abrió con sumo cuidado, casi con temor.

- Me lo iban a envolver, pero el lazo era demasiado caro. - Continuó algo arrogante con los ojos clavados en la expresión de Rebeca que se había mudado hasta quedarse en una especie de mohín extraño y nostálgico. - ¿Te ocurre algo?. - Preguntó temeroso.

Rebeca levantó la mirada hasta reflejarse en la negrura profunda de los ojos de Marcos. Esbozó una especie de sonrisa de agradecimiento que no podía evitar el dolor que la atravesaba por dentro. Su última historia de amor, había tenido un momento como aquel. Poco antes de que acaecieran todos aquellos acontecimientos que la dejarían marcada para el resto de su vida.

Nunca había tenido mucha suerte con los hombres, por eso, temía que aquello también fuera el principio del fin de una historia más en su ya desgraciada vida.

Siempre habían empezado como sueños de princesa que acababan convirtiéndose en pesadillas de terrores y fantasmas como los que aun le perseguían cada noche, cuando cerraba los ojos.

Fueron joyas como la que miraba en el interior de aquel pequeño estuche, las que habían pagado a facinerosos y abogados su libertad de la cárcel en la que entró tan solo por cometer el acto de amar.

Entonces, el anillo que le regalara aquel hombre que le juró amor y felicidad eterna, también se lo había entregado en una noche como aquella, en un restaurante de la Costa Azul, cerca de Cannes, entre caricias de amor que acabaron convertidas en besos de muerte.

Quizás es que las joyas siempre marcan fechas. Fechas que acaban siendo siempre marcas indelebles que el tiempo se encarga de recordar para sufrimiento de unos y la felicidad de otros.

Como la que miraba en el interior del aro rodeado de diamantes que abrazaban una "erre" tipo inglesa en el centro mismo y en el que el artesano joyero había ido incrustando pequeñas esmeraldas en el interior de un molde hecho en platino.

Aquellos reflejos de piedras y metales preciosos, acabaron por fin de desahogar las inquietudes y el desasosiego de Rebeca con lágrimas como perlas brillantes que salieron de sus ojos.

- ¿ Qué es lo que te ocurre ?. - Insistió una vez más Marcos.
- No lo sé... Qué soy una tonta probablemente.
- Si llego a saber que las joyas te sientan tan mal, te hubiese regalado un ordenador como hace todo el mundo. - Bromeó Marcos.
- ¡Calla tonto!. - Añadió sonriente Rebeca. - Es que... Todo esto es tan precipitado. Apenas si sabes nada de mi... - Siguió mientras trasteaba nerviosa intentando sacar el anillo del estuche.
- ¡Permíteme!. - Exoró Marcos cogiendo el estuche de las manos de Rebeca.

Marcos extrajo el anillo del estuche y cogiendo la mano de ella se lo colocó en el dedo anular para seguidamente besarlas brevemente ante la mirada de algunas de las personas que ocupaban las mesas de alrededor que no se habían perdido detalle y que se arrancaron con palmas y sonrisas de felicitación hacia la pareja, que miraron sorprendidos y algo azorados por aquel sorprendente arranque de entusiasmo.

- ¡Dios mío!. - Exclamó Rebeca bajando vergonzosa la cabeza.

&&&&&&&

- ¿Sabéis algo de esa Beatriz?. - Preguntó de súbito Rebeca sorprendiendo a Marcos mientras caminaban abrazados por uno de los malecones entre el crujir de los yates amarrados y el chapaleteo de las aguas mediterráneas chocando contra el cemento que se extendía bajo sus pies.

- No... Es como si se la hubiese tragado la tierra. - Contestó Marcos con gesto pensativo.

- ¿Significaba mucho para ti?.

Ambos se pararon poco antes de que el brazo de cemento se cortara en medio de un mar quieto y apacible.

- Es... Era algo más que una secretaria eficiente. - Empezó a explicar Marcos emocionado por el recuerdo.

- Ya lo sé. Estuviste muy enamorado de ella.

- ¿Cómo lo sabes?. - Se precipitó a preguntar Marcos sorprendido.

- Hay ciertas cosas que los hombres no aprenderéis nunca a disimular. ¿Qué ocurrió?.

- Continuó Rebeca interesada.

- ¿De veras quieres saberlo?.

- ¡Claro... !. Te ayudará a sentirte mejor.

- ¡Ven... !. - Dijo saltando a la cubierta de un velero cercano.

- ¿Qué haces?. - Se sorprendió Rebeca aun pisando el cemento.

- ¡Vamos...!. No te preocupes... No vendrá nadie.

- Pero...

- ¡Vamos, mujer...!. La vida es aventura. ¿Qué puede pasar?. ¿Qué acabemos en la comisaría?. Será una nueva experiencia que contar a nuestros hijos.

Rebeca se quedó inmóvil sobre el cemento. Toda la alegría que empezaba a recuperar, se esfumaba de nuevo con aquella brisa suave que arrastraba los olores de la mar.

- ¿Subes..., o hundo el barco?. - Preguntó divertido. - Se donde está el tapón.

Ella sonrió un breve instante y se decidió a agarrarse de la mano que le extendía Marcos.

- ¡Vaya...!. Debe ser la luna, pero te encuentro un poco rara. - Dijo atrayéndola hacia sí. - ¡Siéntate en mi sillón!. - Añadió señalándole uno de los sillones que extendían por la cubierta de popa.

- ¿Tu sillón?. - Preguntó extrañada Rebeca.

- ¿Creías que estaba tan loco como para meterme en la propiedad ajena?. - Se sonrió.

- Valoro demasiado lo propio para inmiscuirme en lo de los demás.

- No dejas de sorprenderme.

- Lo compré con los primeros beneficios de la agencia. Pero descubrí en el mar un terror patológico con el que no contaba. Supongo que lo mío es tierra firme. Hace unos años se lo regalé a un socio al que le debía todos mis éxitos..., y alguno de mis fracasos. ¿Sabes que ya ha dado dos veces la vuelta al mundo?. ¡Dios!. Si pudiera hablar... - Acarició uno de los palos que sujetaban una vela plegada. - En primavera hará un recorrido por el Mediterráneo. Si quieres puedo prepararlo para que viajes tú también...

- No... No quiero alejarme de ti más de lo estrictamente necesario.

Rebeca había sacado de su bolso un paquete de cigarrillos y el encendedor que Beatriz regalara a Marcos y que guardara esta desde el viaje por la Costa Brava.

- Aun llevo tu encendedor encima.- Dijo Rebeca con extrañeza ante la mirada de Marcos que se había clavado en el pequeño artilugio de oro y nácar.

- No importa... Quiero que lo guardes tú.

- Te lo regaló ella, ¿verdad?. - Aseveró Rebeca con el cigarrillo en la boca.

- Si... Nunca la comprendí. - Siguió con nostalgia. - Creí que todo lo que quería era divertirse. Le ofrecí todo lo que un hombre puede dar a una mujer, incluido dinero y lujo, pero nunca aceptó nada. Un día decidió que aquel juego ya no le gustaba y debió

empezar otro que no comprendí. Se volvió esquiva, fría, distante... Me torturaba el pensar que se había cansado, que había encontrado otro hombre. ¡Me estaba volviendo loco!. Hasta la hice seguir por un detective. Fue un estúpido ataque de celos..., o de orgullo. Ella siguió comportándose como si no hubiese habido nunca nada entre nosotros y..., yo..., poco a poco, fui viendo en ella tan solo la buena secretaria que siempre había sido. Cuando creí que nada de lo que hiciese yo podía importarle ya... ¡Bueno!. Te conocí a ti... Se lo conté creyendo que se alegraría por mí, pero me equivocaba. Algo en su interior se revolvió. Jamás había notado en unos ojos el odio que noté en los suyos aquella mañana. Luego... - Guardó silencio un instante, como si quisiera controlar la emoción que le embargaba. - ¡Bueno!. Lo otro ya lo sabes.

Rebeca dejó escapar el humo del cigarrillo. Después, como si hubiese encontrado la respuesta mágica que daría solución a todas las inquietudes de su amado, subió la mirada hasta encararse con él que se había acomodado junto a la vela.

- No debes atormentarte. Las mujeres respondemos a veces con actos inverosímiles cuando no encontramos mejores razones para explicar nuestras tragedias.

- Si por lo menos supiera que está bien. - Respondió Marcos algo angustiado.

- Esa es la tortura con la que te castiga. - Afirmó ella.

- ¿Y a ti?. ¿Qué te tortura?. - Preguntó sorprendiendo a Rebeca.

- Quedamos que no hablaríamos del pasado. ¿Recuerdas?.

- Si... Pero eso era cuando lo nuestro era solo una aventura que acabaría en unas horas. Pero ahora...

- ¿Y quien no?. - Contestó casi con un susurro apenas audible.

- Quisiera compensarte por todo lo que has pasado.

- Ya lo haces...

- He hablado con Adela... Rebeca lo miró fijamente. Sus ojos brillaron como si estuvieran a punto de salirse de nuevo las lágrimas, pero esta vez no lloró.

- Creí que podía confiar en ella...

- ¡Y claro que puedes!. No encontrarás una mujer mas comprensiva. No la culpes. Lloró como una madre llora por sus hijos cuando me lo contó. Pero comprendió que sabiéndolo yo te comprendería mejor. Solo desea tu felicidad. Si hay algún torpe en todo esto he sido yo. ¡Perdóname!. Te lo ruego. - Fue diciendo mientras se le acercaba.

- Ahora comprendo mejor tus silencios. Y esas lágrimas que quieres disimular con felicidad, cuando solo son de sufrimiento por el pasado que te ha dejado marcada. - Se arrodilló ante ella y cogió sus manos. - ¡No sabes lo que daría por que olvidases todo ese daño!. No hay nada que más me angustie que pensar en ese terror que sufriste cuando apenas eras una niña. Nadie volverá a hacerte daño, te lo prometo. - Añadió besando con ternura sus manos.

- Lo sé... - Murmuró acariciando los cabellos de Marcos y apretando su cabeza contra su pecho con la mirada perdida en las oscuras tinieblas del horizonte marino.

Beatriz se removió inquieta en el sofá, frente al televisor al que ni siquiera hacía caso ensimismada en sus pensamientos.

Su rostro, aparatosamente vendado, solo era interrumpido a la altura de los ojos por unas oscuras gafas que la protegían de la luminosa luz que invadía la sala de recreo de la lujosa clínica Las Cumbres, a donde había acudido después de unas primeras curas en las urgencias de un hospital de la ciudad.

Junto a ella, una mujer de aspecto enjuto, extremadamente envejecida a pesar de sus treinta y pocos años, cuya nariz se escondía en un grueso lecho de escayola, la miró con ternura.

- ¿Te duele?. - Preguntó con voz gangosa la mujer que se hallaba sentada a su lado.
- Solo el amor propio. - Replicó Beatriz torpemente con gesto de dolor por las vendas que le oprimían sobre los labios inflamados y volviendo el gesto hacia ella.
- Tendrían que capar a ese tipo. - Espetó con rabia la mujer.
- Yo me encargaré de eso. - Resolvió convencida Beatriz. - ¿Y a ti?.
- Va... Lo mío me lo he buscado yo solita. ¡Me gustan tanto las joyas que no he podido resistir la tentación de ponerme una nariz de platino!. - Respondió con jocosidad. - ¡Maldita cocaína . - Añadió en un lamento.
- Necesito desaparecer una temporada. - Se decidió a decir Beatriz.
- ¿Sabe él que estas aquí?.
- No... Después de estrellarme contra el televisor, se fue.
- ¡Hijo puta!. - Exclamó la mujer sin poder contener su ira.

- No es culpa suya. - Empezó a explicar indecisa Beatriz. - Es esa maldita zorra que tiene por mujer. Lo saca de quicio. Él no es así. No lo era hasta que le pidió el divorcio. Siempre había sido un hombre dulce, amable... Me despertaba con flores todas las mañanas. - Siguió explicando convencida de la veracidad de su propia mentira. - Teníamos tantas ilusiones para cuando por fin se pudiera librar de esa víbora. Pero ella no está dispuesta a dejarlo en paz. Y él..., se desespera... A veces no puede controlar la furia que le provoca y entonces... - Continuó dejando escapar unos oportunos gemidos que avivaron la rabia y la ira de la mujer que le escuchaba contra aquella perversa mujer que no permitía un amor tan hermoso. - Todo fue un accidente. En un momento de rabia que yo misma provoqué. ¡Esa arpía nos ha destrozado la vida!. Si pudiera... - Dejó la frase sin acabar cerrando los puños con fuerza.

- ¿Matarla?. - Preguntó la mujer adelantándose sin saberlo a las pretensiones de Beatriz.

Beatriz volvió el rostro de repente hacia la puerta por la que aparecía un sonriente y atractivo enfermero.

- ¿Necesitan algo?. - Preguntó el apuesto enfermero.

- No... ¡Gracias!. - Contestaron ambas al unísono.

- Estaré en recepción por si me necesitan. - Se ofreció amable desapareciendo por el pasillo.

- Necesito una identidad nueva. - Planteó a bocajarro Beatriz fingiendo dolor.

La mujer la miró un instante sorprendida.

- Tengo amigos que podrían hacerlo. ¿Tienes dinero?.

Beatriz agachó la cabeza y guardó silencio.

- Ya... ¿Y él?.

- ¡Mucho!. - Replicó convencida volviendo a levantar la cabeza con energía.

- Todo se arreglará... - Aseveró la mujer añadiendo unos golpecitos de complicidad en la rodilla de Beatriz.

&&&&&&&

La noche se fue deshaciendo de la breve tormenta que la había poseído un instante y que obligó a Rebeca y a Marcos a guarecerse bajo uno de los toldos que cubrían la cubierta. Una luna llena apareció apoyándose en la misma línea del horizonte esparramando hasta la playa su larga cola plateada que se contoneaba suave sobre las aguas del Mediterráneo.

De lejos se dejaba oír el bullicioso sonido de los bullangueros bares del puerto, donde un incesante río de gentes se paseaban apretados por el estrecho pasillo que dejan las terrazas con sus respectivos locales, revueltos con las confusas notas de infinidad de músicas entremezcladas en una locura que arrastra al movimiento convulsivo y espasmódico de bailes que trasladan a jóvenes y adolescentes a las hogueras primitivas perdidas ya en la lejana noche de los tiempos.

Envueltos entre las sombras, mecidos por el mar que los acuna, Rebeca y Marcos desnudan sus cuerpos poseídos por la vesania amorosa que se despierta en ellos, entre caricias y arrumacos, entre susurros y jadeos que se confunden con el chapaleteo de las olas cercanas que se estrellan contra el muro que las contiene y el graznido inquietante de algunas gaviotas.

En esa desnudez que iguala a los individuos, buscando paraísos que nadie visitó antes, ambos se dejan envolver de una locura que los posee y los anula hasta que el mundo desaparece de su alrededor y solo quedan ellos reflejados el uno en los ojos del otro.

&&&&&&&&

Los días se fueron acortando paulatinamente. El verano había quedado muy atrás en el recuerdo y en el tiempo. El otoño le siguió después, lánguido, sosegado, dejando que todo lo ocurrido en la estación anterior reposara como los buenos vinos en la bodega de los corazones.

El invierno se apoderaba de los colores y de las luces de una ciudad que aparecía nostálgica por los días pasados.

Durante un rato, Marcos, observó a través de la puerta abierta de su despacho a Laura, la mujer que ahora ocupaba el puesto de Beatriz.

Laura era una mujer inteligente, distante, fría...; extremadamente atractiva que recordaba en muchos aspectos a Beatriz. De profundos ojos negros que se perdían en el marco de unos cabellos del mismo tono y una belleza..., extraña y desconcertante.

Había entrado a trabajar casi dos meses después de la desaparición de Beatriz y enseguida se había puesto al corriente del funcionamiento de la empresa. Diríase que intuía cosas y formas de hacer el trabajo que la hacían al igual que su predecesora: indispensable.

No pudo evitar el recuerdo de aquella mujer que durante tanto tiempo se había estado sentando en la mesa de al otro lado de la puerta de su despacho.

Sobre todo, no llegaba a acertar el por qué de aquella desaparición tan extraña, tan... ilógica en una mujer que planeaba con antelación cada minuto de su vida.

Por enésima vez volvió a recordar aquel día en que todo había empezado.

Había estado esquiva, indiferente...; pero eso no le preocupó a Marcos. Otras veces también se mostraba así. Formaba parte de su carácter esos repentinos cambios de humor y, además, aquel día, aunque ella jamás lo hubiese reconocido, andaba celosa por la historia de Rebeca. Hasta ahí lo podía entender. Él hubiese esperado una reacción más humana. Quizás, un desentendimiento en el trabajo, que lo hubiese puesto nervioso e incomodo; un chantaje emocional... Pero no, Beatriz no era así.

Además, qué podría haber encontrado contra Rebeca cuando ni siquiera Ulloa había sido capaz. Por lo menos, así lo hizo constar en el informe que accidentalmente llegó hasta él.

Luis no era un lince guardando secretos precisamente, y Ulloa, no era tan sutil como hubiese requerido aquel asunto. Así porque el uno entregara el sobre con la información que había preparado a la nueva secretaria en ausencia de Luis, y cayera en manos de Marcos, aunque este se cuidara muy mucho de abrir un sobre que no iba dirigido a él; y el otro porque ya no pudo seguir más con aquel secreto que le parecía una desconfianza hacia su amigo, Marcos se enteró.

La réplica de este no se hizo esperar. Explotó como un volcán. Pero solo fue un instante. Enseguida la lava de su furia se solidificó y la calma y el raciocinio volvió a ocupar su lugar para convertirse después en armonía comprensible hacia su amigo.

Cuando giró de nuevo su sillón hacia la mesa, Luis estaba sentado sobre la mesa de Laura y se sonreía satisfecho sin dejarla de mirar embelesado. Algo en Luis cambiaba cuando se ponía delante de aquella mujer, y ella, que era consciente de ese cambio, parecía dar rienda suelta a sus encantos para atraerlo aun más.

- ¡Luis!. - Le llamó desde su despacho Marcos. - ¿Puedes venir un momento?.

Luis miró hacia Marcos adoptando una postura más digna, ya con los pies en el suelo.

- ¿Ocurre algo?. - Preguntó Luis ligeramente mosqueado.

- Cierra la puerta, por favor... - Le pidió con voz grave y expeditiva Marcos.

Luis se volvió y cerró la puerta no sin antes echar una última mirada a Laura.

- ¡Siéntate, por favor...!. - Siguió Marcos en un tono grave.

Por un momento pareció estar ordenando algunos pensamientos.

- ¿Cómo esta Elena?. - Preguntó de súbito Marcos.

Luis se sorprendió por la pregunta.

- Bien... Supongo. Hace algunos días que no la veo. - Respondió confundido. - ¿A qué viene eso ahora?.

- No estoy seguro. Tengo la sensación de estar metiéndome donde no me llaman. - Continuó Marcos algo azorado e indeciso. - Creí que lo de Elena iba en serio.

Luis mudó el rostro como si hubiesen tocado alguna parte de su ser que no estaba a disposición de nadie.

- Elena ha cambiado... - Dijo casi en un murmullo apenas ininteligible.

- Todos cambiamos. Han pasado muchos años.

- No me refiero ese tipo de cambios... O tal vez yo la idealicé demasiado. Supongo que los palos que le ha ido dando la vida la han convertido en otra mujer que nada tiene que ver con lo que yo esperaba. - Explicó con cierta amargura Luis.

- ¿Y crees que Laura es la mujer que buscas?. - Se atrevió a preguntar Marcos.

Luis lo miró fijamente un instante, desafiante.

- ¡Ah...!. Es eso. No creo que tú seas el más adecuado para hacer esa pregunta. Laura me atrae, no te lo voy a negar. Si tiene que haber algo entre los dos espero que sepas mantenerte al margen.

- No te preocupes por eso. - Respondió secamente Marcos.

- ¿Que es lo que te molesta, Marcos?. - Preguntó Luis intuyendo algo que Marcos no se atrevía a decir abiertamente. - Supongo que hay la suficiente confianza para que dejemos de dar rodeos.

Marcos suspiró profundamente mientras adelantaba su cuerpo hacia Luis.

- ¡Esta bien!. Hablaré sin rodeos. Esa mujer tiene algo que me desconcierta, que me aterrera incluso. No me preguntes que es, porque no lo sé. Tal vez sea que me recuerda demasiado a Beatriz. Es como si estuviera imbuida por su espíritu.

Luis se sonrió socarronamente.

- Ya lo sé. Quizás me esté volviendo paranoico. El hecho de que Beatriz desapareciera de aquella forma tan extraña es algo que me persigue desde entonces. Pero creo que no es solo eso. Esa mujer sabía cosas de esta oficina que me confunden.

- Es un poco bruja. - Respondió Luis algo divertido.

- ¡Vamos, Luis!. No es para tomárselo a broma. Eso no es más que una excusa que le sirve de escudo cuando se adelanta a movimientos que no son lógicos en alguien que acaba de entrar.

- ¿A donde quieres ir a parar?.

Marcos lo miró un instante, en silencio.

- No lo sé. - Suspiró excitado. - ¿Cómo sabía el nombre de Rebeca?. Tengo la intuición de que si pudiera desnudarla... - Pensó en voz alta. Luis le miró sobresaltado y confundido.

- ¡Perdona!. No he querido decir eso... O si... Pero tiene una explicación lo que quiero decir. ¡Chico!. ¡Lo siento...!. Me refiero que no me extrañaría nada encontrarme con un antojo en forma de caracol en cierta parte de su anatomía. - Soltó algo embarazoso y azorado. - ¡Dios...!. - Exclamó muy alterado. - No entiendo como he podido llegar a estas conclusiones, pero no puedo evitarlas...

- ¡Bueno..., muchacho... cálmate!.

- Si... Será mejor que olvides todo esto. Estoy algo nervioso... Supongo que el veros ahí a los dos me ha desquiciado un poco. Sobre todo porque creí que tu relación con Elena era perfecta. Me ha... parecido...

- ¿Una indecencia?. - Preguntó Luis a sabiendas de la respuesta de su amigo.

- Pues si... Para esas cosas soy un clásico sin enmienda. Me parece que un hombre, ante todo, debe ir con cierto grado de honestidad por la vida. No me gusta la gente que juega con dos barajas...

- Tampoco yo me siento especialmente orgulloso. - Confesó Luis algo afectado por la bronca de su amigo. - Pero esa mujer... - Hizo un leve movimiento de cabeza hacia la puerta que se hallaba a su espalda. - Hablaré con Elena esta noche. Quizás solo sea cuestión de paciencia. O... quizás es que solo esta tan confundida como yo.

- ¿Tenemos algo de Ulloa?. - Preguntó de repente Marcos cambiando de tema y cogiendo por sorpresa a Luis aun algo afectado.

- ¿Cómo?. - Respondió Luis mecánicamente. - ¡Ah!. Si... Lo veré a última hora de la tarde.

- Nos veremos esta noche. - Si... - Contestó Luis levantándose con gesto pensativo. - Si... Ya he reservado la mesa.

&&&&&&&

De nuevo la Navidad vistió las calles y los escaparates de la ciudad con reflejos de mil adornos luminosos que torna el aire nocturno multicolor y artificioso.

Un tráfago bullicioso conforma las aceras y avenidas en una lenta y larga procesión de vehículos y personas con destinos a todas partes. Todo vuelve a repetirse con la misma precisión de cada año. Cómo si de una función se tratara. Ya todo está dispuesto. Los actores de esta gran comedia de la vida ya están en sus puestos. ¡Silencio!. La función va a empezar.

En la casa de la montaña, Adela viste sus mejores galas. Éste año no tendrá que cocinar, como años atrás. Ella casi lo hubiese preferido. Le gustaba el ajetreo de estos días en que la casa solía llenarse con la visita de los amigos de Marcos. Aunque también reconoce que ya está algo cansada para esas cosas.

Está algo nerviosa. No está acostumbrada a salir de casa. Y menos aun para acudir a uno de esos restaurantes de alto copete, como dice ella. Se siente incomoda fuera de la casa. Rebeca dice que eso es la vejez, en tono cariñoso, y la falta de costumbre.

De todos modos se siente incomoda. Toda la tarde ha tenido un presentimiento extraño que la desasosiega y la inquieta, aunque no ha podido concretar el por qué. De no ser por empeño de Rebeca, se habría quedado en la casa.

- ¿Está lista?. - Pregunta Rebeca desde lo alto de la escalinata del recibidor sorprendiendo a Adela ensimismada en sus pensamientos.

Rebeca aparece luminosa, radiante... Viste un elegante vestido de noche hecho en lamé negro que no puede apagar la belleza que irradia su rostro y la luz que destellan sus ojos.

Cada uno de los escalones que va bajando provoca un zigzaguo en su cuerpo que la hace aun más deseosa y atractiva de lo que ya es. Cada uno de sus movimientos, de sus músculos, parece contraerse y estirarse creando una armonía única y exuberantemente bella.

- ¡Santo cielo!. - Exclama admirada Adela. - ¿Se puede saber que hace una vieja como yo con una flor como tu?. Estás preciosa.

- ¡Gracias!. - Agradece sonriente Rebeca. - Es el trabajo de toda una tarde.

- Lo mío es el de casi setenta años y ya ves...

- Estás brillante... Sobre todo cuando dejas esa actitud de queja continúa. - Añade Rebeca cogiéndose a su brazo. - ¡Vamos a destrozar corazones!.

- Me he dejado los cuchillos en la cocina. - Replicó jocosa y divertida Adela.

&&&&&&&

Laura se dio los últimos toques de maquillaje. Lo guardó todo en el neceser y volvió de nuevo la mirada hacia el espejo.

Durante un rato observó la piel de su rostro, la acarició con cuidado, suavemente, para no levantar la espesa capa de maquillaje con que cubría las imperfecciones de su drástica operación de cirugía.

De nuevo volvió a su mente el recuerdo de aquella noche. Era algo que no podía evitar cada vez que se observaba. Regeneraba el odio que sentía hacia Rebeca.

Hasta hacía poco, Rebeca solo había sido un cuerpo de mujer sin rostro. También ella se sentía sin rostro cuando observaba el reflejo del suyo en el espejo. Pero ahora ya tenía unos ojos, una nariz, una boca, una sonrisa...; una cara con la que poder justificar su odio.

La había visto entrar en el despacho de Marcos con cierta asiduidad en los últimos días; confiada, segura de sí misma, arrebatadamente arrogante con su sonrisa de niña buena, con su educación tardía y torpe, con su silenciosa ignorancia simuladamente culta.

Conocía esa actitud de la Universidad. Era la actitud de los torpes engreídos en su propia ignorancia. Fantasmas anuladores de la inteligencia ajena. Artistas simuladores de sus propias faltas.

Ella se lo jugaba todo a una carta. No solo había cambiado de rostro y de nombre, también su actitud ante la vida era distinta. Los errores del pasado no eran más que suspensos en un curso que ahora repetía con una seguridad que jamás había sentido antes. Estaba segura de que esta vez, aprobaría con las notas más altas.

La invitación a cenar de Marcos le daba más facilidades de las que ella pudo imaginar. Todo estaba preparado para acabar con la mujer que había osado meterse en medio de su disparatado y extraño amor por Marcos. Y ella estaría en primera fila, para no perderse detalle del espectáculo que con tanto anhelo había dirigido.

El pobre Ulloa había sido el primero en caer de aquella macabra lista de despropósitos que pretendía llevar a cabo. Había llegado demasiado lejos.

Todo había ocurrido de una forma casual, casi como todo lo que le ocurría al pobre Ulloa.

Había sido en la hemeroteca unas horas antes, donde acudió en busca de sucesos que pudieran arrojar alguna luz sobre la desaparición de Beatriz.

Los periódicos siempre fueron una fuente de información para Ulloa. Allí, entre los minúsculos artículos de las páginas de sucesos de la fecha en que desapareciera Beatriz, encontró su primera pista. Claro que el no lo supo en ese mismo momento. Era en una de esas columnas de unas escasas ocho líneas que se pierden en los laterales de las páginas de sucesos.

"La explosión de un televisor destroza el rostro de una mujer", decía el pequeño titular a dos líneas, para continuar después en la poquedad del artículo con una breve reseña de la identidad de la mujer, de la que solo decía sus iniciales, que justamente empezaban con una "be" y dos letras más que no preocuparon a Ulloa por desconocer ambos apellidos en aquel instante, y una edad aproximada que se asemejaba a la de Beatriz.

Siguió después mirando el resto de los artículos, dos de ellos hablaban del maltrato a dos mujeres por parte del marido, pero los pasó por alto. Beatriz era soltera.

Tomó notas en un pequeño bloc que halló junto al proyector y arrancó la hoja para guardársela en uno de los bolsillos de su gabardina.

Iba a levantarse cuando se fijó en la atractiva mujer que tenía a su lado. Le llamó la atención la concentración con que observaba un artículo del que se adivinaba en una esquina del aparato parte de una fotografía que se le hizo familiar. Sigilosamente acercó la cabeza hasta que pudo observar el titular con letras de molde: "Mata a su amante asestándole ocho puñaladas en la espalda y lo entierra bajo la

nieve", leyó con estupor volviendo la mirada hacia el rostro de la mujer. Tenía la vaga sensación de haberla visto antes.

La mujer también volvió la mirada brevemente hacia él y esbozó un amago de sonrisa que sorprendió a Ulloa con los ojos clavados en su hermoso cuello.

- ¡Lo siento...!. - Se disculpó torpemente Ulloa.

Laura, simuló seguir interesada por el artículo de su proyector intentando rememorar de qué se le hacía familiar el pequeño hombrecillo. No tardó en recordar que había sido el hombre que le entregara el sobre para Luis que ella había abierto con todo cuidado para mirar en su interior. De allí sacó los dos apellidos de Rebeca que llevó después a un amigo inspector con acceso a los informes policiales que le adelantó los suficientes datos para dar con toda aquella información en los periódicos de la época.

Se preguntaba por qué el pequeño hombrecillo que tenía a su lado no había mencionado nada de aquello en el informe.

No era nada con lo que poder atacar a Rebeca, pero seguro que hallaría algo más; y sino, siempre le quedaba el plan mas expeditivo que no dudaría en emplear llegado el caso. De una u otra forma hallaría la manera de sacarla para siempre de la vida de Marcos, y por extensión, de la suya.

Ulloa ralentizó el gesto de levantarse esperando se le acudiera a la mente alguna forma de preguntar sin levantar sospechas sobre el por qué del interés sobre aquel asunto tan lejano y olvidado.

- Discúlpeme, señorita... - Interrumpió inseguro y balbuceante la atención de la mujer.

- ¿Es usted periodista..., o... escritora?.

Laura volvió el rostro con un mohín de perplejidad e incomodidad hacia Ulloa.

- ¿Por qué?.

- No sé... Su cara me suena. ¿Tal vez la he visto en televisión o..., en la portada de algún libro de esos de intriga y asesinatos que suelo leer?. - Fue improvisando Ulloa.

Ella miró al pequeño individuo de arriba a bajo. Apenas le sobrepasaba un palmo a pesar de estar sentada.

- ¿Tiene algún interés especial..., o solo es que le he puesto cachondo?. - Añadió con desparpajo bajando levemente la cabeza hasta la altura de la bragueta de Ulloa.

- ¡Lo siento!. No he debido molestarla. - Se disculpó azorado Ulloa girándose hacia la puerta.

Por un instante Laura permaneció con la mirada fija viéndolo marchar, hasta que de súbito, como si un dispositivo interior se le hubiese disparado, le vino a la cabeza la repentina idea de si estaría investigando su propia desaparición.

Ella sabía que su trabajo, por lo general, no lo habría llevado nunca a investigar en un lugar como aquel. Recogió el sobre grande que tenía junto a ella con prontitud, se levantó de pronto y le siguió unos pasos hasta alcanzarlo, ya muy cerca de la puerta.

- ¡Perdone... !. - Dijo tocándole el hombro y haciéndolo girar hasta encararse con ella.

- He sido un poco grosera con usted. Me llamo Laura..., y no soy escritora si es eso lo que le interesa. - Le extendió la mano dibujando una hermosa sonrisa que hizo mostrar una hilera perfecta y blanca de dientes increíblemente adornados en el marco de sus labios extremadamente sensuales y rojos.

- Soy yo quien tiene que pedirle perdón. Estaba seguro de haberla reconocido de algo.

- Dijo algo nervioso y sorprendido Ulloa extendiendo su mano hasta estrecharse brevemente con la de Laura. - Me pierde la curiosidad... Supongo que soy un poco mitómano y me pareció ver en usted una cara conocida. - Siguió en la creencia de estar inventándolo.

La memoria de Ulloa, como otras de sus múltiples virtudes y defectos, no era precisamente su herramienta más potente.

El día que le había entregado el sobre a Laura, esta, apenas si había levantado la cabeza para indicarle un: "Déjelo ahí", señalando una esquina de su mesa.

- Estaba curioseando. Nunca había venido antes a una hemeroteca. Tenía cierta curiosidad por saber como se va archivando la historia mas reciente. - Explicó Laura su mentira. - Tampoco tenía gran cosa que hacer esta tarde y me pareció un sitio interesante para pasar un rato. - Siguió buscando la forma de alargar el momento mientras rebuscaba en su cerebro la manera de averiguar el interés de Ulloa por el artículo que ella estaba leyendo. - ¿Y usted...?, si tiene cara de escritor... A lo mejor he leído algo suyo. - Halagó premeditadamente a Ulloa.

- No... ¡por Dios!. Nada más lejos. - Contestó Ulloa algo envanecido. - Nunca he tenido facilidad para las letras. ¡Bueno...!. En realidad siempre sido muy torpe para casi todo. Me maravillan esos escritores capaces de inventar tramas y vidas que nada tienen que ver con la suya, supongo que se necesita mucha imaginación y yo siempre he andado algo escaso de eso..., y de altura. - Añadió observándose a si mismo.

- No todo es la apariencia. - Le animó ella muy sonriente. - Le invito a un café. Si no tiene nada mejor que hacer.

- Se lo acepto.

- ¿A qué se dedica?. - Preguntó Laura mientras ambos alcanzaban la puerta.

- Ahora estoy en paro. En el último circo tenían el cupo de enanos al completo. - Bromeó mientras desaparecían tras la puerta.

&&&&&&&

Laura se puso los pendientes y se colocó el elegante abrigo negro que se apoyaba sobre el respaldo del sofá. Se dirigía hacia la puerta cuando de repente se oyó el sonido apagado de su móvil desde el interior de su bolso.

Lo sacó con prontitud, lo desplegó y volvió a sacarse el pendiente de su oreja izquierda para atender la llamada.

- Si... - Calló un instante para atender a la voz masculina que llenó la línea con una voz penetrante, grave, profunda...

- Sobre las diez... Antes de que llegue a la ciudad. - Se oyó del otro lado de la línea mientras Laura miraba su pequeño reloj de pulsera que marcaba las diez menos cuarto.

- Está bien... - Asintió Laura fríamente apretando el botón que cortaba la línea.

Volvió a guardar el móvil en el bolso y se colocó de nuevo el pendiente con toda naturalidad mientras se dirigía hacia la puerta de la calle.

Dispuesta a salir, Laura sintió la sensación irreprimible de haberse dejado algo que no acababa de concretársele. En la brevedad de un instante pasó por su cabeza la película de unas cuantas horas atrás. Recordó cada uno de los pasos que dio con Ulloa desde que llegaron al piso, pero había una imagen en blanco que saltaba cada vez que intentaba revivir aquella escasa hora en la que transcurrió todo.

Lo que había empezado con la excusa de un café y el interés de cada uno de ellos por los motivos que el contrario tenía para hacer preguntas indiscretas, los fue llevando de bar en bar por todo el barrio gótico. Las copas de cava, precedieron a las de rioja, y estas, a probar los ribeiros que servían con una tapa de lacón con cachelos para después acabar con moscatel en una taberna, ya muy cerca del puerto.

Los dos se habían acomodado en el sofá, entre risas y balbuceos de palabras que se arrastraba la una a la otra en una sucesión de frases, la mayoría de las veces ininteligibles para ambos.

- Mnnn... Se me pea la leua al paadar... - Masculló asombrado por su propio lenguaje Ulloa entre risas y carcajadas que provocaban las risas y carcajadas de Laura.

- Io... no hia beido tanto... esde que me deajo... el carón de mi jefe...

- ¡Uy... !. - Exclamó Ulloa en medio de una carcajada que le produjo una tos que a punto estuvo de ahogarlo. - Lo he entendío.... ¡ El cabón de tu jefe... !. - Le rectificó divertido riéndose abiertamente ya recuperado.

Los pequeños ojos de Ulloa se habían perdido hacía un instante en el hermoso arco abierto que formaban por encima de las rodillas las hermosas y largas piernas de Laura, y escudriñaba en la negrura del triángulo que se adivinaba al fondo de aquel paisaje lujurioso que enardecía su libido como no recordaba desde hacía mucho tiempo.

Laura se cercioró del interés del hombre por descubrir los recónditos recovecos y escondrijos de su sexo y le facilitó el camino abriéndole y cerrándole las piernas en un juego que le divertía hasta la carcajada transportando a Ulloa a un viaje de excitación y morbo que no podía ni quería controlar.

La agarró por los tobillos frenando aquel juego estúpido y desenfrenado que ya no tenía posibilidad de retorno y la atrajo hacia sí bruscamente.

- ¡Eh...!. Espera un momento... - Le murmujeó en medio de una comprensiva sonrisa que calmó un instante la vesania en la que ya estaba inmerso Ulloa. - Necesito ir al cuarto de baño. No bajes el asta, no tardaré... - Añadió en un lenguaje claro y conciso, excesivamente cariñosa pasando una de las piernas que se había quedado entre el riñón de Ulloa y el respaldo del sofá, por encima de la cabeza de éste para apoyar los pies seguidamente en el suelo mientras le acariciaba el miembro por encima de la tela del pantalón en un acto gimnástico que apabulló al hombrecillo.

Ulloa también apoyó su corta estatura en el suelo, cuidando de no perder la verticalidad. Todo el salón daba vueltas alrededor de su cabeza. Se quitó la gabardina que dejó en el suelo donde había caído y se derrumbó sobre el sofá llevándose las manos a la cara, restregándose en un intento de salir de aquel vértigo que le producía mantener la mirada fija en cualquier detalle de su alrededor.

Laura abrió uno de los cajones de la cómoda del cuarto de baño y sacó una chaqueta de pijama de seda negra en cuyo bolsillo superior se podían leer las iniciales “eme”, “ce”; extremadamente inclinadas hacia la derecha a modo de letra inglesa, bordadas en hilo de oro; y se la colocó sobre la piel desnuda y blanca. Abrochó los tres primeros botones y se detuvo un instante cuando llegó al último.

Observó en su ingle aquel dibujo pardusco que se perdía entre los pliegues de su piel y que semejaba un caracol, en cuyo interior, hasta se podía adivinar la espiral en una línea fina y en un tono mucho más oscuro que el resto.

Pasó sus dedos suavemente por la caprichosa forma y se dejó llevar por las sensaciones que le producía el recuerdo de Marcos. Dejando sentir toda la textura que acariciaba en las yemas de sus dedos, en los sentimientos que aun yacían latentes en lo más profundo de su pensamiento, recordando con los ojos entornados las sensaciones que le producían los labios del hombre que la había poseído con tanta delicadeza y dulzura, y al que aun no estaba dispuesta a perder.

En el salón, Ulloa se había quedado dormido en el sofá y roncaba escandalosamente. Laura miró hacia la gabardina y se acercó con cuidado de no interrumpir el sueño del detective.

Recordó haber visto por el rabillo del ojo como Ulloa se había metido alguna nota en el bolsillo, en la hemeroteca, y rebuscó el papelito. No tardó en encontrarlo hecho un moñigo y lo desplegó interesada. Leyó: Clínica Las Cumbres.

Aun permaneció acuclillada un instante, pensativa. Volvió a dejar la nota en su sitio y recobró su postura vertical.

Se preguntaba el por qué la estaban investigando. Donde se había equivocado para levantar las sospechas de Marcos..., o de Luis, que sin duda eran los que estaban detrás de todo aquello. ¿Por qué mentía Ulloa?. Ella sabía que era un detective. ¿La había reconocido?. Aunque de Las Cumbres no sacaría ninguna información, aquello no le gustaba nada. No tardarían en averiguar quien era y con eso, todo el sufrimiento por el que había pasado, todo su plan se iba abajo. Y eso no estaba dispuesta a tolerarlo. No ahora que por fin veía el final de toda aquella pesadilla y a Marcos de nuevo junto a ella.

Ulloa se removió en el sofá incomodado por la posición en que había quedado, con la cabeza colgando, casi a punto de tocar el suelo. Laura se sobresaltó

por el extraño resoplido que salió de una de las espiraciones del detective y volvió la mirada hacia él, pronta, suspendida por un instante en un suspiro.

Casi cuando ya parecía que Ulloa volvía al ritmo ruidoso de su sueño, abrió los ojos, dubitativos, perezosos...; miró la imagen de Laura, borrosa, de pie ante él, mostrando la desnudez de sus piernas para ir subiendo la mirada y recorrer la largura de sus muslos hasta el mismísimo triángulo de ralos y rizados cabellos rubios; infierno o cielo, premio o castigo de todos los pecados del hombre.

Se sonrió satisfecho recordando donde se habían quedado antes de entrar en el mundo onírico en el que había estado inmerso hasta aquel momento.

- ¡Retruécanos!. - Exclamó en un susurro admirado por el paisaje que se desplegaba ante sus ojos que iban recuperando la nitidez. - ¡Dios mío!. Has bebido lo mismo que yo, y..., pareces fresca como una amapola. - Dijo ya mucho más inteligible.

- ¡Vaya!. - Se sorprendió agradablemente Laura. - ¿También eres poeta?. - Añadió con cierto cinismo y una perfecta dicción.

Se acercó hasta acomodarse junto a él, en el sofá.

- Lo que soy es un jilipollas. - Replicó alterado. - ¿Cómo me he podido quedar dormido?.

- Has bebido mucho.

- Tú has bebido lo mismo. ¿Nunca pierdes el control?.

- Nunca delante de los detectives. - Dijo Laura con gravedad.

Ulloa volvió repentinamente la mirada hacia la gabardina que permanecía en el suelo para posarla después, interrogante, sobre ella. Se reincorporó, pero apenas si duró un instante con la cabeza erguida. Un martillo golpeaba en su interior amenazándola con hacerla estallar en mil añicos si seguía en aquella posición y optó por dejarse caer de nuevo y recobrar la postura en la que había estado.

- ¡Dios Santo!. Ahora sé como debe sentirse una coctelera cuando la agitan. ¿Cómo has sabido que era detective?. - Preguntó con gesto de dolor sin dejar de mirar las hermosas piernas de Laura. - Por favor, te lo ruego, cúbrete... Tengo la cabeza demasiado ocupada en ritmos africanos para meterle más información. - Continuó apartando la mirada de los rizos de su vello púbico extrañamente rubios que asomaban por entre la abertura de los bordes finales de la chaqueta. - ¿Ese color es el tuyo?. - Indicó la parte baja de la mujer que tenía enfrente.

- ¿Quién pregunta eso: el hombre... o el detective?. - Replicó burlona. - Te traeré un paño frío.

- ¡Mierda!. - Exclamó en un susurro apenas audible Ulloa viéndola atravesar la puerta del salón.

- ¡Mierda!. - Exclamó Laura moviéndose nerviosa ya en la cocina.

En el corto trayecto hacia la cocina, Laura, ya había tomado la decisión de deshacerse de Ulloa. Fuera como fuera no estaba dispuesta a dejarlo salir de aquella casa. Sabía demasiado, o por lo menos, aunque él no lo supiese todavía, había encontrado el cabo de la madeja que le permitiría tirar hasta desenredarla por completo.

Abrió una de las puertas del frigorífico y sacó un bol repleto de cubitos de hielo que volcó sobre un paño que extendió en el mármol. Después, muy inquieta, miró a su alrededor, sin hallar nada que le sirviera para cometer el acto que pensaba llevar a cabo: "un cuchillo era demasiado evidente para acercarse hasta él sin levantar sospechas", pensó.

Abrió la puerta de la despensa, observó cada una de las estanterías, la mayoría estaban vacías; en algunas se esparcían aquí y allí algunos paquetes de cereales, latas de conservas, refrescos, algunas cajas de clavos de varias medidas, herramientas... Sobre el suelo una caja con patatas arrugadas y pasadas a las que les habían aparecido brotes largos que conformaban una maraña putrefacta que le hizo mirar con asco primero, para después complacerse con la idea que le rondó por la cabeza.

Al principio fue tan solo una especie de flash que desechó al instante, pero no tardó en acariciarla hasta que se hizo forma en su cerebro.

Cogió una de las patatas que le parecieron más enteras y le arrancó los brotes con decisión. Alcanzó uno de los varios paquetitos de clavos, los que le parecieron que atravesarían la patata y enseñarían su punta por el otro lado y se dispuso manos a la obra hasta que logró hacer de la patata una especie de maza de la Edad Media de la que salían las puntas amenazantes de los clavos. Aun esbozó un amago de sonrisa entre cínica y vanidosa al ver el resultado de su obra. Empujó con los dedos alguna de las amoladas puntas con tal de cerciorarse de que no retrocederían. Estaban bien fijadas.

El hielo empezaba a deshacerse. Mas calmada, hizo un hueco en la montaña y metió el tubérculo mortífero en su interior para después replegar las cuatro puntas de la bayeta y asirla con fuerza hasta que adivinó los puntos plateados entre la trama de los hilos.

Se sacó la chaqueta sin dejar de sujetar fuertemente la improvisada arma y salió mostrando toda su desnudez, decidida y sonriente al salón.

A Ulloa, parecieron salirse los ojos de sus órbitas. Se reincorporó de súbito para no perderse detalle de aquella imagen que por un instante se le asemejó más una alucinación efecto del etílico ingerido, que una realidad que se le antojaba lejana e improbable para un hombre de su índole.

Pronto, aquella imagen también giró en la noria a la que todo su entorno sucumbía. Intentó guardar la imagen en su cerebro, pero este todo lo emborronaba y lo confundía. Entornó los ojos por tal de parar aquel "tio vivo", pero nada hacía frenar el burbujeo constante de aquella olla que era su cabeza. Los tambores resonaron más fuertes aun, y la diosa que había adorado tan solo hacía un instante, se convertía en ángel exterminador carente de sentido que arremetía una y otra vez contra él hasta que por fin callaron los tambores, se paró el paisaje y todo se hizo silencio.

Con los ojos extremadamente abiertos, Ulloa se había quedado mirando con un extraño rictus interrogante a aquel desatado infierno con formas de mujer.

Cuando Laura se apartó dejando sobre la cabeza del detective el hatillo mortal, este desplegó sus puntas y dejó escampar el picado de hielo sanguinolento y resbaloso por el rostro del cadáver dejando en el centro de su calva el tubérculo clavado como un insulto final a la dignidad del hombre, convirtiéndolo en un esperpéntico polichinela de teatrillo infantil.

&&&&&&&

- ¿Has apagado las luces de arriba?. - Preguntó inquieta Adela.
- ¡Claro!. Deje ya de preocuparse. Todo esta controlado. - Respondió Rebeca cariñosamente. - Ahora solo piense en divertirse. Se lo merece.
- ¡Gracias, hija... !. Estoy tan poco acostumbrada a estas salidas... - Además, no me siento cómoda entre esa gente tan refinada.
- Esos también van al “wáter” cuando les aprieta. - Le animó Rebeca.

El cuatro por cuatro fue deslizándose con suavidad carretera abajo. Apenas si había tráfico. Solo de vez en cuando, los faros de algún coche que se cruzaba camino de alguno de los clubs que se repartían por la zona, describía momentáneamente con sus faros el tupido bosque que se repartía a ambos lados de la carretera.

El habitáculo del coche se iluminó repentinamente, con intensidad.

Rebeca miró hacia el retrovisor, la luz era cegadora. Lo dirigió hacia el techo para poder central mejor su vista en la carretera.

- ¡Será imbécil el tío!. - Exclamó con rabia.

Fue frenando para salirse en un recodo del camino que conocía de otras veces en las que se solía parar para disfrutar del paisaje. Puso el intermitente para avisar de su maniobra, pero solo sirvió para advertir a su seguidor de sus intenciones.

- ¿Qué pasa, hija?. - Preguntó Adela asustada por el extraño rictus que vio en el rostro de Rebeca.

- No lo sé... Parece que alguien ha empezado la juerga antes de tiempo. - Replicó Rebeca pendiente de la serpenteante carretera.

Adela se aferró con las dos manos al cinturón que la sujetaba.

Por el retrovisor exterior, Rebeca observó como el coche que le perseguía se le echaba encima con celeridad, casi al mismo tiempo en que ella giraba el volante para meterse en aquel balcón del paisaje. Pero fue demasiado tarde. El golpe que recibió por la parte trasera la desvió de su tentativa de apartarse del camino de aquel loco y el giro del volante volvió con rapidez a su lugar de origen libre de las manos que lo habían sujetado hasta entonces.

Rebeca volvió con prontitud a asir con fuerza el volante que durante unos instantes le había hecho soltar el golpe.

- ¡Agárrese fuerte!. - Gritó a Adela antes de clavar el freno con todas sus fuerzas.

Adela se agarró al cinturón que atravesaba su pecho con más fuerza si cabía y observó con terror como la pared del corte de la montaña se le venía encima. Cerró los ojos esperando lo peor, pero Rebeca se pudo hacer con el coche en el último instante y volverlo a colocar en dirección a la ciudad.

Las ruedas chirriaban marcando sus gomas en el asfalto, pero la fuerza de su perseguidor era superior a la potencia de los frenos del coche de Rebeca que empezaban a perder ya su efecto por el recalentamiento dejando una densa nube de humo atrás.

Por un momento desistió de apretar el freno y siguió durante un pequeño trecho carretera abajo controlando hasta donde podía el volante del coche e intentando separarse de aquel loco que seguía empujándola cada vez con más fuerza con la pretensión de llevarla contra la pared o el barranco que delimitaban los dos bordes de la carretera.

Observó un instante a Adela por el rabillo del ojo. Estaba inmóvil.

Apoyada en el respaldo del coche, ajena a todo lo que estaba ocurriendo.

- ¡Adela!. - Gritó Rebeca sin dejar de observar la carretera.

Pero no hubo respuesta.

- ¡Dios mío!. ¡Adela!. - Volvió a gritar desesperada volviendo la mirada apenas una fracción de segundo para volver de nuevo al paisaje de árboles que se le venían encima y dar un golpe de volante hacia el lado contrario.

El corazón de Adela había dejado de latir hacía unos minutos. Ya demasiado gastado, no pudo resistir aquella incomprensible y descabellada situación

de locura y maldad. Todos sus sufrimientos, sus desesperanzas, sus angustias..., habían terminado para dar paso al descanso y a la paz.

Rebeca volvió a apretar el freno con todas sus fuerzas. Esta vez, el coche respondió. El cuerpo de Adela se balanceó lo que dio de sí el cinturón para volver ingrávido de nuevo a la postura que había abandonado por un breve instante.

Rebeca miró por el retrovisor exterior, los faros del coche que le habían estado persiguiendo se habían quedado también parados a unos metros.

Miró a Adela. Sus ojos se empañaron con las lágrimas que brotaron. El paisaje se desdibujó por completo ante ella. Acarició la mano inerte de la anciana, y la besó.

El rugido del motor del coche de su perseguidor rugió con fuerza.

Rebeca se sobresaltó y volvió la cabeza hacia el retrovisor. La imagen era borrosa. Solo una luz que se intensificaba por momentos pudo advertir antes de sentir un fuerte impacto que arrastró su coche hacia el abismo que se le abría a su derecha.

Después, el paisaje volvió a su silencio.

&&&&&&&&

Laura volvió sus pasos hacia el ropero empotrado en la pared, cercano a la puerta de la calle y recogió la bolsa que se apoyaba en el suelo, tras las perchas en las que se colgaban los abrigos y demás prendas invernales.

Miró instintivamente en el interior y observó el boñigo de la gabardina de Ulloa. La recogió y la introdujo en la bolsa que portaba.

Salió presurosa al rellano y apretó el botón del ascensor.

No tardaron en abrirse las puertas de acero brillante donde se reflejaba su figura deformada y confusa mientras se dejaba sentir una musiquilla que se hizo mucho más relevante en cuanto se coló en el interior y apretó el botón para bajar las catorce plantas que la separaban del parking.

Los finos tacones de aguja de Laura resonaron en la enorme nave apenas ocupada por unos cuantos coches aquí y allí que la hacían parecer aun más inmensa y desolada.

Junto a la furgoneta de Ulloa, un hombre uniformado observaba el interior a través de los cristales de la parte delantera, haciendo visera con la gorra para evitar los reflejos del cristal, pero todo estaba demasiado oscuro para distinguir la manta, los botes que se esparcían desordenados, las brochas y otras herramientas que cubrían de la vista el cadáver del desgraciado detective.

El hombre, de mediana edad, de aspecto orondo y pronunciada calva rojiza y brillante, se volvió cubriéndose la cabeza al oír los pasos de Laura a su espalda.

- ¡Hola, señorita Laura!. ¿Qué hace esta furgoneta en su plaza?. - Preguntó señalando el número ciento cuarenta y siete que se escribía en la pared con grandes caracteres negros.

- Es el paleta que me están retocando algunos defectos que había en el apartamento. - Improvisó rápida Laura colocándose unos finos guantes de piel.
- No la había visto entrar. - Dijo el hombre algo extrañado.
- Vino esta mañana cuando aun estaba su compañero. No encontraba aparcamiento fuera. Ahora iba a sacarla, vendrá luego a recogerla y yo tengo que salir.
- ¡Bueno...!. Ya sabe lo que pasa... Luego si pasa algo...
- No volverá a pasar... ¡Lo siento!. - Concluyó Laura.
- ¡Bueno...!. - Dijo poco convencido el uniformado. - ¡Felices fiestas!. - Añadió volviéndose hacia la cabina que se adivinaba al fondo.
- ¡Gracias!. Que tenga una buena salida de año. - Le deseó Laura aliviada viéndolo marchar.

Laura abrió la portezuela y se acomodó en el interior del coche. Luego intentó meter la llave con la que había abierto la portezuela en la cerradura del arranque, pero esta se negaba a entrar. Observó la llave perpleja y lo intentó de nuevo, pero no había nada que hacer.

Respiró profundamente y reflexionó un instante intentando calmar el ansia por salir de allí. Miró hacia la bolsa que había dejado en el suelo, junto al asiento de al lado y sacó la gabardina.

Revisó cada uno de los bolsillos, pero ni rastro de la llave.

Inquieta, miró hacia la parte de atrás, pudo adivinar parte de las formas del detective bajo la oscura manta.

Salió del coche y se dirigió decidida hacia la parte trasera que se aculaba contra la pared. Miró a uno y otro lado de la gran nave. Al fondo, pudo adivinar la rechoncha figura del guarda jurado mirando un pequeño televisor, junto a otros monitores de vigilancia en el interior de la garita de acero y cristal. Buscó por las proximidades del techo alguna cámara de vigilancia, la más cercana que halló, en la misma pared, era imposible que pudiera escudriñar en el interior del automóvil. Abrió la puerta, pero esta tropezó enseguida con la pared, dejando tan solo una pequeña abertura, justa para adentrar su cuerpo, ladeado y con destreza.

- ¡Mierda, mierda...!. - Exclamó casi en un susurro imperceptible.

Se deshizo del abrigo que apoyó en el techo y coló la mitad superior de su cuerpo, ladeado, zigzagueante; aguantando un instante la respiración. La posición era

muy incomoda, apenas si le permitía moverse por la parte de los pies del detective que asomaron bajo la manta cuando introdujo la mano. Poco a poco y con un gran esfuerzo que le hacía jadear sonoramente, pudo introducirse hasta la misma cintura dejando fuera del coche su trasero que se movía lujurioso y excitante por las maniobras que le obligaba a hacer aquella búsqueda.

El guarda miró extrañado desde su cabina por la tardanza en salir de Laura. Desde la distancia, apenas si distinguía algo moviéndose en la culera del automóvil. Se fue hasta los controles de las cámaras y observó el monitor que le indicaba la más cercana, fijó el movimiento rotatorio y luego busco con los mandos hasta conseguir un magnifico plano de los glúteos de la mujer. La acercó todo lo que dio de si el foco y se entretuvo entre divertido y libidinoso observando las largas piernas envueltas en seda negra y las carnes blancas que conformaban las perfectas redondeces de sus glúteos mayores, desnudos, a los que solo interrumpía una leve cinta negra que se colaba en la mismísima hendidura que los hacía plural.

Aprisionada por la puerta que pretendía ahorcarla por la cintura, sudorosa y jadeante, llegó por fin a introducir la mano en uno de los bolsillos de la chaqueta de Ulloa. Tanteó un instante. Su rostro mudó la expresión dura del dolor insoportable que le producía aquella postura por una de satisfacción por el logro alcanzado. Sacó la mano y observó el premio a sus esfuerzos. De nuevo volvió su rostro al rictus de dolor y de rabia, de desesperanza e inquietud que le producía haberse ilusionado antes de tiempo. Se guardó la llave que sin duda era de la casa de Ulloa en el interior del guante y se dispuso a registrar el bolsillo contrario. Esta vez si dio con ella. Resopló aliviada y sacó el cuerpo de aquella caja metálica que le pareció la visión más cercana a su propia tumba.

El guarda hizo un gesto de decepción cuando oyó el sonido del motor del coche, por lo que significaba de terminación de un espectáculo que prometía con entretenerle unos minutos más babeando con el sueño imposible de acariciar aquellas carnes que se le antojaban un adelanto del paraíso, pero tuvo que conformarse con levantarle la mano a modo de saludo cuando pasó junto a su cabina.

&&&&&&&

- No... No ha sido culpa tuya... - Decía Luis por teléfono a Elena que se hallaba al otro lado del hilo. - Me gustaría volver a empezar de nuevo. Ha sido un error creer que el tiempo no había cambiado nada. Esta vez todo será distinto... - Esperó un instante. - Te pasare a buscar en una hora. - Hizo una pausa antes de contestar a la pregunta que le hacía Elena. - Si... Yo también te quiero. - Concluyó colgando.

Luis se quedó pensativo. Toda la tarde había estado pensando en llamar a Elena, pero siempre acababa dejándolo para más tarde.

Después de haberlo hecho, tampoco se sintió mejor. Creyó que eso acabaría con el ansia que le invadía, pero no fue así. Quería a Elena, o por lo menos él lo creía así. Aunque tal vez, lo que de verdad quería, era el reflejo que le venía del pasado a través de ella. Todo era demasiado confuso.

Temía que aquella boda fracasada la hubiese dejado marcada para otra experiencia que aun era demasiado cercana en el tiempo.

Por eso se propuso tener paciencia con ella. Demostrarse a sí mismo que era capaz de hacerla feliz, de hacerla olvidar todo el dolor que aun estaba latente en ella. De hacerla sentir de nuevo un ser capaz de amar y de ser amada.

Se levantó y salió de su despacho. La oficina estaba vacía. Tan solo otra luz del despacho que estaba al otro lado del de Laura, permanecía aun encendida y con la puerta abierta.

Marcos repasaba unos informes arrellanado en su sillón cuando apareció Luis con gesto preocupado. Levantó la cabeza y miró a su amigo que se había quedado apoyado en la jamba de la puerta.

- ¿ Has hablado con Ulloa ? . - Preguntó resuelto Marcos.

- No hay forma de dar con él. Le he llamado a su despacho y a casa de su madre. No saben nada de él desde ayer.

- Estará celebrándolo.

- No sé... Se empeñó en que le llamara para vernos un momento esta noche. Tal vez haya cambiado de parecer.

- ¡Bueno...!. Sea como sea..., Beatriz no creo que aparezca esta noche. - Dijo Marcos algo melancólico. - Será mejor que nos divirtamos un poco nosotros también. - Añadió levantándose y colándose en el pequeño cuarto de aseo cuya puerta simulada se abría en una de las paredes.

- ¿Sabes algo de Laura?. - Preguntó Luis.

- Me llamó esta mañana pidiéndome el día de fiesta. - Le aclaró Marcos secándose la cara. - Tampoco había gran cosa que hacer. De no ser por ese maldito informe de la campaña del ejército yo tan poco habría venido. Me hubiese gustado haber pasado el día con Rebeca..., de compras..., ya sabes; como una pareja de novios normal y corriente. ¡La veo tan poco!.

- Te comprendo... - Replicó algo nostálgico Luis. - Quizás yo debería haber hecho algo parecido.

Marcos apareció de nuevo en el despacho abrochándose los gemelos de la camisa.

- ¿Te has arreglado con Elena?. - Preguntó Marcos visiblemente interesado.

- Si... - Susurró Luis. - Lo volveremos a intentar.

- ¡Estupendo!. - Exclamó Marcos sincero.

- Si esto se arregla... Te nombraré mi celestina particular.

- Si esto de arregla quiero ser el padrino. - Le propuso Marcos sonriente mientras sacaba del armario empotrado en la pared su americana de seda azul marino y se la colocaba. - ¡Anda, vamos!. No quiero que se impacienten las mujeres. - Añadió pasando el brazo por los hombros de su amigo. - El año que viene haremos más dinero. - Concluyó jocosamente apagando la luz y cerrando la puerta tras ellos.

&&&&&&&

El camino solitario que precedía al bullanguero tumulto, en la parte más alta de la ciudad, se hacía hermoso bosque salteado de casas de lujo, de torres de gentes sofisticadamente civilizadas, de clubes de tenis y refinados colegios de señoritas.

Por un momento, Laura, pensó en la de veces que había subido aquel mismo camino hacia la casa de Marcos y hasta dibujó una leve y cínica sonrisa cuando pasó brevemente por su cabeza la idea de que Rebeca ya no lo volvería a subir jamás.

En unos meses, cuando todo se hubiese olvidado y ella consolado y reconquistado a Marcos, aquel camino hacia la casa, volvería a ser una agradable rutina que le sacaría de todas las calamidades y maldades que había tenido que cometer para conseguirlo.

Siguió ascendiendo con el ronroneo insistente y catarroso del motor.

El sonido de una sirena a su espalda la sobresaltó. Se echó hacia un lado y enseguida le sobrepasó la ambulancia que vestía el paisaje de un naranja intermitente.

Después de la suave curva que describía la carretera, adivinó al fondo el pulular de sombras nerviosas que se recortaban entre las luces multicolores que en un vano empeño pretendían adornar la montaña como un esperpéntico y gigante árbol de Navidad.

Luces azules, rojas, anaranjadas giraban en un torbellino desordenado inquietando el aire de la fría noche.

Voces inquietas que vibraban llenándolo todo de tragedia y desesperanza.

Frenó el coche.

Antes de que pudiera analizar la situación, el potente claxon de una grúa gigante que apareció de súbito por su espalda, la espantó hasta hacerle dar un respingo que acabó con su cabeza estrellándose contra el techo.

Avanzó unos metros con tal de dar paso a aquella enorme mole que le precedía, pero la enormidad aparatosa no estaba dispuesta a hacer ningún tipo de maniobra y siguió acosándole con el claxon hasta que ya no tuvo más remedio que seguir avanzando a modo de abrecaminos.

Miró hacia la parte de atrás. Los potentes faros del gran tonelaje iluminaban el interior de la furgoneta como en una verbena. Se alarmó al ver los pies de Ulloa asomando por el borde de la manta. También una mano se había salido con todo aquel ajetreo y se apoyaba sobre un bote de pintura.

Bajó el espejo retrovisor hasta enfocar el cadáver. El anillo del dedo anular de Ulloa despedía un fulgor brillante que se empeñaba en anunciar su presencia.

Laura, angustiada, tragó la saliva que se le amontonaba en la garganta.

Vio acercarse a un policía que le indicaba que se echara hacia un lado de la carretera donde se abría una pequeña explanada a modo de mirador.

Por un momento pasó por su cabeza toda la película de lo que iba a ocurrir.

Obedeció al policía y se metió en el improvisado parking.

Durante unos segundos que le parecieron una eternidad, esperó que se acercara hasta ella, pero el policía estaba más interesado en dirigir la maniobra de la grúa que le había estado siguiendo que en la presencia de aquella furgoneta que no provocaba más que la lentitud en el rescate del coche que esperaba unos metros barranco abajo, entre árboles que habían frenado la continuidad de su caída hacia el abismo que se abría apenas a unos centímetros.

Cuando la grúa hubo pasado y hecho las maniobras para acularse al barranco, otro policía que se le acercaba por la ventanilla contraria, sin ser visto, dio unos golpes en el cristal que arrancaron un grito de lo más profundo de la garganta de Laura que sobresaltó al agente.

- ¿Le ocurre algo?. - Preguntó el sorprendido policía.

Laura respiró profundamente antes de contestar y miró después al distorsionado agente tras los sucios cristales de la furgoneta.

- No... - Logró emitir. - Me ha puesto nerviosa todo este jaleo.

- Puede continuar. Y tenga cuidado.

Laura asintió con la cabeza y salió de la pequeña explanada para bordear la enorme grúa que ya había extendido su gran brazo hacia el barranco.

El camino que buscaba para desviarse apareció unos metros después.

Algo mas calmada, se adentró en el irregular suelo embarrizado y lo siguió hasta que este se abría en un pequeño claro, a unos metros de una casa derruida y abandonada cuyo esqueleto blanco dominaba el paisaje.

Se acercó lo más que pudo hasta el mismo borde del precipicio que cortaba de súbito la planicie del terreno.

Recordaba aquel paisaje de otras noches de luminosa luna llena, cuando el agobio y los calores del asfalto, y antes de llegar hasta la casa de Marcos, solían pararse unos minutos para dejarse imbuir de los silencios y de la brisa suave y fresca.

Allí se dejaban abandonar al placer de las palabras, de los susurros y de las caricias, hasta que sus cuerpos desnudos, vencidos por el fuego del deseo y la lujuria, se unían en la hierba húmeda hasta esquilmar el último rescoldo de su apasionado amor.

Una fina lluvia empezaba a barnizar los cristales de una mezcla marrón y sucia que deformaba el paisaje hasta hacerlo desaparecer.

Puso en marcha el limpiaparabrisas pero solo logró oír el sonido monótono del motor.

Salió del coche. Escudriñó a su alrededor para cerciorarse de la soledad del paraje.

La lluvia se fue haciendo más intensa. La cortina de agua apenas si le dejaba ver un par de metros más allá.

Se dirigió a la parte trasera de la furgoneta y abrió la portezuela. Estiró el cadáver de los pies hasta que este cayó a plomo sobre el blando y fangoso suelo.

La cabeza de Ulloa quedó al descubierto, con los ojos extremadamente abiertos que parecían mirarle fijamente. Por un instante se quedó inmóvil mirando aquellos ojos, hasta que se decidió a cubrirlos de nuevo.

Siguió trabajosamente arrastrando el cuerpo, jadeante, con la respiración entrecortada por el esfuerzo; hasta que logró acercarlo a la puerta del conductor que había dejado abierta.

Lo cogió entonces por las axilas. De nuevo Ulloa mostró sus ojos, con la cabeza caída hacia atrás, como si quisiera mirarla por última vez. Laura ladeo la mirada hacia el asiento donde debía colocarlo. Respiró profundamente. Le faltaba el aire, y el cuerpo de Ulloa parecía aumentar de peso a cada momento. Intentó de nuevo levantarlo del suelo, pero no pudo. Lo dejó caer. La mano del detective cayó sobre el empeine de su pie, como si quisiera asirla. Ella no pudo evitar un grito y dar un salto hacia atrás que la hizo tropezar con una piedra para caer seguidamente en uno de los múltiples charcos que se habían formado bajo aquella incesante lluvia.

- ¡Mierda!. ¡Mierda!. - Exclamó llena de furia y de rabia. - ¡Maldito gordo!.

Se incorporó y se dirigió hacia el cuerpo inerte de Ulloa. Lo volvió a coger por las axilas y de un tirón logró despegarlo del suelo.

- ¡Vamos..., cabrón!. ¡Siéntate!. - Siguió maldiciendo hasta que logró por fin apoyar el trasero del cuerpo sobre el asiento.

Estaba exhausta. Sus piernas le flaqueaban amenazándola con dejar de sujetar su verticalidad.

Se apoyo un instante en el coche, respiró y resopló mientras con una mano sujetaba el cuerpo de Ulloa que pretendía salirse del sitio donde tanto trabajo le había costado ponerlo.

Cuando creyó haber recuperado parte de sus fuerzas, acabó de meterle los pies en el interior y bajó el freno de mano para seguidamente bajar el cristal de la ventanilla y cerrar la puerta sin cerciorarse que ésta había atrapado la punta de su largo abrigo. Apoyó sus manos en el quicio metálico de la ventanilla y empujó con todas las fuerzas que le restaban.

El coche se deslizó lentamente primero, lo suficiente para que Laura se diera cuenta de que algo tiraba de la parte inferior de su abrigo.

Miró hacia abajo y vio la parte presa de su abrigo en la puerta. Quiso abrirla pero el coche ya había tomado cierta inercia y su velocidad aumentaba sacando ya sus dos ruedas delanteras al vacío.

Laura gritó aterrorizada mientras intentaba sacar a estirones el abrigo de aquella trampa mortal, pero todo fue inútil. La furgoneta ya había tomado la decisión por ella de lanzarse al vacío, tirando de ella hasta que sus pies dejaron de tocar la

tierra y desapareciendo después ambos en la oscuridad del abismo mientras su grito permanecía rasgando el aire frío de la noche.

&&&&&&&

En la barra del lujoso hotel, Marcos, inquieto y preocupado, no deja de mirar su reloj de pulsera mientras intenta no parecer descortés y perder el hilo de la conversación que mantiene con Elena y Luis.

- ¡Tranquilízate, hombre!. Ya sabes como somos las mujeres. - Le intentó calmar Elena.

- No sé... Pasa algo... Además, ¿por qué no contesta al teléfono?. - Replicó angustiado Marcos blandiendo el móvil que sujetaba en su mano.

- ¡Bienvenido al mundo real!. - Irrumpió Luis jocoso.

Marcos volvió a marcar el número por enésima vez y permaneció un instante con el teléfono pegado a la oreja.

- Creo que debería acercarme... - Resolvió Marcos visiblemente nervioso apretando el botón de desconexión del móvil.

- Te acompañaremos. - Decidió Elena.

- No... No hace falta. Vosotros quedaros aquí a recibir a los demás. Laura no tardará en caer.

- ¡Espera un poco!. Os vais a cruzar en el camino. ¡Déjame a mi!. - Propuso Luis arrancando el móvil de la mano de Marcos. - ¿Sigue el mismo numero?.

- Si... Pero es inútil..

Luis acabó de marcar el número y le hizo un gesto a Marcos de paciencia.

&&&&&&&

El largo brazo mecánico hizo chirriar sus poleas antes de arrancar las ramas de algunos árboles que entorpecían el regreso a la carretera del coche que condujera apenas hacía una hora Rebeca.

El sonido sordo de un teléfono en el interior del vehículo, hizo al bombero que viajaba en lo alto del abollado techo del coche pedir silencio en un grito que desgarró el aire.

Todo se acalló por un instante.

El agudo pitido repitió de nuevo su sonido acallando los susurros que de nuevo empezaban a invadir el ambiente.

Algunos de los que habían ido llegando para presenciar el espectáculo, se palparon los bolsillos en creencia de que el sonido salía de sus móviles.

Pronto, todos entendieron que el repetitivo sonido salía del interior del coche que colgaba en el aire asido por los cables de la descomunal grúa.

El bombero se precipitó a sacar la pequeña hacha que llevaba al cinto y de un golpe certero reventó uno de los cristales traseros del coche en el que aun viajaban los cuerpos inmóviles de Rebeca y Adela.

El bombero hizo un gesto al conductor de la grúa para que acabara de posarlo sobre el suelo al mismo tiempo que como una serpiente se arrastraba colándose por la ventanilla que acababa de hacer cisco hasta el interior.

El cuatro por cuatro se posó suave en el asfalto del que había salido.

Pronto acudieron algunos bomberos y policías que observaron el interior antes de comenzar cualquier otra acción.

En el interior, el uniformado observó los cuerpos apretados contra el tablero de mandos hasta donde se habían deslizados los asientos. Palpó el bajo cuello de Adela, pero no halló señal de vida alguna. Después, hizo lo mismo con el de la muchacha, tampoco supo encontrar la arteria que le indicara algún signo de esperanza.

Intentó abrir la puerta, pero esta se había arrugado como un acordeón y fue imposible desencajarla, a pesar de utilizar todas las fuerzas y la furia golpeando con los dos pies hasta quedar exhausto.

El teléfono siguió insistiendo. El sonido parecía venir de todas partes.

Desde afuera, un montón de hombres también intentaban arrancar la puerta de su encajonamiento, pero ningún esfuerzo dio el resultado esperado.

El hombre del interior rebuscaba por todos los huecos intentando encontrar el maldito aparato que no dejaba de sonar y que le estaba sacando de quicio con aquel desagradable pitido que se le metía hasta lo más recóndito de su cerebro.

Al fin dio con él bajo los pies sangrantes de Rebeca que se habían quedado aprisionados en un revoltijo de chapa y entre los pedales estrangulando el zapato que aun permanecía colocado y que amenazaba con haberle arrancado el pie de cuajo.

El bombero apretó el botón del móvil justo en el momento en que se oía el chasquido de corte desde el otro extremo de la línea.

&&&&&&&

- Quizás se lo haya dejado en la casa. - Propuso Luis.
- No... No creo... Siempre se queda en el coche. No espero más... Voy a subir. - Añadió decidido Marcos. - Vosotros quedaos a esperar a Laura.
- ¡Ten!. Llévate esto. - Le alargó Luis el móvil.
- Será mejor que te acompañe yo. Estas muy nervioso. - Dijo un hombre de mediana edad y de aspecto rechoncho que se había añadido al grupo junto a una mujer que le miró confusa.
- Tú quédate, no tardaremos. - Indicó el hombre a su esposa que asintió algo contrariada.
- No hace falta. Te lo agradezco. - Dijo Marcos agradecido a su socio.
- No se hable más. - Resolvió el orondo hombrecillo empujando a Marcos hacia la puerta.

Ambos salieron por la puerta seguidos de la mirada y el gesto preocupado de los que se quedaban.

- ¡Bueno...!. No hay que preocuparse. Sigamos con la fiesta. - Intentó animar Luis. - ¡Camarero!. - Concluyó llamando al hombre de chaquetilla blanca que se movía tras la barra.

&&&&&&&

El forense se incorporó haciendo un gesto al policía para que procediera a cerrar la bolsa negra que contenía el cadáver de Adela.

- ¿Tardarán mucho en sacar el otro cuerpo?. - Preguntó el forense en tono grave y perceptiblemente cansado. - Cada año ocurre lo mismo... No entiendo las prisas de las gentes por ahorrar unos minutos.

- Me temo que esta vez no es tan simple. - Le aclaró el policía de paisano que esperaba de pie junto al cadáver de Adela. - La carretera está llena de marcas de otros neumáticos que parecían empujarla.

El forense lo miró perplejo. Las líneas de su frente arrugada parecían querer juntarse con aquel arqueamiento de cejas que le había provocado la insinuación del inspector.

- ¿Quiere decir que alguien ha querido matarlas?. - Preguntó incrédulo el forense encendiendo un cigarrillo. - Eso podría explicar por qué la anciana ya estaba muerta cuando cayó.

El inspector lo miró incrédulo.

- ¿Está seguro... ?. - Preguntó el inspector.

- En un noventa por ciento...

- Ya... Hay... - Se cortó al ver desde el otro lado del coche que por fin habían podido liberar el cuerpo de Rebeca.

Ambos rodearon el coche hasta llegar a la camilla donde habían posado a Rebeca.

El rostro de Rebeca estaba cubierto por una masa sanguinolenta que apenas dejaba un espacio reconocible.

Pronto la ambulancia se aculó cercana a la camilla y los dos hombres que la estaban atendiendo se apresuraron a subirla con toda rapidez. Después, se colaron ambos en el interior y un policía cerró la puerta casi en el mismo instante que la ambulancia arrancaba haciendo sonar la sirena para desaparecer seguidamente en la curva de la carretera.

&&&&&&&

Marcos dejó la autovía y se encaró por la carretera que ascendía hacia su casa.

Apenas había avanzado unos metros cuando se cruzó con la ambulancia que bajaba a toda velocidad y que lo obligó a echarse hacia el arcén.

En la brevedad de un instante, sintió como una punzada en su corazón que le cortó momentáneamente la respiración.

El hombre que estaba a su lado lo miró preocupado.

- ¿Te encuentras bien?.

Marcos asintió con la cabeza mientras apretaba el acelerador.

El hombre bajó instintivamente la mirada hacia los pies de Marcos que apretaba a fondo el acelerador tomando las curvas casi por el centro de la calzada para subirla después hasta el velocímetro cuya aguja no cesaba de ganar rayitas en la esfera del marcador.

- Deberías tomártelo con calma, muchacho. - Le aconsejó tragando la saliva que se le acumulaba en la garganta su compañero de viaje.

- Tengo un presentimiento. - Dijo Marcos.

- Yo también. - Aseveró el amigo. - Estas nervioso y esa ambulancia te ha hecho pensar... Pero, tranquilízate. Sea lo que sea, no lo sabremos nunca si sigues conduciendo así.

Marcos pareció convencerse de las palabras de su amigo y levantó ligeramente el pie del acelerador.

Una segunda ambulancia, esta vez sin prisas y sin sirena, acaparó de nuevo toda la atención de Marcos. Su estomago le dio un vuelco devolviendo a su boca un sabor amargo y agrio cuando divisó al fondo el barullo de coches y gentes que pululaban por el paisaje llenándolo de inquietud y zozobra.

Aminoró la marcha. Sus ojos escudriñaron por entre los coches y las gentes buscando algún indicio que confirmara aquel sentimiento de desasosiego que le invadía hasta nublarle la vista.

Un segundo después, todas sus sospechas se hacían cruda realidad. El amasijo de hierros retorcidos en que se había convertido el automóvil en el que viajaran Rebeca y Adela, le confirmaban todos los pronósticos de sus sospechas. Ya no quedaba lugar para las dudas, para las sospechas, para las cábalas...

Frenó el coche con brusquedad y se dejó caer sobre el volante abatido por mil punzadas que querían destrozarlo por dentro.

En la brevedad de un instante, todo lo que había construido en su pensamiento alrededor de ella, se desmoronaba como un castillo de naipes abatido por un viento huracanado. Todos sus sueños, sus esperanzas, su paz, su futuro..., acababan de ser barridos por un soplo del caprichoso destino.

- ¿Ese coche es tuyo?. - Preguntó con voz grave y afectada el hombre que le acompañaba.

No obtuvo respuesta.

El hombre decidió bajar del coche.

- Vuelvo en seguida. - Añadió dando unos golpecitos en la espalda de Marcos.

Marcos levantó la cabeza. Sus lagrimosos ojos solo le permitían ver los bultos emborronados e inconcretos de la gente que se movía cercana. Se los enjugó con el dorso de la mano y volvió a centrar la mirada en su amigo que caminaba hacia uno de los policías próximos.

El hombre permaneció unos segundos charlando con el policía. Sus dramáticos gestos confirmaban una a una todas las sospechas de Marcos. Un breve saludo del policía acabó con la conversación y el hombre que le había acompañado volvió presuroso hasta el coche.

Se acercó hasta Marcos. Su rostro estaba lívido. Miró a Marcos con afección.

- Échate a un lado, yo conduciré. - Le rogó abriendo la puerta.

Marcos lo miró un instante. No se atrevió a preguntar.

El hombre aun permaneció un instante en silencio, el tiempo que tardó Marcos en salir e irse hacia la otra banda del coche. Rebuscando en su interior las palabras más adecuadas para relatarle la tragedia de lo sucedido.

En el interior del coche ambos volvieron a cruzar las miradas.

- Tienes que ser fuerte. - Le pidió por fin el acompañante. - Adela ha muerto... - Esperó un instante a que Marcos pudiera asimilar en toda su magnitud la tragedia.

Marcos fijó la mirada en el parabrisas, en silencio. Pensó en aquella mujer que renunció a su propia vida para dedicársela a él, que lo había querido como solo una madre puede querer a su hijo. Pensó en como la iba a echar de menos el resto de su vida, como soportaría aquella casa sin su presencia y se echó a llorar como un niño desconsolado.

El hombre de al lado lo miró comprensivo. También sus ojos se acristalaron y rompieron en lágrimas. También el estomago se le reviró observando a su amigo y las palabras se le quedaron en la garganta sin atreverse a salir apuntando como lanzas afiladas que le desgarraban por dentro.

Arrancó el coche y esperó un instante con la mirada clavada en su amigo, temiendo las palabras que tendría que pronunciar a continuación.

- ¿Y Rebeca?. - Preguntó con un hilo de voz entrecortada Marcos.

El hombre tragó saliva antes de contestar.

- Se la han llevado al Hospital General... Los médicos no han dado ninguna explicación.

- Nunca ha tenido suerte esa muchacha. - Dijo aparentemente más calmado Marcos. - Se calló el infierno de su pasado para no hacerme daño. Solo encontró en la vida la parte más ruin. No ha tenido tiempo para descubrir que también había una parte más amable. Ni siquiera le he dicho cuanto la quería. ¡Vamos al hospital!. - Concluyó enjugándose las lágrimas.

&&&&&&&

Una maraña de tubos y aparatos dominaban la espaciosa sala en cuyo centro una camilla acogía el cuerpo inmóvil de Rebeca, terminal de todo aquel barullo de sonidos y cables a los que estaba sujeta.

Sentada en medio de la penumbra, una joven enfermera, observaba todos y cada uno de aquellos aparatos.

Marcos se quedó un instante en el umbral de la puerta, con la mirada fija en aquel frágil cuerpo que caminaba por la fina línea que separa la vida y la muerte.

Cuando creyó tener las fuerzas suficientes para seguir adelante, se acercó lentamente hacia ella. Sus pasos retronaron en el silencio de aquella sala de altos techos.

Aun estuvo unos segundos observando el rostro magullado repleto de pequeños cortes, de gasas que cubrían otros mayores cuyas marcas de sangre daban una idea de su gravedad.

Observó la bolita que bailaba temblorosa dentro del pequeño recipiente que daba paso al oxígeno, las líneas fosforescentes que se quebraban en el electrocardiógrafo, las gotas que bajaban por los finos tubos que se conectaban a su brazo, los terminales que se pegaban a su frente, el tubo que salía por su boca... Parecía todo tan irreal.

Cogió la mano que se apoyaba sobre la sabana blanca y la encerró entre las suyas postrándose de rodillas en el suelo. La miró largo rato, hasta que se emborronó de su vista y las lágrimas volvieron a aparecer resbalando por sus mejillas.

- ¡Dios mío, Rebeca!. No te vayas... Tenía tantas cosas que decirte. Tantos sueños para cumplir aun... Yo no sabría vivir ya sin ti. He comprendido tantas cosas hoy... ¡Te quiero tanto!. Ya no habrá más fantasmas que perturben tu sueño, cariño. Yo cuidaré de ti mientras me quede aliento, amor mío...

La enfermera que había permanecido inmóvil en la penumbra del rincón se levantó y se fue hacia Marcos, posó sus manos sobre los hombros de él y los apretó con ternura.

- Tiene que salir de aquí... - Susurró. - Yo le avisaré si hay cambios.

Marcos se levantó con lentitud y miró a la enfermera con los ojos enturbiados, asintiendo con un gesto. Dejó con ternura la mano de Rebeca sobre la sabana y avanzó lentamente hasta la puerta donde se volvió para mirarla de nuevo.

&&&&&&&

La mañana era lluviosa dos días después.

En el cementerio, una decena de personas, avanzaban con parsimonia hacia la hilera de nichos. Delante de la pequeña comitiva, dos hombres de riguroso luto caminaban con el gesto grave y las manos cruzadas sobre el regazo. Tras ellos, Marcos y Luis se cubrían con el mismo paraguas. Los dos vestían también de negro y en el rictus de sus rostros se dejaba notar el dolor por la pérdida de Adela. Elena se había quedado atrás, tras dos mujeres que no dejaban de susurrarse comentarios ajenos a la despedida para la que se habían reunido.

El sonido de la caja entrando en el nicho rasgó el aire. Todo se acalló mientras los dos funcionarios cubrieron con el mármol el hueco.

Las coronas y las flores se fueron amontonando debajo. La lluvia fue empapándolo todo. Descanse en paz, Adela.

&&&&&&&

Desde la noche en que ingresaran a Rebeca, Marcos no había salido del hospital excepto para el entierro de Adela. Todo lo que le quedaba y quería, se reunía en una cama de una habitación estrecha y mal ventilada. Rodeada de aparatos que ayudaban a las funciones básicas para mantener vivo un organismo.

Cuando volvió aquel día del cementerio, un hombre de uniforme se le adelantó en el pasillo camino de la habitación de Rebeca.

- El señor Marcos Canovas... - Dijo con la respiración algo entrecortada.

- Si... - Se extrañó Marcos.

- ¡Lo siento, señor...!. Estaba esperándole. Me han dicho que tenía que volver aquí.

- ¿En qué puedo ayudarle?.

- Vera señor... Tengo orden de llevarlo al depósito de cadáveres para identificar a una mujer. - Explicó el agente.

Marcos hizo un gesto de perplejidad.

- ¿Yo...?.

- Si, señor... Siento no poder decirle nada más.

- Está bien... - Asintió Marcos aun sin salir de su confusión. - ¿Puedo ver un momento a un enfermo?.

- ¡ Claro, señor !. Le esperaré aquí. - Señaló el agente un banco del pasillo.

- ¡Gracias...!. - Contestó Marcos perdiéndose en el interior de una habitación.

Marcos observó a Rebeca durante un momento. Permanecía en la misma posición en que la había dejado aquella mañana. Se acercó hasta ella, cogió su mano y la besó.

Llevaba tantas horas esperando el más leve movimiento de aquella mano, que hasta le pareció sentir una leve presión.

Observó la mano con atención, pero nada en ella evidenciaba la más leve señal de vida. Volvió a besarla y después la apoyó sobre la sabana mientras se reclinaba para besar su frente.

La mano encogió sus dedos, pero Marcos estaba demasiado absorto en el rostro de Rebeca para cerciorarse.

&&&&&&&

- Siento hacerle pasar por esto, pero créame que no tenía otra opción. - Explicó el inspector de policía a Marcos mientras caminaban por entre los cadáveres envueltos en sábanas, o metidos en negras bolsas de plástico que se alineaban a lo largo y a ambos lados de la espaciosa y luminosa sala. - Hemos encontrado unas tarjetas de su empresa en su bolso. Es lo que nos ha inducido a llamarle. Me imagino lo mal que lo estará pasando con su...

- Futura esposa. - Se apresuró a contestar Marcos aun confuso por lo que le estaba contando el policía.

- ¡Lo siento!.

- Gracias...

- Es este. - Indicó el policía uno de los cadáveres que se envolvían en una sabana blanca.

- Se trata de una mujer. La cara es de lo poco que ha quedado ileso... Al parecer se quedó enganchada con la puerta cuando pretendía empujar una furgoneta hacia el abismo... Un asunto turbio... La encontramos en un desvío del camino..., a pocos metros de donde ocurrió... - El inspector dejó que el resto de la frase la completara Marcos. - Todo es demasiado extraño... En la furgoneta hallamos el cadáver de un hombre... Un detective privado...

Marcos volvió el gesto de repente hacia el inspector.

- ¿Un detective?. - Preguntó sobresaltado.

El inspector lo observó inquieto.

- Si... ¿Le dice algo todo este lío?.

- No estoy seguro... Veamos de quien se trata. - Resolvió Marcos.

- ¡Oh...!. Si..., claro...

Marcos no pudo evitar mirar hacia el fondo de la sala donde un forense, con jerga rutinaria, indicaba a su ayudante el peso de una de las vísceras que acababa de extraer del cadáver que tenía sobre la mesa y que había colocado en la balanza que colgaba del techo.

Volvió el gesto hacia el inspector con horror.

- ¡Lo siento!. - Se disculpó de nuevo el inspector observándole mientras destapaba el rostro de la finada. - Veinte años viniendo por aquí y tampoco logro acostumbrarme.

Laura apareció con los ojos extremadamente abiertos. En el rictus de su rostro se podía adivinar aun el horror y la sorpresa con que le había sobrevenido la muerte.

- Aún no hemos podido prepararla... - Se disculpó el policía.

Marcos se sobrecogió al ver el rostro de Laura. Se había quedado lívido. Un vahído que apenas duró un instante amenazó con hacerle perder el equilibrio de un momento a otro, pero el inspector que no había dejado de observar su reacción lo sujetó por la espalda.

- ¿Se encuentra bien?.

- Si... ¡Gracias!. - Agradeció recuperándose.

- ¿La reconoce?.

- Si... - Contestó en un susurro Marcos volviendo el gesto hacia el inspector. - Trabajaba para mí... Era mi secretaria.

- ¿Sabe que toda su documentación era falsa?.

- No... ¿Por qué tenía que saberlo?. - Preguntó Marcos cada vez más confundido.

- ¡No...!. No me malentienda... Claro que no podía saberlo... Quiero decir que es extraño que fuera con una documentación falsa. ¿Qué es lo que estaba encubriendo?. Eso es lo que nos trae de cabeza. Eso y el hecho de que matara al detective con un arma muy original.

Marcos volvió el gesto intrigado hacia el detective.

- Si... - Aclaró el inspector. - Con una patata a la que había atravesado con clavos a modo de maza de la Edad Media. En este oficio nunca deja uno de sorprenderse.

- ¿Puedo ver a ese detective?. - Preguntó intentando quitar la imagen que el inspector había dibujado en su mente.

- No se lo aconsejo. - Dijo el inspector señalando al forense que seguía sacando vísceras del cuerpo que tenía sobre la mesa.

Marcos volvió la mirada de una forma maquinal siguiendo la indicación del inspector, pero la volvió con presteza de nuevo con gesto de asco.

- ¿Era un tal Ulloa?. - Preguntó Marcos.

- Si... ¿Cómo lo sabe?. - Se sorprendió el policía.

Marcos entretuvo la respuesta unos segundos, los suficientes para que en su cabeza se montara todo aquel puzzle aparentemente sin sentido.

- No se extrañe por lo que le voy a pedir. - Se decidió Marcos a decir.

El inspector enarcó las cejas en un gesto de extrañeza.

- ¿Puedo verle la ingle derecha?. - Preguntó de súbito señalando a Laura.

- ¡Claro...!. No creo que vaya a sentir rubor a estas alturas. - Satirizó el inspector destapando la parte que pretendía ver Marcos.

La pierna estaba destrozada, mostrando infinidad de heridas que cubrían costras de sangre reseca.

- Ya le he dicho que estaba destrozada... - Se disculpó el inspector viendo la cara de asco y repulsión con que había recibido Marcos aquella visión.

Marcos centró la mirada en la parte que pretendía observar, y allí estaba, entre los pliegues de su piel, preservada del desastre en que había quedado el resto del cuerpo, colocando en la mente de Marcos muchas de las piezas de aquel puzzle aparentemente sin sentido.

- ¡Dios mío!. - Exclamó sin dejar de mirar la marca. - Esta mujer es Beatriz Ramirez... Una antigua..., o... ¡Inspector!. Creo que podré solucionarles muchas cosas aparentemente confusas... - Dijo resuelto Marcos. - ¿Se puede averiguar si esta mujer se sometió a la cirugía estética en la cara?. A un cambio de imagen...

- No se... Supongo que si. - Contestó el inspector entre confuso e intrigado. - ¡Doctor..., por favor!. ¿ Puede acercarse un momento ?. - Llamó la atención del forense que ya se quitaba los guantes e indicaba a su ayudante que terminara de coser el cadáver.

El médico se acercó bajándose la mascarilla.

- El señor Marcos Canovas... - Presentó el policía al medico en medicina legal. - El profesor Regino Fuentes...

El doctor extendió la mano hacia Marcos que dudó un instante antes de apretar la del doctor.

- La muerte no se contagia... - Le aclaró el doctor ante la duda que había advertido en Marcos.

- ¡Perdone, doctor!.

- No se preocupe... Estoy acostumbrado. Ustedes dirán.

- ¿Es posible que esta mujer tuviera algún tipo de cirugía estética en el rostro?.

- Ya lo creo... - Aseguró con toda firmeza el forense ante la sorpresa de Marcos y el inspector. - No se extrañen... Me di cuenta con verla un instante cuando la trajeron esta mañana. - Fue explicando mientras cogía la cara del cadáver y la manejaba con soltura meneándola de uno a otro lado. Tiene las marcas típicas... Hubiese necesitado una segunda operación que no se hizo..., y que ya no se hará. - Aseveró con cierta tristeza.

- Le explicaré todo en otro lugar. Creo que tengo una ligera idea de toda esta trama. - Dijo Marcos al policía.

- Claro... Donde usted quiera. No sabe el peso que me quitará de encima. - Replicó el policía volviendo a cubrir la parte de la pierna de Laura..., o Beatriz, que había destapado. - Doctor... ¡Muchísimas gracias!.

- Ha sido un placer... - Contestó el doctor extendiendo de nuevo la mano a Marcos que se la entregó esta vez sin miramiento de ningún tipo.

- ¡Gracias!. - Agradeció Marcos.

&&&&&&&

Después de contar al inspector todo lo que sabía e imaginaba sobre aquel asunto de muertes y violencia, Marcos, volvió de nuevo al hospital. Era todo lo que le preocupaba en aquel momento.

Su aspecto era horroroso: su traje presentaba las arrugas de las horas sentadas en la sala de espera, o junto a la cama en la que yacía inmóvil Rebeca. Su barba de dos días y las bolsas que presentaban sus ojos aun acentuaban más el cansancio de su cuerpo y el dolor que sentía en su alma.

En el hospital le esperaba Luis. Perfectamente afeitado, impoluto, aséptico..., como había sido siempre. Fumaba un cigarrillo que escondía en el hueco de la mano para no ser visto por el personal sanitario y parecía extrañamente satisfecho y contento.

- No sabía que fumaras. - Dijo Marcos extendiendo la mano hacia su amigo.
- Los del hospital tampoco... - Replicó apagando el cigarrillo y echándolo luego en el interior de una lata de refresco que echó en una papelera. - Después vendrá el cava... - Replicó sonriente.

Marcos lo miró algo confuso. Le dolía la cabeza y no encontraba explicación aparente para la actitud de Luis.

- ¿Hay algo que yo no sepa?. - Preguntó directamente.
- Ya lo creo amigo... - Contestó Luis cogiéndolo de los hombros y empujándolo suavemente por el pasillo. - ¡Por cierto!. Deberías afeitarte, estas asqueroso. La verdad no entiendo como esa preciosidad ha podido fijarse en ti.
- ¿Qué significa todo esto?. - Preguntó algo nervioso Marcos.

- ¡Cálmate, muchacho!. Estas añadiendo a tu ya deplorable imagen una actitud poco adecuada para que te vea Rebeca.

Marcos se paró un instante en mitad del pasillo.

- ¿Rebeca?. ¿Rebeca está bien?. - Preguntó emocionado mientras corría hacia su encuentro.

- Muy bien... - Masculló Luis solo en el pasillo. - Sabía que no me iba a dar tiempo a contarle que ya no está en esa habitación. ¿Sabes algo de un pajarito?.

&&&&&&&&&